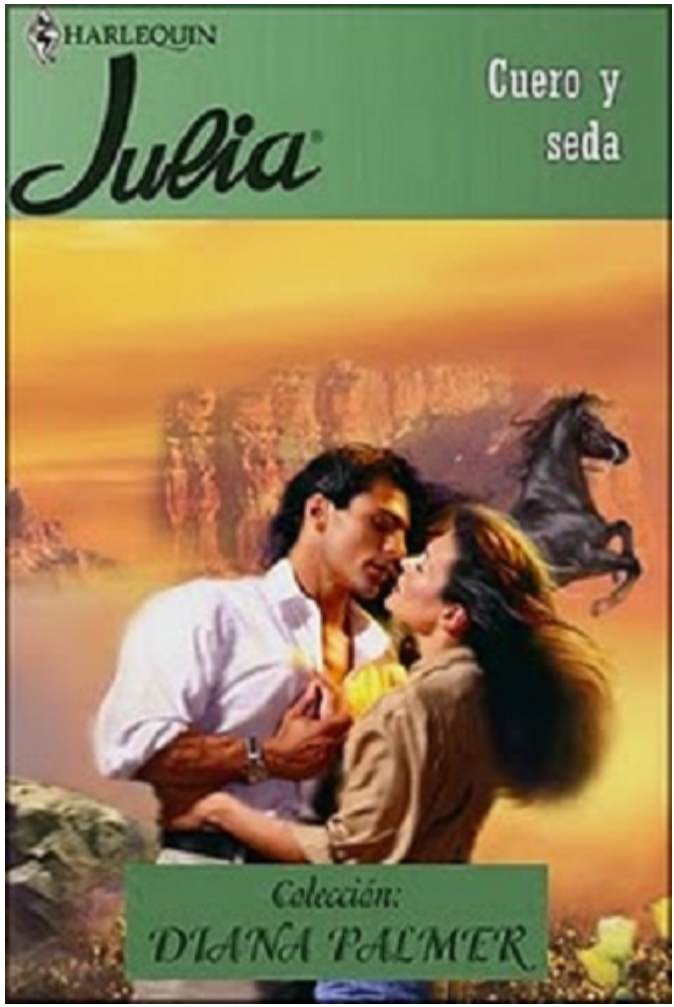
HARLEQUIN
Julia
Cuero y seda
Colección:
DIANA PALMER

Cuando Erin dejó a Ty Wade, juró que jamás volvería. Por su culpa había destrozado su vida, su carrera... y había perdido al hijo que esperaba. La que una vez fue una famosa modelo envuelta en encajes de seda, apenas podía enfrentarse a la tarea de recomponer los pedazos que quedaban de su vida.

Y ahora Ty quería que volviese. Si no lo hacía se quedarían muchas personas sin trabajo. El futuro de Staghorn Ranch dependía de su regreso. Erin siempre se había preocupado por el personal del rancho, pero ¿cómo iba a ser capaz de enfrentarse al hombre a quien más odiaba en el mundo, a un hombre con el corazón de hielo...?

Diana Palmer

Cuero y seda

Cuero y seda - 1

1

La sala de urgencias del hospital estaba llena, pero el hombre que acababa de entrar no veía ni a los niños que gimoteaban ni a los innumerables adultos que abarrotaban la sala de espera. Llevaba la camisa a medio abotonar, y no había tenido tiempo de afeitarse ni de peinarse.

Se detuvo ante el escritorio a un lado de la entrada, y bastó su expresión para que la enfermera le prestara atención inmediatamente.

—¿Sí? —le preguntó con cortesía.

—Me llamó la policía para avisarme que trajeron a mi hermano aquí. Su nombre es Bruce Wade —contestó él con voz cortante, incapaz de controlar su impaciencia.

—Lo llevaron a cirugía —contestó la enfermera tras consultar la computadora—, El doctor Lawson realizó la admisión. Un momento, por favor.

La enfermera levantó el auricular del teléfono, presionó un botón y murmuró algo, mientras Tyson Wade recorría de arriba abajo el pasillo. La chaqueta de piel lo hacía parecer aún más alto de lo que era, y el sombrero de ala ancha de color claro ofrecía un vivo contraste con su rostro que parecía esculpido en cuero y piedra. Todo había sido tan normal aquel día... Estaba trabajando con los libros de contabilidad, barajando la posibilidad de vender varios de sus pura sangre Santa Gertrudis, cuando el teléfono sonó. Bruce tenía que estar bien, pensó. Había esperado demasiado tiempo para hacer las paces con su hermano menor, pero seguro que aún habría tiempo. Tenía que haberlo.

Un hombre vestido de verde entró en la sala, quitándose la mascarilla y el gorro al acercarse a Ty.

—¿Señor Wade? —le preguntó.

Ty dio un paso hacia él.

—¿Cómo está mi hermano?

El doctor iba a comenzar a hablar pero se interrumpió para conducir Ty a una pequeña habitación vacía.

—Lo siento —dijo entonces con suavidad—. Había demasiados daños internos. Lo perdimos.

Ty no movió ni un solo músculo. Tenía años de práctica en esconder e dolor, en mantener sus sentimientos siempre bajo control. Un hombre con un aspecto como el suyo no podía permitirse el lujo de mostrarlos, así que quedó de pie, inmóvil, estudiando el rostro redondo del médico mientras in tentaba asimilar el hecho de que nunca volvería a ver a su hermano que a partir de aquel momento se quedaba solo, completamente solo.

—¿Fue rápido? —preguntó al fin.

El médico asintió.

—Estaba ya inconsciente cuando lo trajeron y en ningún momento volvió a recuperar la consciencia.

—Me dijeron que hubo otro auto involucrado en el mismo accidente. ¿Hay más heridos?

—No. El otro vehículo era uno de esos enormes camiones y apenas tuvo algunas abolladuras. Su hermano conducía un convertible, y al dar una vuelta, no tuvo ninguna posibilidad.

Ty había intentado hablarle a Bruce del peligro que entrañaba ese coche, pero sin éxito. Cualquier consejo que viniera de su hermano mayor era inmediatamente rechazado. Esa era una de las consecuencias del divorcio de sus padres. Bruce había sido criado por su madre y Ty por su padre, y las diferencias en su educación eran aplastantes, incluso ante los ojos de un extraño.

El médico le entregó una bolsa con los efectos personales de Bruce: la ropa destrozada, un puñado de monedas, algunas llaves Y un fajo con unos cientos de dólares. Ty los miró sin verlos antes de volver a meterlos en la bolsa.

—Sólo tenía veintiocho años —dijo con voz serena.

—Siento que no hayamos podido salvarlo —repitió el doctor Lawson con sinceridad.

Ty asintió, perdido en sus propios recuerdos.

—Ni él mismo habría podido salvarse. Autos veloces, mujeres

fáciles, alcohol... Me dijeron que no estaba ebrio —añadió, fijando sus ojos grises en el médico.

El doctor Lawson movió la cabeza.

—Solía beber demasiado —continuó Ty, mirando la bolsa—. Intenté quitarle la idea de ese auto convertible. Se lo dije mil veces.

—Si es usted un hombre religioso, señor Wade, puedo decirle que yo creo en los actos de Dios, y este fue uno de ellos.

Ty buscó los ojos del médico, y después de un minuto, asintió.

Seguía lloviendo cuando salió. Hacía demasiado frío para el mes de noviembre en Texas, pero Ty ni siquiera lo notó. Toda aquella prisa, ¿para qué? Para llegar demasiado tarde. Toda su vida, en lo referente a Bruce, había llegado tarde.

No podía hacerse a la idea de pensar en su hermano y saberlo muerto. Los dos se parecían bastante físicamente. Ambos tenían el cabello oscuro y los ojos claros, pero los de su hermano eran más azules que grises. Era seis años más joven que él, de menor estatura, más aventurero y más mimado. Para Bruce todo había sido fácil y siempre había contado con exceso de atención por parte de su madre. Ty había sido educado por su padre, un ranchero frío y práctico; un hombre que consideraba a las mujeres como una simple debilidad y que inculcó en él esa misma idea. Resultaba irónico que hubiera sido precisamente Erin quien hubiera alejado a Bruce del rancho y de él.

Erin. Ty cerró momentáneamente los ojos, imaginándola sonriendo, corriendo hacia él con su cabello negro y lacio cayéndole por la espalda, su rostro inundado de alegría, sus ojos verdes y brillantes, y no pudo evitar un gemido. Se apoyó contra el coche para encender un cigarrillo. La llama del encendedor acentuaba sus pómulos ya demasiado marcados, su nariz aquilina y la prominencia de su barbilla. No había nada en su rostro que pudiera atraer a una mujer, y él lo sabía, y quizá fuese esa la razón de que en un primer momento hubiese atacado tanto a Erin. Ella era modelo. Bruce la conoció cerca de San Antonio y la llevó al rancho a pasar un fin de semana. Ty se quedó en el recibidor mirándola, inmóvil, hasta que la alegría de la expresión de la muchacha fue convirtiéndose en incertidumbre y por fin, en desilusión.

Era tan hermosa... Una ilusión convertida en realidad. Todos los sueños más secretos de Ty se encontraban en ese cuerpo perfecto y

rostro exquisitamente esculpido. Entonces Bruce la rodeó por los hombros, mirándola encantado, y Ty se quedó frío en su interior. Erin había pertenecido a Bruce desde el primer instante, y la lucía como un premio que hubiese ganado y que quisiera restregarle en la nariz a su hermano mayor.

Ty aspiró profundamente. ¡Cuánto tiempo parecía haber pasado desde todo aquello! El primer encuentro, los largos fines de semana en que Erin iba al rancho y dormía en la habitación de invitados para "guardar las apariencias—. Conchita, su ama de llaves, le había tomado simpatía inmediatamente y la mimaba en exceso, haciendo alboroto a su alrededor corno una gallina clueca, y a Erin eso le encantaba. Su padre había muerto y su madre estaba en un constante ir y venir entre Europa y América. En muchas cosas, pensó Ty, la vida de la chica había estado tan vacía de amor como la suya propia.

Volvió a llevarse el cigarrillo a la boca y luego dejó escapar una espesa nube de humo mientras ante sus ojos, clavados en el vacío estacionamiento, seguían desfilando los recuerdos. Se había opuesto a Erin desde el principio, fastidiándola, haciéndola sentirse lo más incómoda posible, y ella se había dejado engañar por esa apariencia hasta que una noche fría y oscura Bruce tuvo que salir a solucionar un asunto urgente. Erin y Ty se quedaron solos en la casa, y él volvió a fastidiarla.

Recordaba con nitidez la expresión de los ojos verdes cuando después que ella lo abofeteara, él la tomó con brusquedad entre sus brazos y la besó hasta dejarla sin respiración. Pero la mayor sorpresa fue la de Ty cuando ella le pasó las manos por la nuca y se colgó de su cuerpo como si fuera hiedra, buscando de nuevo sus labios.

Todo había sido como un sueño. Su boca como una fresa madura y carnosa, su cuerpo firme contra el suyo, los cojines frente a la chimenea, su respiración profunda y silenciosa al desnudarla y acariciar sus senos... Ella ni siquiera había intentado detenerlo. Ty recordaba el timbre de su voz susurrándole palabras dulces mientras sus manos le acariciaban la espalda.

Apretó los dientes. No sabía, no pudo haber imaginado que ella era virgen. Nunca olvidaría el matiz atormentado de su voz, el temor que encontró en sus ojos al mirarla sorprendido. Intentó

detenerse, aunque el desconcierto le impedía pensar, pero ella se lo impidió. "No", le había susurrado. Era ya demasiado tarde para detenerse. El mal ya estaba hecho, y él continuó poniendo en ello todo su cuidado para no hacerle más daño, pero no fue capaz de darle placer. Antes de poder intentarlo de nuevo, antes que hubiera podido mostrarle su ternura, oyeron el coche de Bruce acercándose a la casa. Y entonces, con la realidad, llegaron todas las dudas, todos los temores escondidos y él se echó a reír, atormentándola por la forma en que se había rendido ante él. "Márchate", le ordenó, "si no quieres que le vaya con el cuento a Bruce". Y ella recogió su ropa, demudada y temblorosa. Ty la vio salir de la habitación con las lágrimas rodándole por las mejillas y, como en una pesadilla, el dolor parecía abrirle el pecho, pero era demasiado orgulloso para dar marcha atrás y disculparse, explicarle lo que había sentido y la razón de haberle mentido sobre sus propósitos. A la mañana siguiente, muy temprano, Erin se marchó.

Bruce nunca se lo perdonó. Había imaginado lo ocurrido en su ausencia y seguido a Erin para sacarle la verdad. Al día siguiente, también dejó el rancho y se fue a vivir con un amigo a San Antonio. Erin se marchó a Nueva York para proseguir con su carrera, y la imagen de su rostro acosó a Ty desde las brillantes portadas de las revistas.

El recuerdo de aquella noche también lo había perseguido desde entonces. Tenerla entre sus brazos había sido el paraíso, pero al mismo tiempo, le habría dado oportunidad a Erin de darse cuenta de lo vulnerable que era él ante ella. Era tan hermosa... demasiado hermosa para fijarse en un hombre tan rudo como él y tan inexperto en el amor. Los consejos de su padre sonaban una y otra vez en su cabeza como una venganza. Aquella mujer era de Bruce, no suya. Nunca podría tenerla, así que sería mejor dejarla marchar.

Pero antes de abandonar el rancho, Bruce se desquitó diciéndole que Erin lo odiaba por lo que le había hecho, y que sus "torpes manoseos al hacerle el amor" le habían dado asco. Ty se sintió tan humillado que se bebió una botella entera de tequila que lo sumió en un profundo letargo durante dos días.

Erin volvió al rancho dos meses después con la intención de hablar con él, no con Bruce. En aquel momento, él estaba sacando una yegua de los establos cuando la vio aparecer en un pequeño

auto deportivo, muy parecido al que conduciría a Bruce a la muerte seis meses después...

—Tengo que hablar contigo —dijo la joven con su voz suave y clara.

—¿Qué podríamos hablar tú y yo?

—Si quisieras escucharme... —continuó ella, mirándolo con un extraño ruego en sus verdes ojos.

En contra de su voluntad, Ty se sentía irremediablemente atraído hacia Erin, quien lo miraba de pie, vestida con un traje color verde que se ceñía tentadoramente a todas sus curvas mientras el viento le acariciaba los hombros con su propio cabello.

—No eres una visión, ¿verdad? —preguntó él con tono burlón al tiempo que sus ojos resbalaban por el cuerpo femenino— ¿Cuántos hombres has tenido desde que te marchaste de aquí?

—Ninguno... —contestó ella con voz temblorosa, como si no hubiera esperado el ataque— No ha habido ninguno, excepto tú.

Ty soltó una carcajada, pero sus ojos siguieron tan fríos como el metal.

—Buen amante te buscaste. Limítate a quitarle los ojos de encima a Bruce. Puede ser que mi plan me haya estallado en las manos, pero aún puedo evitar que se case contigo. No quiero tener a alguien como tú en mi familia. Cualquier mujer de la calle parecería una virgen, comparada con tu madre, y tu padre no era más que un timador que murió en la cárcel. Me enfermaría tener que presentarte en nuestro círculo de amistades.

Erin palideció, y sus ojos perdieron la suavidad.

—No puedo cambiar a mis padres, pero tú tienes que escucharme. Aquella noche...

—¿Qué pasó? —preguntó él, fingiendo aburrimiento—. Había planeado seducirte para después decírselo a Bruce, pero te fuiste y ya no fue necesario, así que, asunto concluido —espetó, mientras encendía un cigarrillo para no mirarla—. No fuiste más que calor de una noche, cariño. Y fue suficiente.

Los ojos de la joven se llenaron de lágrimas, y él sintió como si le clavaran un cuchillo en las entrañas. Al fin y al cabo, ella se lo había dicho todo a Bruce, ¿no?

—Qué sacrificio debió de ser para ti —comentó ella en voz baja y angustiada—. Supongo que fui una gran desilusión.

—Estoy de acuerdo. Fue un fracaso total. ¿Por qué has venido aquí, entonces? Bruce ya no viene, y no me hagas creer que no lo sabías.

—No estoy buscando a Bruce —explotó ella— ¡Oh, Ty! No lo he visto desde que me marché de aquí. Es a ti a quien he venido a ver. Tengo que decirte algo...

—Tengo que ocuparme de los animales —le interrumpió él—. Márchate.

Los ojos verdes perdieron la luz por completo, y Erin lo miró durante un instante, pero al fin dio media vuelta y se marchó.

—¡Un momento! —gritó él.

Ella se volvió con esperanza.

—¿Sí?

Ty sonrió burlón, haciendo un esfuerzo por no debilitarse.

—Si has venido a verme porque quieras otro revolcón en el heno, la yegua podría esperar un poco más. Puede que hayas mejorado desde la última vez.

Erin cerró los ojos.

—¿Cómo puedes hablarme así, Tyson? —susurró, y al abrir de nuevo los ojos dejó entrever una angustia tan profunda que Ty tuvo que apartar la mi rada—. ¿Cómo eres capaz? ¡Oh, Dios, no sabes lo mucho que yo...!

Ty estuvo a punto de olvidar su orgullo mancillado y correr hacia ella. Sus pies iniciaron el movimiento, pero de pronto Erin dio media vuelta y salió huyendo hacia su coche, lo puso en marcha y avanzó camino abajo a toda velocidad. Él siguió al auto con los ojos hasta que se perdió de vista. Después, sólo quedó el vacío, el frío y la soledad.

Aquella fue la última vez que Ty vio a Erin Scott. Y ahora Bruce estaba muerto. ¿Habrían seguido viéndose ellos dos? Bruce no se lo había comentado. Bueno, la verdad es que apenas se habían hablado durante aquellos meses. Eso también le dolía. Últimamente, parecía dolerle casi todo.

Apagó el cigarrillo con el pie. Tenía que preparar el funeral. No sabía si el compañero de apartamento de Bruce se había enterado de lo ocurrido, así que se metió en el coche y se dirigió hacia allí. Le haría bien hablar de su hermano con alguien que lo hubiera conocido, alguien que pudiera decirle si Bruce lo había perdonado

por alejar a Erin de su lado. Era casi una necesidad de absolución, pero Tyson Wade nunca lo habría admitido. Ni siquiera ante sí mismo.

2

El compañero de apartamento de Bruce, Sam Harris, era un economista tímido, un hombre tan agradable como siempre lo había sido Bruce. Estaba tomándose una copa cuando Ty entró en el apartamento.

—Lo siento mucho —dijo con sinceridad—. Acabo de enterarme por la televisión. Dios, cómo lo siento. Bruce era un tipo estupendo.

—Sí —contestó Ty, y tras ocultar las manos en los bolsillos de su pantalón, echó un vistazo al pequeño apartamento. No había nada especial que indicase que Bruce había vivido allí, excepto una pequeña fotografía de Erin en traje de baño sobre una mesilla.

—Pobre hombre —comentó Sam, sentándose en el sofá con el vaso entre las manos—. Adoraba a esa chica, pero ella nunca lo dejó acercarse —y señalando con la cabeza hacia la cama, añadió—: Hay una caja llena de cartas que ella le devolvió.

A Ty se le paralizó el corazón.

—¿Cartas?

—Sí —contestó Sam, sacando la caja. Había docenas, todas de Bruce dirigidas a Erin. Todas sin abrir. Había también una carta de ella a él. Era muy reciente, y había sido abierta.

—Se volvió loco al recibirla —explicó Sam— Yo no me he atrevido a leerla. Después de enterarse de su contenido, cambió. No hacía más que maldecirte. Hasta modificó su testamento... Estuve a punto de llamarte, pero al final pensé que no era asunto mío. Y ya sabes cómo se ponía Bruce cuando creía que alguien lo traicionaba. Era mi amigo, al fin y al cabo.

Ty miró las cartas y el estómago se le subió a la garganta.

—También hay algunas cosas en ese cajón —indicó Sam, y se volvió a sentar—. No puedo hacerme a la idea de que esté muerto

—murmuró, ausente— Tengo la sensación de que en cualquier momento va a abrir la puerta.

—Cuando tengas tiempo, te agradecería que empacaras sus cosas —pidió Ty con serenidad—. Enviaré a buscarlas.

—Me ocuparé de eso, no te preocupes. Me gustaría asistir al funeral.

Ty asintió.

—Puedes ayudarnos a llevar el féretro si lo deseas. Será en la iglesia presbiteriana pasado mañana. No hay ningún otro familiar vivo, excepto yo.

—Bueno, lo siento —repitió Sam.

Ty dudó un instante, y después se encogió de hombros.

—Yo también. Buenas noches.

Salió de la casa con las cartas en la mano, más asustado de lo que nunca había estado en su vida. Le daba miedo lo que pudiese encontrar en ellas.

Dos horas más tarde se hallaba en Staghorn, sentado en su estudio, con media botella de whisky vacía en una mano y un vaso en la otra. Su mirada era fría y amarga, y el dolor del descubrimiento le había entumecido los músculos.

Las cartas que Bruce le había enviado a Erin estaban llenas de amor no correspondido, exultantes de pasión y de planes que los incluían a los dos. Cada una de ellas era más ardiente que la anterior, y en todas ellas había al menos una frase sobre lo mucho que Bruce lo odiaba a él. Pero la carta que Erin le envió, fue lo que le destrozó el corazón.

"Querido Bruce", decía, en una caligrafía delicada y elegante. "Te devuelvo todas tus cartas, y espero que te ayuden a darte cuenta de que no puedo darte lo que quieres de mí. Eres un hombre maravilloso, y la mujer que se case contigo será muy afortunada, pero yo no puedo quererte, Bruce. Nunca lo he hecho, y nunca podré hacerlo. Incluso si las cosas fuesen distintas entre nosotros dos, sería imposible que mantuviésemos cualquier relación a causa de tu hermano". El corazón se le heló a Ty al seguir leyendo. "Aunque la culpa fue en parte mía, no puedo perdonarle lo que me ha ocurrido. Sufrí dos operaciones, una para ponerme un clavo en la pelvis, que me rompí en el accidente y otra para quitármelo. Tengo que andar con muletas y estoy llena de cicatrices. Pero quizá las

cicatrices emocionales sean aun peores, porque también perdí el niño en el accidente...”

¡El niño! Ty cerró los ojos y su cuerpo tembló de angustia. No pudo terminar la carta. Erin había salido disparada de Staghorn, y había tenido un accidente con el coche, perdiendo en él a su hijo y su carrera. Todo por su culpa. Y ahora Bruce estaba muerto y Erin estaba inválida y amargada, odiándolo, culpándolo a él, igual que él se culpaba a sí mismo. Todo eso le dolía como nada en toda su vida.

Ahora sabía que Erin había ido al rancho a verlo a él. Llevaba un hijo suyo en sus entrañas e iba a decírselo, pero él no se lo permitió, sino que la obligó a marcharse, humillándola. Y por su culpa, ella lo había perdido todo.

Aquello lo perseguiría durante toda su vida. Nunca había tenido nada que fuese realmente suyo, nada que amar o que proteger, excepto Bruce, y su hermano había sido demasiado independiente para esa clase de cuidados. Ty hubiera deseado tener alguien a quien mimar, darle cosas y cuidar. Era evidente que Erin había pensado tener el niño, su hijo. Ahora recordaba, y era ya demasiado tarde, la expresión esperanzada de sus ojos, la dulzura de su rostro al anunciar: "Tengo algo que decirte...”

Dejó que la carta cayera al suelo, se sirvió otro vaso de whisky y lo apuró de un trago, Sentía una presión en el pecho que el alcohol sería incapaz de suavizar.

Siguió mirando la botella durante un momento, se levantó lentamente sin dejar de mirarla, y con el dolor y la ira desfigurando su rostro, la estrelló en la chimenea, donde las llamas crepitaron.

—Erin —susurró con voz entrecortada— ¡Oh, Dios, Erin, perdóname!

La puerta se abrió de pronto, pero él no se volvió.

—¿Sí? —preguntó con frialdad.

—Señor, ¿está usted bien? —le preguntó Conchita con suavidad. Era una española de mediana edad que llevaba muchos años trabajando en la casa.

Ty se encogió de hombros.

—Sí —contestó.

—¿Quiere que le traiga algo de comer?

—Dile a José que necesitaré cinco personas que quieran llevar el féretro —respondió, tras negar con la cabeza—. El compañero de

apartamento de Bruce será uno.

—Sí señor. ¿Ya habló con el sacerdote?

—Lo hice al volver a casa.

—¿Está seguro de que no quiere nada? —insistió la mujer.

—El perdón — contestó con voz atormentada— Sólo eso.

Pasaron tres días antes que Ty pudiera empezar a recuperarse de aquel tormento. El funeral estuvo presidido por una lluvia fría, y sólo asistieron el compañero de Bruce y los trabajadores de¡ rancho. Ty había pensado en la posibilidad de invitar a Erin, pero si acababa de salir del hospital, no estaría en condiciones de viajar hasta allí. Hubiera deseado llamarla, hablar con ella, pero no quería hacerle más daño. Su voz evocaría en ella—demasiados recuerdos, abriría demasiadas heridas. Seguramente ni siquiera querría escucharlo, así que, ¿para qué molestarla?

Después del funeral fue a la ciudad a ver a Ed Johnson, el abogado de la familia. Tal y como habían sido las relaciones con su hermano, era de esperar que Bruce no le dejara en herencia su mitad de Staghorn... una suposición que resultó cierta.

Ed era un hombre que rondaba los cincuenta, calvo, de personalidad cálida y palabra fácil. Se puso en pie cuando Ty entró en su despacho y le tendió la mano.

—Te vi en el funeral —comentó—, pero no quise hablar de nada allí. Supuse que vendrías a verme.

Ty se quitó el sombrero y se sentó, cruzándose de piernas. Estaba muy elegante con su traje azul con rayas finas.

—Bruce cambió su testamento tres veces en este último año —informó el abogado—. Una vez intentó pedir un préstamo para montar uno de esos negocios para hacerse rico en poco tiempo, pero la semana pasada llegué a creer que estaba volviéndose loco.

La semana pasada. Justo después de haber recibido la carta de Erin. Ty erró los ojos y suspiró.

—Evidentemente, debe de haberme excluido de su testamento —dijo.

—Diste en el clavo —contestó Ed—. Le dejó todo a una mujer que vive en Nueva York. Creo que es esa modelo con la que estaba saliendo hace unos meses —murmuró, sin darse cuenta de la expresión sorprendida de y—. Sí, aquí está. Erin Scott. Le deja todo, con la condición de que se vaya a vivir al rancho. Si no cumple esa

condición, hasta el último penique ira a parar a Ward Jessup.

¡Ward Jessup! Ty se quedó sin respiración. Ward Jessup y él eran enemigos desde hacía mucho tiempo. El rancho de Jessup, que colindaba con Staghorn, estaba atestado de perforaciones en busca de petróleo, y su vecino no ocultaba su deseo de extender sus dominios a parte de Staghorn. Ty había sido inflexible en su decisión de no vender, y Jessup había intentado convencer a Bruce de que le vendiera su parte. Ahora, si Erin se negaba a ir al rancho, conseguiría sus propósitos, es decir, la mitad de Staghorn. "Qué venganza tan perfecta", pensó Ty. Bruce sabía lo mucho que Erin odiaba a Ty y que preferiría morirse antes que vivir bajo el mismo techo que él, así que se había asegurado de que su hermano mayor no pudiese heredar jamás.

—Supongo que eso es todo —comentó Ty.

—No lo comprendo —contestó Ed, mirándolo fijamente a través de sus gafas.

—Bruce recibió una carta de ella la semana pasada —le explicó Ty, manteniendo la calma en su voz—. Tuvo un accidente hace un tiempo, del que a quedado medio inválida. Estaba embarazada y perdió al bebé. Yo soy el responsable.

—¿Era el hijo de Bruce?

Ty lo miró directamente a los ojos.

—No. Era mío.

Ed carraspeó con nerviosismo.

—Oh... Lo siento.

—Nunca tanto como yo —respondió Ty, poniéndose de pie— Gracias por dedicarme tu tiempo, Ed.

—Espera un momento. No estarás pensando en perder la mitad de tu rancho después de haber trabajado toda tu vida para sacarlo adelante, ¿verdad?

—Erin me odia —contestó Ty—. Es pedir un imposible que tenga la caridad suficiente como para querer ayudarme, después de la forma en que la traté. Ella tiene más razones que Bruce para vengarse de mí, y yo no me siento con el coraje suficiente para pelear, ni siquiera por Staghorn. Esta semana ha sido un infierno para mí —volvió a ponerse su sombrero—. Si Erin quiere cortarme el cuello, voy a dejar que lo haga. Es lo menos que puedo hacer por ella.

Ed frunció el ceño mientras lo veía alejarse. Aquellas palabras no parecían propias del Tyson Wade que él conocía. Quizá la pérdida de su hermano lo hubiese cambiado. El Ty de siempre habría luchado hasta perder el aliento por salvar su hogar.

—Jenny —le pidió por teléfono a su secretaria—, comunícame con Erin Scott a Nueva York.

Poco después, una voz femenina y agradable sonó en el auricular.

—¿Sí?

—¿Señorita Scott?

—Soy Erin Scott.

—Mi nombre es Edward Johnson. Soy el ahogado de la familia Wade.

—Yo no he pedido ninguna indemnización...

—La llamo por un asunto completamente distinto, señorita Scott —la interrumpió él—. ¿Conoce usted a mi cliente, Bruce Wade?

—Hubo una pausa larga.

—Bruce... ¿Le ocurrió algo?

—Hace tres días que sufrió un accidente en su automóvil. Lamento tener que decirle que resultó fatal para él.

—Oh... Lo siento muchísimo, señor...

—Johnson. Ed Johnson. Le llamo para informarle que la nombró a usted su beneficiaria.

—¿Beneficiaria?

—Señorita Scott, ha heredado usted una sustanciosa cantidad de dinero en efectivo, así como parte del rancho Staghorn.

—No puedo creer que haya hecho una cosa así —murmuró ella — ¡No puedo creerlo! ¿Y qué pasa con su hermano?

—Tengo que admitir que yo tampoco comprendo muy bien la situación, pero su testamento es inalterable. Es usted su heredera universal. Es decir, si cumple una pequeña cláusula.

—¿Qué cláusula?

—Que se vaya usted a vivir al rancho.

—¡Jamás!

Así que Ty tenía razón...

—Esperaba esa reacción de su parte —comentó él—. Pero será mejor que le explique la totalidad de las condiciones—. ¿Señorita Scott?

—Sí... sigo aquí —contestó ella con voz temblorosa.

—Si usted no cumple esa condición, su mitad del rancho irá a parar a manos de Ward Jessup.

Hubo un largo silencio.

—Es el vecino de Ty... del señor Wade.

—Cierto. Y si me permite añadirlo, también es su adversario. Lo único que él quiere son los derechos para hacer perforaciones en Staghorn, y el rancho no podría sobrevivir así. Hay muchas familias cuyos ingresos dependen exclusivamente de Staghorn... un herrero, varios vaqueros, un veterinario, un mecánico...

—Sé... lo grande que es el rancho —dijo Erin con la voz un poco mas tranquila—. Algunas de esas familias llevan tres generaciones trabajando para los Wade.

—Efectivamente —afirmó Ed, sorprendido de lo mucho que ella sabía de Staghorn.

—Necesito tiempo para pensar —indicó la joven tras una pausa —. Acabo de salir del hospital, señor Johnson. Apenas puedo caminar, y un viaje de esa clase sería muy difícil para mí.

—El señor Wade tiene un avión particular —le recordó él.

—No sé si...

—Los términos del testamento son muy claros, y requieren de una acción inmediata. Lo siento señorita Scott, pero necesito tener su respuesta hoy mismo.

Hubo otro largo silencio.

—Dígale al señor Wade... que iré.

Ed tuvo que reprimir una sonrisa.

—Sólo hay una cosa más —añadió ella— ¿Cuánto tiempo tendré que quedarme?

—No se ha especificado —contestó él— Eso se deja a la interpretación de los implicados, pero, créame, el señor Jessup dirá que tiene que permanecer allí toda su vida.

—Escuché que es un hombre sin escrúpulos... pero ya cruzaré ese puente cuando llegue el momento. Estaré preparada mañana por la tarde, señor Johnson.

Parecía cansada y dolorida, y Ed se sintió culpable por tener que presionarla, pero esperar era imposible.

—De acuerdo. Mientras tanto, prepararé los documentos necesarios. Ahora es usted una joven bastante rica, señorita Scott.

—Bastante rica —repitió ella con voz ausente, y colgó el auricular.

Estaba sentada en un sofá que se hundía casi hasta el suelo, en un apartamento en Queens. Pocas veces tenía agua caliente, y la calefacción funcionaba sólo de cuando en cuando. Se había envuelto en un abrigo para protegerse del frío; nadie que la hubiese conocido seis meses antes la reconocería.

¿Por qué había aceptado volver? Aún tenía muchos dolores, y todo lo que había sido capaz de hacer ese día era ir al baño. La pierna la estaba matando. Le habían enseñado una serie de ejercicios, y el médico había hecho hincapié en que debía realizarlos dos veces al día si no quería seguir cojeando toda su vida. "La cojera no es precisamente una de las cualidades más apreciadas en una modelo", se recordó. Aunque en realidad, ya todo era inútil. Lo había perdido todo. No tenía ningún futuro, nada por lo cual vivir. Nada, excepto la venganza, e incluso eso le producía mal sabor de boca. No podía pensar en dejar a toda esa gente sin trabajo. Al menos, no en invierno.

Estiró penosamente la pierna. ¡Ejercicios! Caminar ya era lo bastante difícil como para pensar en levantar pesas y todas esas cosas. Dejó vagar la mirada a través de los cristales. Estaba lloviendo. ¿Estaría también lloviendo en Ravine, Texas? ¿Qué estaría haciendo en ese momento Tyson Wade? Estaría lanzando maldiciones como un corsario. Se había tomado mucho trabajo para asegurarse de que ella no volviera a poner un pie en Staghorn. No debía saber nada del accidente, y mucho menos del niño. ¡Si al menos pudiera herirlo tanto como él la había herido a ella!

Aún tenía la posibilidad de quedarse en Nueva York. Podía cambiar de opinión y rechazar las condiciones de la herencia. Sí, claro... y también podía volar. ¿Cómo iba a dejar a todas esas familias en la calle?

Se recostó en el sofá y cerró los ojos. Ya tendría todo el tiempo del mundo para preocuparse por eso. Ahora, todo lo que quería hacer era dormir y olvidar.

—Ty... Ella iba corriendo hacia él con los brazos extendidos, y el sonreía, esperándola. La estrechaba entre sus brazos y la besaba con maravillosa ternura. Ella estaba embarazada, tenía ya el vientre enorme, y él se lo acariciaba con manos posesivas y ojos

embelesados...

Erin despertó con los ojos llenos de lágrimas. Era el mismo sueño de siempre, con el mismo final invariable. Y siempre despertaba llorando. Se levantó a lavarse la cara y miró el reloj. Era ya hora de irse a la cama, así que se puso el camisón y se tomó una píldora para dormir. Quizás aquella noche consiguiera no soñar.

A la mañana siguiente, preparó temprano su equipaje y esperó la llegada de quienquiera que fuese que Tyson hubiera enviado a recogerla. Se había vestido con un traje de punto beige que le hubiera quedado a la perfección seis meses antes, pero que ahora parecía colgar de sus huesos. Se había recogido el cabello en un moño, y no se había maquillado.

A las dos en punto llamaron a la puerta. Ella sentía una vaga curiosidad por saber a quién habría mandado Ty desde Texas a buscarla.

—Adelante —respondió desde el sofá, y no pudo dar crédito a sus ojos cuando apareció en la puerta el propio Tyson Wade.

El se detuvo, mirándola, mientras ella se levantaba pesadamente apoyándose en su muleta. El impacto de lo que él mismo había provocado fue estremecedor.

Recordaba a una joven sonriente y alegre, pero lo que veía ante sí era a una mujer envejecida y cansada cuyos ojos no tenían la más mínima luz, sino una especie de resignación dolorosa. Estaba muy delgada, con el rostro pálido y ojeroso, y lo miraba como si fuera un extraño. Quizá lo fuese, o mejor, siempre lo había sido, porque él nunca le había permitido que se acercara lo suficiente como para conocerlo.

—Hola, Erin —saludó con tono tranquilo.

—Hola, Tyson.

Ty echó un vistazo a su alrededor y sus ojos plateados no pudieron ocultar su disgusto.

—Llevo varios meses sin trabajar —le informó ella—. He estado cobrando una pensión por incapacidad y he comido gracias a la bondad del Estado.

—Ahora no tendrás que volver a hacerlo —contestó él y su mirada pareció atormentada.

—Eso creo, según me ha dicho el abogado de tu familia —repuso ella, esbozando una sonrisa—. Supongo que ya habrás

intentado encontrar la forma de deshacer el testamento.

—¿Estás preparada, Erin? —preguntó él, mirándola con detenimiento.

—Tú primero. Tendrás que ir despacio. Aún no puedo moverme con agilidad.

Ty la vio acercarse con movimientos lentos y cuidadosos. Obviamente, la pierna le dolía mucho.

—Oh, Dios mío... —murmuró él.

—No me compadezcas —protestó ella— ¡No te atrevas!

Ty aspiró profundamente.

—¿Estás muy mal?

Erin se detuvo frente a él.

—Ya me las arreglaré —contestó fríamente.

Ty se limitó a asentir y le abrió la puerta. Cuando ella pasó a su lado, percibió su delicioso aroma a rosas, y tuvo que hacer un esfuerzo por apartar de su mente unos recuerdos que le resultaban insoportables.

—Erin... —musitó.

Pero ella no contestó. Ni siquiera lo miró, sino que continuó su doloroso caminar hacia el vestíbulo y hasta la puerta de la calle. Y Ty, tras observarla unos segundos en silencio, recogió sus maletas, cerró la puerta y la siguió.

3

Lo único que Ty podía hacer era guardar silencio mientras él y Erin iban camino del aeropuerto. Tenía tantas cosas que decirle, que explicarle, que discutir... Quería disculparse, pero le resultaba imposible. Era extraño pensar en el sufrimiento que el orgullo le había causado a lo largo de los años. Nunca había aprendido a doblegarse. Su padre le había enseñado que el hombre no podía hacerlo y después seguir siendo un hombre.

Encendió un cigarrillo y lo fumó en silencio, sintiendo la mirada escrutadora de Erin sobre él mientras conducía en el frenético tránsito de la ciudad.

—Nada te molesta, ¿verdad? —preguntó ella.

—No lo creas —contestó él, volviéndose para mirarla, entre tanto esperaba que el semáforo se pusiera en verde.

—Seis meses —murmuró Erin, con la voz desprovista de emoción como sus ojos—. Pueden pasar muchas cosas en seis meses.

—Sí —contestó, fijando la mirada en el semáforo. Era incapaz de soportar aquella expresión vacía de su rostro cuando hubo una vez que la vio correr hacia él, sonriendo...

Erin daba vueltas a la muleta entre sus manos. Ty parecía cambiado: menos arrogante, menos insensible. Quizá la muerte de su hermano había provocado ese cambio, pensó, aunque Bruce y él nunca hubieran estado muy unidos, y se preguntó si Ty la culparía de su distanciamiento de Bruce, si es que sabía lo celoso que su hermano estaba de él sin causa alguna.

—¿Cuánto tiempo tendrás que utilizar eso? —le preguntó él, mirando la muleta.

—No lo sé.

Pero sí que lo sabía. Se lo habían dicho. Si no Practicaba los ejercicios religiosamente, tendría que utilizarla durante el resto de su vida. ¿Pero acaso eso importaba ya? Nunca podría volver a trabajar como modelo, y no había ninguna otra cosa en su vida por la que el esfuerzo mereciera la pena.

—No esperaba que aceptaras la cláusula del testamento de Bruce —Comentó él de pronto.

—No, supongo que no. ¿Pero qué esperabas? ¿Que me quedara con mi orgullo mientras todos tus trabajadores perdían su empleo por mi culpa?

Así que esa era la razón. No quedaba ningún sentimiento hacia él. Sólo se trataba de ayudar a los menos afortunados. Él debió haberlo imaginado.

—Pareces sorprendido.

—No lo creas —contestó mientras detenía el coche en el estacionamiento—. Siempre has sido generosa... en todos los sentidos.

Erin se ruborizó y tuvo que apartar la mirada. No era capaz aún de recordar... eso.

—No fue un insulto —añadió él deprisa—. No lo tomes como algo personal.

Ella se echó a reír aunque las lágrimas le brillaban en los ojos. Parecía un animalillo acorralado mirándolo desde su asiento.

—¿Que no lo tome como algo personal? ¡Mírame, maldita sea! —le gritó.

Ty estiró una mano para tocarla, pero se detuvo enseguida y las líneas de su rostro volvieron a ser tan frías como témpanos. Se quedó mirando fijamente al cigarrillo que tenía entre las manos, y después lo apagó en el cenicero.

—Ya lo hice —dijo, manteniendo la voz tranquila— No he dejado de hacerlo desde que te recogí, ¿y quieres saber lo que he visto?

—¿Qué tal un esqueleto consumido? Creo que es una definición bastante buena —contestó ella con tono desafiante.

—Te rendiste, ¿verdad? Dejaste de luchar, de trabajar y de preocuparte por nada.

—¡Tengo todo el derecho de hacerlo!

—Es cierto, tienes todo el derecho. Yo sería el primero en estar

de acuerdo, pero por amor de Dios, mujer, mira lo que te estás haciendo. ¿Quieres terminar siendo una tullida?

—¡Soy una tullida!

—Sólo en tu cabeza. Estás convencida de que tu vida ha terminado; de que puedes irte a Staghorn y limitarte a vivir allí en una especie de jaula mientras todo el mundo a tu alrededor prospera. Pero te equivocas, porque eso es algo que no harás jamás. Yo voy a hacer que vuelvas a vivir. Vas a recoger los pedazos y a empezar de nuevo. Yo me encargaré de eso.

—¡Por supuesto que sí, todopoderoso señor Wade!

—Si vuelves conmigo, ten por seguro que será así —afirmó él, apoyando un brazo sobre el respaldo del asiento de ella y mirándola desafiante—. Vamos, Erin. Dime que me vaya al infierno. Dime que le dé a Ward Jessup la mitad de mi rancho y que deje a toda esa gente en la calle.

Ella hubiera querido hacerlo. ¡Oh, Dios, cómo hubiera deseado hacerlo! Pero su conciencia no podría soportarlo.

—¡Te odio, Tyson Wade! —le gritó, con los ojos ahora encendidos por la ira.

—Lo sé... —contestó él—, y no te culpo por ello. Tienes derecho. Yo nunca te hubiera pedido que volvieses.

—No, tú no. Pero si yo no lo hubiera hecho, estoy segura de que hubieras venido aquí para llevarme a la fuerza.

—Ahora no. Después de lo que ha ocurrido, no —aseguró él, dejando resbalar la mirada por su cuerpo.

—Supongo que el señor Johnson te habrá hablado del accidente.

—Leí la última carta que le escribiste a Bruce —informó Ty, fijando los ojos en la muleta y con un gesto atormentado.

Erin sintió que un sollozo le atenazaba la garganta. Podía soportarlo todo de él, excepto la ternura. La culpa, la suya, la de ella, la de Bruce...

—Ojalá pudiera decirte cómo me sentí cuando lo supe —murmuró él, dudoso—. Lo que te dije aquel día...

Erin tragó saliva, intentando mantener el control de sí misma.

—Era... era lo que sentías y pensabas, y revivirlo ahora no va a hacemos ningún bien. Apartaste a Bruce de mí. Eso era todo lo que te importaba.

—¡No! Eso no es cierto —Ty hizo ademán de tocarla, pero ella

se apartó rápidamente hasta que sintió la puerta en su espalda.

—¡No me toques! —espetó con voz ahogada—. No te atrevas a volver a tocarme. Si lo haces, saldré por la puerta y tú y tu gente se irán al infierno.

La expresión de él cambió. Era la primera vez que intentaba acercarse a ella, y su rechazo le dolía, pero hizo un esfuerzo por olvidarse de su orgullo herido y tratar de ver las cosas desde otro punto de vista. Él la había lastimado brutalmente, y pasaría mucho tiempo antes que ella volviera a confiar en él. Bueno, había tiempo de sobra. En ese momento, el tiempo y la esperanza de que ella dejara de odiarlo algún día era todo lo que él tenía.

—Está bien —acordó, casi con ternura en la voz— ¿Quieres tomar algo antes de abordar el avión?

Erin se removió incómoda en su asiento.

—Yo... no he comido.

—Entonces vamos a comer un emparedado —indicó Ty. Salió del coche y le abrió la puerta, pero no le ofreció la mano para ayudarla—. ¿Cuánto tiempo hace que te quitaron el clavo?

Erin lo miró sorprendida. No se le había ocurrido que supiera tanto sobre su situación.

—Unas cuantas semanas.

—¿Has hecho alguna clase de terapia después?

—Una taza de café no me caería mal —dijo ella, evitando su mirada.

—La terapia —insistió—, es lo único que puede hacer que vuelvas a caminar sin esa muleta. ¿Es que los médicos no te lo han dicho?

—¿Cómo sabes tu tanto e terapias?

—Cuando tenía veinticuatro años, me rompí la cadera en un rodeo. Me costó meses de terapia librarme de la cojera. Nunca olvidaré los ejercicios, ni cómo se hacen, ni durante cuánto tiempo hay que hacerlos cada día, así que te ayudaré con ellos.

—Y yo te ayudaré a llegar al hospital si lo intentas —lo amenazó ella.

—Muy valiente —comentó él, con una sonrisa—. Siempre lo has sido. Desde el principio esa fue la cualidad que más me gustó de ti.

—A ti no te gustaba nada de mí —le recordó—. Me odiaste desde el primer momento hasta el final.

—¿Estás segura de eso? Creí que las mujeres sabían comprender las reacciones de los hombres por instinto.

—Ya averiguaste que yo sabía muy poco sobre los hombres... entonces.

Ty no apartó la vista de ella.

—Y ya averiguaste tú que yo sabía muy poco sobre las mujeres.

Erin lo miró a los ojos y se preguntó que ocultaría tras aquella niebla plateada. Lo que él acababa de decir parecía una especie de confesión, pero no cuadraba con el retrato que Bruce le había pintado de él... un mujeriego.

—Debes de haber olvidado más acerca de las mujeres de lo que yo sabré en toda mi vida —respondió ella al fin—. Bruce me lo dijo.

Ty apretó los dientes.

—Bruce te contó demasiadas cosas, ¿verdad? Pues yo también me enteré de lo que tú dijiste de mi "manoseo".

—¿Qué? —preguntó Erin atónita.

—Me comentó que le hablaste de "mis torpes manoseos" y que se lo habías contado con todo detalle a él para reírse juntos...

Ella se quedó boquiabierta y tan pálida como una sábana.

—¿Que Bruce te dijo... te dijo eso?

—¡Erin! —exclamó Ty, lanzándose hacia ella justo a tiempo para evitar que cayera al suelo. Sostenerla entre sus brazos lo hizo sentirse vivo por primera vez desde hacía meses. La retuvo así, apoyando la mejilla en su cabello y gravitando en la angustia agridulce de abrazarla mientras a su alrededor el tránsito discurría rutinario y los turistas transitaban indiferentes por las aceras—. Cariño —susurró, mientras se sentaba en el asiento del coche llevándola entre sus brazos—. Erin...

Ella volvió en sí un momento después, y por un instante, por unos escasos segundos, sus ojos parecieron brillar llenos de recuerdos, pero fue como si un pesado telón cayera sobre ellos en cuanto lo reconoció.

—Te desmayaste—dijo él.

Erin lo miró desconcertada, sintiendo su calor y la fuerza de sus brazos.

—Ty... —susurró.

El corazón de él se detuvo y su cuerpo hizo eco inmediato do su necesidad.

—¿Estás bien? —le preguntó, incorporándola con rapidez para que no pudiera descubrir su vulnerabilidad.

—Me siento un poco temblorosa, eso es todo.

Ty dejó resbalar la mano por su cabello, ardiendo todo él al sentirla tan cerca, disfrutando el aroma de rosas que emanaba de su cuerpo.

—Bruce no pudo decirte eso... ¡No es posible! exclamó, con los ojos llenos de lágrimas.

—No debí habértelo contado —murmuró él—. Fue sin querer. ¿Te sientes mejor?

Erin suspiró profundamente. Era mentira. Una horrible mentira. Ella nunca le había dicho tal cosa a Bruce, e iba a explicárselo, pero quedó in en la electricidad que de pronto se creó entre ellos.

—Tus ojos siempre me han recordado el terciopelo verde —musitó él, con voz ausente—. Suaves y profundos a la luz, llenos de escondida dulzura calor.

Respirar parecía haberse vuelto difícil para Erin, mientras dejaba vagar su mirada por el rostro de facciones marcadas, descubriendo pequeñas y nuevas arrugas.

—No encontrarás nada bonito aunque te esfuerces —advirtió él, en un tono que pretendía ser desenfadado.

—Siempre has sido tan distinto de Bruce —susurró ella—. Distante, solitario, invulnerable...

—Excepto en una noche —respondió él, y el color volvió a las mejillas de Erin—. ¿Me creerás al menos si te digo que lamento lo que te hice y que si pudiera daría marcha atrás y lo borraría todo?

—Lamentarse por el pasado no cambiará nada —contestó ella y cerró los ojos.

—Lo siento... siento lo del niño —murmuró con voz cargada de emoción.

Erin lo miró sorprendida.

—Hubieras querido tenerlo...

—Si lo hubiese sabido, no te habría dejado marchar.

Hubo algo en su forma de decir estas palabras que la hicieron creer que era verdad. Quizá Ty deseara tener su propia familia, o tal vez hubiera habido alguna mujer... No es que fuera un hombre guapo, desde luego, pero podía haber sido capaz de amar, de ser tierno y cálido. Posiblemente hacía un millón de años de todo eso, a

juzgar por el muro que había erigido a su alrededor.

Erin hizo un esfuerzo por levantarse y él la soltó de inmediato, ayudándola con unas manos increíblemente amables. Debía de ser la culpabilidad. Al menos parecía capaz de sentir eso, aunque no fuera lo que ella quería de él.

—Ya estoy bien —aseguró ella. La proximidad de su cuerpo la había afectado terriblemente.

Se había entregado a él aquella noche con tal abandono, con tanta alegría... porque ella lo quería, y por un momento creyó ser correspondida, pero sólo había sido un truco, una mentira. ¿Podría olvidarlo alguna vez?

—Estoy cansada —susurró—. Tan cansada...

Su cansancio saltaba a la vista, y pensar en todo lo que había tenido que pasar le hacía experimentar a Ty un extraño sentimiento de protección hacia ella.

—Te pondrás bien —respondió acariciándole el cabello— Voy a ocuparme de ti. Me ocuparé de todo. Vamos. Vámonos a casa.

Staghorn no era casa de ella, pero estaba demasiado agotada para discutir. Lo único que quería era tener un lugar para descansar y un poco de paz. Tantas cosas le habían ocurrido que ahora sentía los efectos retardados del golpe. Aún no podía soportar los recuerdos ni la idea del futuro. Sólo deseaba cerrar los ojos y olvidar todo.

Ty la tomó del brazo para conducirla hacia la pista y ella se dejó guiar con un gesto que lo conmovió.

Erin había sido una luchadora, y él admiró siempre ese espíritu, aun cuando una vez intentó derrotarla. Y ahora, verla así, saber que se había rendido, lo desconcertaba. Estaba casi inválida, había perdido el bebé y nunca podría perdonarlo por ello. Ni siquiera él mismo podría perdonárselo. Lo único que podía hacer era asegurarse de que Erin se marchara de Staghorn recuperada, costara lo que costara. Estaba dispuesto a infundirle de nuevo deseos de vivir, aunque esto terminara por apartarla de él.

El avión era un Cessna bimotor, un precioso modelo cómodo y rápido. Había lugar suficiente para que Erin se recostara en el asiento de pasajeros, pero ella quería ver a dónde iban. ¿Puedo sentarme contigo ahí delante?

Era el primer atisbo de entusiasmo que mostraba desde que él la

recogió en su apartamento.

—Por supuesto —asintió él.

Erin lo observaba fascinada mientras Ty preparaba el avión para el vuelo y pedía permiso a la torre para despegar. Era la primera vez que ella volaba en su avión particular, porque aunque Bruce la había invitado a hacerlo en otra ocasión, Ty se opuso.

El vuelo hasta el rancho transcurrió casi en silencio, ya que él iba concentrado en el tablero de instrumentos.

Staghorn era como ella lo recordaba: grande y bien distribuido como una pequeña ciudad. La casa estaba cubierta con estuco español de color amarillo, el tejado era rojo, y a su alrededor había un corredor con hermosos arcos adornados con las más variadas especies de cactos. A un lado quedaban los ultramodernos establos y corrales, y un centro de trasplante embrionario qué no tenía nada que envidiarle a cualquiera de los de la zona. La voluntad de Ty de utilizar las últimas tecnologías y métodos de producción había transformado el pequeño negocio de su padre en un gran imperio. Era un hombre nacido para los negocios, para generar dinero, y a ello le había dedicado toda su vida. Disfrutaba responder al reto que éstos le planteaban, como no lo hacía con ninguna otra cosa, incluidas las relaciones personales.

Erin se sentía fascinada por lo poco que había cambiado el rancho desde su última visita. En su mundo, la gente aparecía y desaparecía como un torbellino, pero en el rancho de Ty había estabilidad. Todo el personal seguía siendo el mismo. Conchita y José, su marido, seguían ocupándose de atender al dueño, manteniendo todo en exquisito orden tanto dentro como fuera de la casa. Ambos eran de mediana edad, y sus padres habían trabajado para Norman, el padre de Ty.

Conchita era una mujer alta y elegante, muy delgada, de mirada enérgica y traviesa, a pesar de las canas que salteaban su hermosa mata de cabello negro. José era de su misma estatura y poseía la misma elegancia, pero tenía todo el cabello gris, según decían los rumores, debido al temperamento del señor Norman. Era de carácter alegre y tenía tan buena mano para los caballos que Ty solía permitirle ayudar a los vaqueros que reunían la manada.

La casa tenía dos pisos, pero era en el primero donde estaba la habitación de Erin, dos puertas más allá de la Ty. Esa circunstancia

resultaba un tanto inquietante, pero ella estaba segura de que él había decidido darle esa habitación debido a su estado.

—Si necesitas algo, hay un timbre junto a la cama —le explicó él —. Conchita te oirá de día o de noche. Y si no, yo te escucharé.

Erin se dejó caer en un sillón junto a la ventana y cerró los ojos con un suspiro.

Pero Ty no se marchó, sino que se sentó sobre la inmaculada colcha blanca y la miró en silencio.

—No te encuentras bien —dijo al fin.

—Pasa dos veces por el quirófano en seis meses y ya verás cómo te sientes —replicó ella sin abrir los ojos.

—Quiero que te revise el médico de la familia. Él podrá recomendarte algunos ejercicios para esa cadera.

—Óyeme bien, Ty —indicó la joven, abriendo los ojos— Es mi cadera y es Mi vida, < así que yo decidiré.

—No. Mientras estés en Staghorn, no. No tienes buen color, y quiero que te atienda.

—Yo no soy responsabilidad tuya...

Discutir no iba a servir de nada, así que sería mejor ignorar lo que dijese.

—Te haré una cita con el médico —anunció él—. Quizá pueda recetarte unas vitaminas. Estás demasiado delgada.

—Ty...

—Acuéstate y descansa durante un rato. Le diré a Conchita que te prepare un chocolate bien caliente. Te confortará y te ayudará a dormir. El termostato está aquí por si sientes frío —indicó él, señalando el reloj junto a la puerta.

—¿Quieres dejar de darme órdenes? —gritó ella, exasperada.

—Así está mejor —dijo Ty al ver cómo el color volvía a sus mejillas—. Ahora vuelves a parecer medio humana.

—¡No sé por qué acepté venir aquí!

—Seguro que sí lo sabes. Viniste para salvar a mi gente del desempleo —observó él, abriendo la puerta—. Llama si quieres algo.

—Quiero... Me gustaría ir a ver la tumba de Bruce.

La expresión de Ty no cambió, pero sus facciones parecieron suavizarse. Si había sentimientos tras su fachada, estaban bien escondidos.

—Te llevaré más tarde, cuando hayas tenido tiempo para descansar.

—¿Lo echas de menos?

—Le diré a José que te traiga la maleta más tarde —anunció él, cerrando la puerta tras de sí.

Sí, pensó con amargura mientras cruzaba el vestíbulo. Sentía la falta de su hermano, pero había otra cosa que echaba aún más de menos, y era la vida que pudo haber tenido con Erin. Faltaba un mes para Navidad y lo atormentaban las imágenes de cómo podría haberla celebrado si Bruce no lo hubiese arruinado todo. Parecía que había pasado tan poco tiempo desde que Erin corrió hacia él riendo, con su cabello negro al viento, y él se derritió sólo con verla; se había quedado sin respiración como un adolescente en su primera cita, y aún seguía sintiéndose así, a pesar de las cicatrices y la cojera de ella. En su corazón llevaba un retrato indeleble de la joven, que resistiría el paso de los años y que la mantendría bella e intacta durante toda su vida. Erin. Qué maravillosa habría podido ser la vida si...

Carraspeó con fuerza y salió deprisa al porche.

Bruce había sido enterrado en un cementerio local a sólo diez minutos de Staghorn. Erin se detuvo frente a su tumba mientras Ty la observaba desde su asiento del coche, fumando un cigarrillo.

"Es muy triste", pensaba Erin, "la forma en que Bruce terminó su vida". Nunca le había parecido un hombre imprudente, al menos durante el tiempo que salieron juntos, hasta que llegó un momento en que ella se dio cuenta de que él esperaba más de lo que podía darle y decidió alejarse de él. En aquel momento, no sabía lo competitivo que Bruce era con Ty, ni que la había estado utilizando corno un arma de venganza contra el hermano que lo dominaba. "Mira", le había dicho sin palabras, "mira qué belleza traje a casa. Y es toda mía".

Erin sonrió con tristeza. En ese entonces desconocía el hecho de que los padres de Ty se habían separado años atrás y cada uno de ellos se había quedado con un niño. Norman Wade había educado a Ty sin la noción del amor para hacer de él un hombre invulnerable. Su esposa, sin embargo, educó a Bruce protegiéndolo incluso de la vida misma. El resultado en ambos casos era previsible... pero no para los padres.

La joven dio un vistazo a las lápidas junto a la de Bruce. Sus padres estaban allí. Norman y Camilla Harding Wade. Lado a lado en la muerte, como habían sido incapaces de estar en vida. A pesar de todas sus diferencias, compartieron un amor profundo y duradero. Ninguno de los dos salió con nadie después de su separación, y ambos habían pedido ser enterrados juntos Erin sintió el escozor de las lágrimas en los ojos al mirar aquella lápida. El amor debía de ser una cosa muy rara.

Ty, presintiendo sus preguntas, salió del coche y se acercó a ella. Vestía de nuevo sus acostumbrados vaqueros, sus botas de cuero y su viejo sombrero color crema.

—¿Por qué no pudieron vivir juntos? —le preguntó ella.

Ty se encogió de hombros.

—El era un hombre muy frío y ella una mujer muy ardiente —se limitó a decir— Eso lo explica todo.

Cuando comprendió el doble significado de aquellas palabras, Erin enrojeció.

—¿Qué te pasa? —murmuró él, esbozando una sonrisa— Yo sólo quería decir que él nunca mostraba sus sentimientos y ella llevaba los suyos prendidos en la solapa. No sé cómo eran en la cama. Nunca lo pregunté.

Erin enrojeció aún más.

—¿Quieres olvidarlo? —murmuró.

—¡Y pensé que era yo el anticuado! —exclamó él, llevándose el cigarrillo a los labios y mirando apesadumbrado las tres lápidas— Ahora soy el último. Siempre creí que Bruce viviría al menos veinte años más que yo. Él era quien amaba el vivir.

—¿Y tú no?

—Trabajas muy duro intentado ganarte la vida, y después te mueres. El resto del tiempo, lo pasas preocupándote por las inundaciones, las sequías, los impuestos y las ganancias. Y eso es todo.

—Nunca conocí un hombre más cínico que tú. Ni siquiera en Nueva York.

—Soy realista —la corrigió él—. No espero milagros.

—Quizá sea esa la razón de que nunca te haya ocurrido ninguno —sugirió ella, mirando la lápida de Bruce—. Tu hermano era un soñador. Le gustaban las sorpresas y lo inesperado. La mayor parte

del tiempo era un hombre feliz, excepto cuando se acordaba de que siempre iba a ser el segundo. Eres difícil de igualar, y él nunca se creyó capaz de medirse contigo. Decía que incluso tu madre hablaba más de ti que de él.

—No lo sabía —expresó Ty, arqueando las cejas—. Parecía despreciarme. Nunca nos entendimos bien.

—Creo que nunca habrá nadie que te comprenda —opinó ella con voz suave—. No das nada de ti mismo.

Ty apretó los dientes y sus ojos plateados la miraron a través de la nube de humo que salía de sus labios.

—Me parece un comentario muy interesante, viniendo de ti.

Erin intuyó lo que quería decir con esas palabras y se recordó a sí misma en sus brazos junto a la chimenea, gimiendo cuando él le acariciaba los senos.

—No me refería a esa clase de... comunicación —dijo, incómoda.

Ty volvió a llevarse el cigarrillo a los labios.

—Hace tiempo me aseguraste que nunca tuviste nada que ver con Bruce. ¿Es verdad?

—Sí —contestó ella sin rodeos—. Lamento que tuvieran problemas entre ustedes por mi culpa. Yo no le conté nada en un principio, pero él me hizo muchas preguntas y yo estaba muy enfadada. No le dije nada de... lo que ocurrió. El lo imaginó todo. Debí parecerle una perdida —añadió, con un esbozo amargo de sonrisa.

—Tú no eres una perdida. Fui yo quien te asaltó por la retaguardia, eso es todo. Cuando no te resististe, debí haberme dado cuenta de que eras demasiado inocente para saber lo que estaba pasando. Creíste que yo me detendría a tiempo.

—Es cierto que confié en ti, pero no me violaste. No fue eso.

Ty suspiró profundamente y se aventuró a apartar del cuello de Erin un mechón de cabello, que dejó al descubierto una cicatriz de la mejilla.

—¿Fue muy doloroso? —le preguntó con ternura.

—Sí—susurró ella con voz temblorosa y se dio la vuelta para evitar que él pudiera ver los sentimientos que amenazaban con desbordarla una segunda vez. Últimamente sólo parecía ser capaz de llorar.

Ty se removió inquieto. No estaba acostumbrado a ver llorar a una mujer. La verdad era que no estaba acostumbrado a las mujeres en sí, y no sabía cómo manejar aquella situación.

—Te estoy poniendo en un aprieto —murmuró la joven.

El había olvidado lo sincera que era. Nunca se mordía la lengua. Exactamente igual que él.

—No estoy acostumbrado a las mujeres.

—¿Y entonces por qué me dijo Bruce que eras un mujeriego? —le preguntó ella, mirándolo a los ojos.

—¿No lo sabes?

—No lo eras, ¿verdad? —insistió Erin.

Ty sacó otro cigarrillo y lo encendió.

—Vaya pregunta...

—No importa, no me contestes. Es algo que no me incumbe —espetó ella, echando a andar—. ¡Debería regresar a Nueva York y dejar que Jessup se fuese a vivir contigo!

—No nos llevaríamos bien —replicó él, alcanzándola—. No fuma.

Erin no podía dar crédito a sus oídos. ¿Humor negro... de Tyson Wade?

—Bruce se había mudado, ¿verdad?

—Bruce está muerto —la atajó él, deteniéndose para mirarla—. Lo que hizo o dejó de hacer, dijo u ocultó ya no tiene nada que ver con nosotros.

—Siento que se haya ido.

—Yo también, pero por mucho que nos lamentemos, no podremos resucitarlo —y después de mirar brevemente la lápida, volvió sus ojos hacia ella— En este momento, tú eres mi prioridad. Voy a conseguir que vuelvas a ponerte en pie.

—¡No pienso permitir que tomes el control de mi vida! —espetó ella, golpeando el suelo con la muleta.

—Claro que vas a permitirlo. Ahora no eres más que un pequeño nubarrón. No tienes el coraje suficiente para discutir conmigo.

—¿Quieres apostar?

—No, yo no juego. Ten cuidado o romperás la muleta.

—Entonces tendrías que llevarme a cuestas hasta la casa, ¿verdad? ¿Cuánto tiempo tendré que quedarme aquí?

—Hasta que cumplas los sesenta y cinco, en opinión de Jessup.

Haz el favor de apoyarte un poco más en esa pierna, cariño. Necesita mas ejercicio.

—¡Escúchame, vaquero...!

—No soy ningún vaquero.

—¿Quieres escucharme?

—Por supuesto, pero cuando digas algo que yo quiera oír. Vamos al auto; tengo cosas que hacer. El invierno no es tan ajetreado como el resto del año, pero aun así tengo que ocuparme del rancho. Espero que te guste leer. Te morirás de aburrimiento si no tienes algo en que entretenerte.

—Puedo ver televisión —murmuró ella mientras él le ayudaba a acomodarse en el coche.

—No tengo televisión —informó él y Erin lo miró boquiabierta —. No me gusta.

—¿Y qué haces antes de dormir?

—Leo.

Ella dejó caer la cabeza contra el asiento. ¡Vaya vida maravillosa la que le esperaba! Además de tomar calmantes para el dolor y verse obligada a hacer ejercicios con la pierna, podía sentarse y ver leer a Ty. "Oh, Bruce", pensó. "¿Por qué tuviste que morir y dejarme en este horrible lío?"

4

Erin había jurado no ir al médico, pero Ty la metió en el coche casi a empellones y la llevó hasta allí; y para colmo, estaba empeñado en entrar con ella al consultorio.

Los cuchicheos van a crecer como la espuma —protestó mientras seguían a la enfermera por el corredor—. ¿Por qué me haces esto?

—Todo el mando sabe que ya estás viviendo en el rancho —contestó él.

Tenía razón, pero eso no la hizo sentirse mejor. Ella odiaba ser objeto de habladurías. Seguro que ya se habrían enterado de que la mitad de Staghorn le pertenecía, y sabría Dios lo que la gente imaginaría que había tenido que hacer para conseguirlo.

—¿Quieres dejar de torturarte? —masculló él cuando entraban en la sala de consultas— ¿Qué demonios importa que la gente hable?

—¡Claro! ¡Como no va a ser tu reputación la que salga estropeada!

—¿Señorita Scott? Soy el doctor Brodie —dijo el médico que acababa de entrar en la sala. Primero estrechó la mano de Erin y después la de Ty, antes de sentarse a examinar los informes que habían llevado sobre la operación. Ty debía de haberle facilitado previamente el nombre del médico que la había atendido, porque parecía conocer todos los detalles del caso.

—¿Ha estado haciendo los ejercicios que le recomendaron? —preguntó.

Erin se ruborizó ligeramente y evitó su mirada.

—No parecía tener mucho sentido...

—Señorita Scott, ¿puedo ser franco con usted? —la interrumpió él, y sin darle oportunidad de contestar, continuó—: La cirugía

puede ayudar sólo hasta cierto punto. Podría volver a caminar, pero si no hace los ejercicios tal y como se lo han indicado, esa pierna se quedará rígida para el resto de su vida, y lo mismo ocurrirá con la cojera. Tengo entendido que era usted modelo profesional. Su profesión hace que aún sea más importante que ejecute los ejercicios; es decir, si es que quiere volver a ejercerla en un futuro.

Ella no apartaba los ojos de sus propias manos. ¿Cómo podía Ty hacerle aquello?

—Podemos llevarla diariamente al hospital, si lo prefiere, y que un terapeuta trabaje con usted.

—Oh, no, por favor —negó ella— No podría soportar que...

—¿Y si yo trabajara con ella en el rancho? —sugirió Ty—. Hace tiempo me rompí la cadera, ¿recuerdas?

El doctor carraspeó.

—¡Claro que lo recuerdo! Primero renunció una de mis mejores enfermeras, y después, dos terapeutas.

Ty sonrió y Erin lo miró boquiabierta. Muy pocas veces lo había visto sonreír de aquella forma.

—Puedo darle una lista de ejercicios, pero tendrá que hacerlos dos veces al día durante treinta minutos.

—Los hará —prometió Ty antes que la joven pudiese despegar los labios.

—Ahora me gustaría examinar esa cadera —añadió el galeno, llamando a la enfermera.

—A no ser que también quiera emitir un diagnóstico, doctor Wade, ¿le importaría salir de la habitación? —preguntó Erin.

—Pareces un poco irritable esta mañana, ¿no? —comentó Ty mientras se dirigía a la puerta—. Cuidado —añadió, dirigiéndose al médico—. Muerde.

—Yo en tu lugar, me vacunaría contra la rabia de una vez —le susurró ella justo antes que él saliera.

Era curioso que fueran capaces de hablarse con aquella cordialidad, cuando antes ni siquiera se dirigían la palabra. A pesar de todo lo que había ocurrido entre ellos, Erin seguía sintiéndose atraída por Ty. Era el hombre más fuerte que había conocido, y aunque sólo fuera por cierto tiempo, necesitaba apoyarse en alguien, ¿y quién mejor que el hombre que había sido parcialmente responsable de su actual situación?

El doctor le examinó las cicatrices, le tomó una radiografía de la cadera y le dio una serie de instrucciones, además de recetarle unas pastillas para tomarlas en caso de que el dolor fuera muy fuerte.

Erin pasó todo el camino de regreso a Staghorn pensando en la experiencia tan penosa que la aguardaba.

—No quiero empezar con todo esto —murmuró—. Tantos dolores y calambres, ¿para qué? ¡Siempre voy a cojear!

—Si haces los ejercicios, no —replicó Ty, impasible—. Pero eres tú la que debe querer hacer el esfuerzo. Yo te ayudaré, pero no puedo hacerlo por ti.

—¿Y por qué habrías de querer ayudarme? —preguntó ella, girándose en el asiento para mirarlo con frialdad.

Ty estaba fumando y aspiró profundamente antes de contestar.

—Porque yo soy responsable de lo que te ha ocurrido. Es como si yo mismo te hubiese obligado a chocar.

—¿De verdad crees que fuiste tú quien causó el accidente? —le preguntó ella sin comprender.

—¿Y no fue así? Estabas medio histérica cuando te fuiste del rancho.

—Sí, eso es cierto, pero estuve un rato sentada en el coche para tranquilizarme. No soy una suicida, Ty. Nunca hubiera conducido en esas condiciones. Cuando ocurrió el accidente, yo ya había recuperado la serenidad. Incluso la policía dijo que había sido inevitable. El otro coche era conducido por un borracho que se salió de la curva y me llevó por delante. Murió en el acto.

Ty palideció y sus manos se aferraron al volante.

—Un hombre afortunado —masculló, y Erin comprendió lo que quería decir.

—Así que no tienes por qué sentirte culpable. Lo único que querías era apartar a tu hermano de mí, y lo conseguiste.

—Y eso se ha convertido en una de mis peores pesadillas —confesó él—. Arruiné sus vidas.

Erin apenas podía creer lo que estaba oyendo. Ty parecía angustiado, incluso amargado.

—¿Y qué podías haber hecho tú para cambiar las cosas? Yo nunca me habría casado con tu hermano. No lo amaba, y él lo sabía.

—Quizá si yo no te hubiera atacado de esa forma, él hubiera—

tenido una oportunidad.

—No lo creo —replicó Erin con firmeza.

Ty la miró durante un instante antes de volver su atención a la carretera.

—¿Nunca lo deseaste?

—Físicamente no. Bruce era un hombre muy divertido, una compañía muy agradable. Yo no quería tener relaciones esporádicas, y el hecho de que tuviese dinero no lo hizo más atractivo para mí. Me gusta hacer las cosas a mi manera —apoyó la cabeza en el respaldo y lo miró con atención—. Al menos, nunca sospechaste que fuera una cazafortunas.

Ty sonrió débilmente.

—Al principio intenté comprarte, si recuerdas, pero tú le diste el cheque a Bruce delante de mí. Eso me aclaró las cosas.

—Y te sorprendió, supongo.

El asintió.

—Creí que había solucionado el problema, pero nunca llegué a conocerte —viró el auto a la derecha para tomar el camino que entraba ya en Staghorn, flanqueado de mimosas y árboles sin hojas —. Estaba convencido de que te habías acostado con un montón de hombres. Aquella noche me llevé la sorpresa de mi vida.

Erin sintió que sus mejillas se encendían. Para ser enemigos, tenían unos recuerdos demasiados íntimos en común.

—Erin, ¿por qué te rendiste ante mí? —preguntó él de pronto—. Debiste haber imaginado lo que iba a ocurrir.

Ella lo miró, admirada de cómo los músculos de sus brazos se tensaban al mover el volante por el camino.

—Sí—contestó al fin—. Lo sospechaba.

—¿Y entonces, por qué te rendiste? ¿De veras estabas tan confiada que no te diste cuenta de lo que quería de ti?

—Estaba demasiado fuera de mí para darme cuenta —contestó ella, evitando mirarlo—. Nunca me había sentido así con un hombre. No quería que te detuvieras. Cuando por fin me di cuenta de lo que estaba sucediendo, era demasiado tarde para retroceder.

—Me habría detenido si me lo hubieras pedido.

—No habrías podido hacerlo.

Ty detuvo el coche frente a la escalera de la entrada y se volvió a mirarla.

—Sí hubiera podido. No estuve tan fuera de mí sino hasta los últimos segundos.

Erin recordaba aquellos últimos segundos con increíble precisión, y volvió a enrojecer.

—Tú me apretabas contra ti —continuó él con voz ronca y profunda—. Me di cuenta de por qué tu cuerpo parecía rechazarme y tuve la intención de separarme, pero tú me tomaste por las caderas, clavándome las uñas, y yo me perdí.

Erin intentó hablar, pero no pudo, y él le acarició los labios con las yemas de los dedos.

—No supe darte placer —prosiguió— Te tomé, te utilicé, y debiste haberme odiado por ello, mas no fue así. Tus ojos eran como terciopelo, tan suaves que me perdí en sus profundidades. Quise intentar nuevo, hacerlo bien, pero comencé a pensar en Bruce y en algunas cosas que había dicho... y tuve miedo de confiar en ti, así que decidí amenazarte con decírselo a él y te aparté de mí.

—Tú... me deseabas de verdad, ¿no? —preguntó ella con un hilo de voz.

—Eras para mí casi una obsesión. ¡Eras tan hermosa, Erin! Cualquier hombre lo hubiera dado todo por tenerte.

Entonces, quizá si, pensó ella. Pero ya no. No con aquellas cicatrices, la cojera y la falta de confianza en sí misma.

—Esos días han pasado ya —dijo sin mirarlo—. Ya no soy la misma.

—¿De veras? Podrías serlo si quisieras.

—¿Con todas mis cicatrices? —preguntó ella, apartándose de él — Me deseaste cuando era hermosa, y porque Bruce también me deseaba. Pero ahora estoy tullida y dolorida, y sientes lástima —por mí. ¡Esa es la única razón, Ty! Fuiste enemigo desde el primer día que nos vimos, e incluso entonces me mirabas como si me odiaras.

Tenía razón. La había deseado, la había necesitado con tanta fuerza que su odio había sido una defensa para evitar ser herido. Había luchado contra ella porque la deseaba demasiado, y en el fondo de su corazón sabía que ella jamás querría a alguien como él. Pero no podía decirle todo aquello. No podía permitirle saber lo vulnerable que había sido.

—Es cierto que estás tullida —acordó brutalmente—, y da la impresión de que te gusta estarlo, porque no haces ningún esfuerzo

para cambiar esa situación. Supongo que prefieres vivir bajo mi techo y comer de mis migajas para el resto de tu vida, ¿no?

Se estaba arriesgando mucho... sus palabras podían causarle un daño irreparable a Erin, pero tenía la corazonada de que tendrían precisamente el efecto contrario.

Y así fue. Los ojos verdes comenzaron a brillar, el rostro delicado palideció de furia y Ty la tomó por la muñeca justo antes que lo abofeteara, tirando de ella para tomarla entre sus brazos.

—¡Tu...

Erin se revolvió furiosa para soltarse, hasta que uno de esos bruscos movimientos le causó un tremendo dolor en la cadera y no pudo reprimir un quejido.

—¿Ves lo que conseguiste? —la reprendió Ty, mientras la sujetaba con una mano y con la otra le daba un suave masaje en la cadera por encima de sus pantalones de pana—. ¿Se te está pasando?

—Déjalo —murmuró ella—. ¡Eres odioso, Tyson Radley Wade!

—No sabía que conocieras mi segundo nombre —comentó él.

—Vi tu acta de nacimiento con Bruce una noche que estábamos viendo el álbum de fotos de la familia.

La mano de él había dejado de ser terapéutica y ahora la acariciaba suavemente.

—Es raro que recuerdes eso, teniendo en cuenta lo mucho que me odias —murmuró él.

—Ty...

—Así es como pronunciaste mi nombre la primera vez que te toqué —susurró él—. Lo dijiste en un gemido, igual que ahora, y toda la sangre se me subió a la cabeza de golpe.

—Yo no gemí —negó la joven. La boca de Ty estaba casi rozando la suya, y sus ojos se habían quedado prendados de ella como hipnotizados. No quería que la besara. Era demasiado pronto. Había demasiado dolor...

Pero ya lo estaba haciendo. Ella gimió, acercándose a él. A través de la ropa podía sentir los músculos firmes del pecho masculino y bajo sus dedos, el poderoso latido del corazón. El no le daba la opción de responder, aunque ella hubiera sido capaz. Estaba tomándola, sólo tomándola.

Por fin su falta de respuesta pareció preocuparlo y se separó un

instante.

—¿Qué estoy haciendo mal? —preguntó con voz ronca—. Enséñame a hacerlo.

Incapaz de pensar, Erin le acarició la mejilla y lo atrajo hacia sí para mordisquearle suavemente los labios sin apenas rozarlos, acariciándolos para poder sentir su textura.

—¿Así? —murmuró él, imitándola.

El roce delicado de sus labios la hizo temblar, y Erin movió el pecho contra el de él para que pudiera sentirlo. Ty se estremeció, abrazándola con la fuerza de un oso.

—¡Ty! —exclamó ella—. ¡No tan fuerte, por favor!

El la dejó separarse, respirando con dificultad.

—Tus senos son muy delicados —susurró—. No lo sabía. ¿Te he hecho daño? —preguntó, acariciándola con delicadeza, como si el cuerpo de una mujer fuese un objeto nuevo y misterioso.

—Estoy bien —respondió ella, agitada.

Ty deslizó la palma de la mano hasta alcanzar los senos y Erin vio cómo sus pupilas se dilataban al tiempo que ella retenía un gemido de placer mordiéndose el labio.

—¡Dios, cómo me excitas!—masculló él— Verte así me vuelve loco —expresó mientras dibujaba la forma de los senos con tanta delicadeza como si nunca hubiese tocado de ese modo a una mujer.

Erin apenas respiraba. Los recuerdos y el dolor se habían borrado. Sólo existía aquel momento, el silencio del coche cerrado, la respiración entrecortada de Ty, el latido de su corazón.

El la besaba por todas partes con pasión, con urgencia, mientras sus manos desabotonaban torpemente la blusa y murmuraba algo sobre cómo desabrochar aquel condenado sostén, hasta que con un gemido irrefrenable consiguió sentir la suavidad de los senos en sus palmas húmedas.

—Ty...

Su voz sonaba extraña, indefensa, y Erin ocultó el rostro contra su pecho. El buscó su boca y la besó hambriento, con una ternura un tanto áspera, y estuvo así besándola y acariciándola un buen rato antes de apartar la cabeza y mirarla. Su piel resultaba muy oscura junto a la de ella, y ver su mano allí, tocándola tan íntimamente, la hizo enrojecer.

—¿Has estado con alguien después de mí? —le preguntó él.

—No —negó ella.

—Yo tampoco. ¡Oh Dios, Erin, eres preciosa!

Pero ¿qué estaba ella dejándolo hacer? ¿Dónde estaba su orgullo? Ty no había causado el accidente, pero si la hubiese escuchado, todo pudo haberse evitado.

Se separó de él y con un movimiento rápido se cerró la blusa.

—Supongo que no debí haber hecho eso —dijo él con voz dudosa.

—Yo no debí habértelo permitido —admitió ella.

—Será mejor que entremos —sugirió Ty, secándose el sudor de la frente y dándose cuenta por primera vez de dónde estaban. Menos mal que era la tarde libre de José y Conchita y que todos los demás estaban ocupados en el granero. Estiró sus músculos y los sintió doloridos. Apenas podía creer que Erin le hubiera permitido hacer aquello después de lo que había ocurrido. Quizás aún hubiese alguna esperanza.

—¿Estás bien? —le preguntó ella.

—Me duele un poco —contestó él con sinceridad, y con una nueva emoción brillándole en los ojos—. Pero no importa. ¿Cómo está tu cadera?

—Yo... eh... no me he dado cuenta. Y no me gusta ser una inválida —añadió, recordando el origen de aquella discusión—. Además, estaré encantada de hacer los ejercicios si con ello te convences de que no quiero vivir a costa tuya.

—Bien —respondió él, esbozando una sonrisa—. Yo tampoco quiero vivir a la tuya. ¿Qué te parece si empezamos esta misma noche? Creo que puedo aprender a disfrutar dándote masajes en esa cadera.

—No me has estado dando masajes, Ty.

—¿Ah, no? ¿Y entonces qué estuve haciendo?

Erin salió del coche a toda prisa. Tenía tantas ganas de alejarse de ese hombre odioso que se apoyó con firmeza sobre su pierna enferma por primera vez desde la operación.

5

Aquella fue la primera noche que Ty no se encerró a trabajar en los libros al terminar de cenar. Tenía bien equipado su estudio, incluyendo una computadora donde almacenaba toda la información del rancho. Según supo Erin después, se trataba de una terminal conectada a una computadora central, de la que dependían otras dos terminales: una en la oficina del rancho, y otra situada en una oficina que compartía con varios criadores de ganado con los que había creado una sociedad. Andaba metido en muchas cosas, lo que le garantizaba buenos ingresos.

—Tengo que trabajar muchas horas si quiero mantener todo al día —le explicó a Erin mientras se dirigían al salón para tomar el café después de cenar—. Tengo algunos contadores, pero no me gusta confiar mis libros por completo a nadie. He visto caer muchos negocios por el simple hecho de que su propietario no ha querido que lo molesten con papeles, o porque su —gente ha tenido que imaginar lo que de verdad quería que hiciese.

—No confías en nadie, ¿verdad? —le preguntó ella mientras se acomodaba en un sillón frente al sofá, evitando mirar hacia la chimenea. Aquel era el lugar donde Ty la había seducido, y los recuerdos eran inquietantes.

—Bueno, no sé... Creo que estoy aprendiendo a confiar un poco en ti.

—No es que tengas más opciones, teniendo en cuenta el testamento de Bruce. Imagino que estarías bastante molesto cuando te enteraste.

—Lo de Ward Jessup y yo tiene ya mucha historia— Desde luego, no di saltos de alegría al imaginar los pozos petroleros floreciendo entre mis pura sangre.

—Supongo que no, pero, ¿cómo supiste que yo no decidiría quedarme en la ciudad con tal de que eso pasara?

—No lo supe —confesó él. Encendió un cigarrillo y se recostó en el sofá, y los firmes músculos de su torso se dibujaron por debajo de la camisa. Estaba perfectamente peinado y recién afeitado. Su apariencia era siempre pulcra, aun trabajando con los animales, y a pesar de no ser guapo, era el hombre más masculino que Erin hubiera conocido.

—La verdad es que en un principio no pensaba venir —confesó ella con una tímida sonrisa— Pero después me di cuenta de que mucha gente se quedaría sin trabajo por mi estúpido orgullo.

—Una liberal de corazón blando —bromeó él—. ¿Crees que no hubiera merecido la pena verme de rodillas después de lo que te hice?

Erin lo miró a los ojos y sintió la electricidad que nunca se había extinguido por completo entre ellos.

—De lo único que verdaderamente podría culparte es de prestar atención a las mentiras de Bruce y de no escucharme a mí.

—¿Eso crees? —preguntó él, mientras se servía un brandy. Erin se percató de que no le había ofrecido a ella. Ty recordaba que ella no bebía. Era un hombre que olvidaba pocas cosas.

—De todas formas, eso ya es pasado.

—¿Y crees que es tan fácil para mí? —inquirió, volviéndose para mirarla fijamente.

—No comprendo...

—Llevabas a mi hijo en tu interior —le recordó él, en un tono de voz que le llegó al alma—. No puedes imaginarte cómo me sentí cuando leí esa carta y me enteré de lo que había causado.

Erin se quedó sin respiración. Era como si una fuerza extraña que surgía del fondo de sus ojos grises la atrajera hacia sus profundidades; quizá era la fuerza de esa rara vulnerabilidad. Ty le había parecido siempre un hombre incapaz de emocionarse y sin embargo, durante un momento, un instante casi eterno, su expresión había contenido tanto dolor, tanta pérdida, que ahora ella se sentía incapaz de — moverse, de hablar, incluso de pensar.

Ty dejó de mirar su copa de brandy y dirigió su vista hacia la chimenea. Frente a él había un cuadro con una escena de Texas que alguien de su familia había pintado hacia casi un siglo. Era el

retrato de una granja de ganado antigua, durante una tormenta, con un molino de viento al fondo.

—Erin... Yo no planeé lo que sucedió aquella noche. Sé que te dije lo contrario, pero no era la verdad.

Ella jugueteaba nerviosa con la tela de su falda cuando levantó los ojos hacia él. Nunca le había hablado de aquella forma, y esperó en silencio que continuara.

—Pensé que si te picaba, conseguiría sacarte de quicio y que tú terminarías por querer darme una bofetada, y así, cuando lo hiciste, encontré la excusa que necesitaba para tocarte. Eso era lo que quería. Estaba obsesionado contigo. Tu imagen me perseguía en sueños, e imaginaba cómo sería tocarte —se encogió de hombros y continuó— Cuando me besaste, perdí la cabeza, y casi no recuerdo, cómo ocurrió. Ni siquiera pensé en tomar precauciones. Supuse que tú ya lo estarías haciendo, ya que se suponía que eras una mujer con experiencia.

Aquella confesión la tenía fascinada. No podía dejar de recordar sus piernas musculosas, sus caderas estrechas...

—Creí que lo que pretendías era apartarme de la vida de Bruce.

—Te mentí. Bruce era la última persona en la que yo pensaba en ese momento.

La joven comenzaba a sentirse como un animal atrapado. El estaba volviendo a intentar dominarla, poseerla.

—Sin embargo, me dejaste marchar —le recordó ella en voz baja.

—¡Tuve que hacerlo, maldita sea! —gritó él—. Eras suya, y yo lo traicioné. No podría vivir con esa carga, así que tuve que echarte de aquí antes que...

—¿Antes qué, hombre de hielo? ¿Antes que volvieras a perder la cabeza? ¿Tan difícil es admitir que eres humano y que puedes sentir deseo?

—¡Sí! —tronó él, lanzando al tiempo su copa contra la chimenea.

Erin saltó en su asiento, pero él ni se inmutó, sino que se limitó a encender un cigarrillo mientras ella lo observaba con cierto nerviosismo.

—La idea que mi padre tenía del matrimonio estaba por completo distorsionada. Lo veía como un simple intercambio

comercial. Siempre me decía que el sexo era una debilidad que cualquier hombre con agallas debía ser capaz de superar —Ty había estado paseando inquieto por la habitación, y en aquel momento se detuvo frente a ella— Erin, la primera vez que estuve con una mujer, tenía veintiún años y tardé semanas en sobreponerme al sentido de culpabilidad. Me había rendido ante un deseo que no podía ocultar, y me maldecía por ello. Quizá también maldijese a mi padre por imponerme sus propios principios. Ni siquiera mi madre había podido vivir con él. Ella era normal; una mujer cálida y cariñosa. Al final, mi padre ni siquiera podía tocarla.

Ty volvió a clavar los ojos en la chimenea y Erin permaneció inmóvil y silenciosa, intentando asimilar aquellas confesiones tan íntimas que él acababa de hacerle y que seguramente no había compartido con ninguna otra persona.

—Cada día me parezco más a él —continuó Ty con voz ausente y sin apartar los ojos de las llamas—. No puedo cambiar. Los muros funcionan de dos maneras: evitan que la gente entre... pero también evitan que salga.

Erin sintió cómo sus propios problemas parecían perder importancia al comprender lo que Ty acababa de decir.

—Estás solo —comentó en voz baja.

El se dio la vuelta para mirarla, y por primera vez su expresión no escondía nada. Pareció de pronto más viejo y cansado, y había dolor en cada una de las líneas de su cara.

—Cariño, he estado solo toda mi vida —contestó con voz profunda y serena—. Mi educación y mi aspecto han sido desde siempre un obstáculo para mi relación con las mujeres.

—¿Tu aspecto?

—No disimules. Sé que no soy una maravilla.

—Si de verdad piensas que el aspecto es tan importante, lo que no es ninguna maravilla es tu cabeza. Nunca he conocido a alguien tan hombre como tú. Ty abrió mucho los ojos como si aquello lo sorprendiera.

—Te hice daño... —dijo, olvidando por primera vez el cigarrillo.

—Era virgen —le recordó ella suavemente—. A veces es difícil para las mujeres la primera vez. No habrías podido evitarlo.

—No es adulación. No me gustas lo suficiente como para adularte.

Ty se echó a reír.

—¿Incitando al enemigo, entonces?

Ella se encogió de hombros.

—Da la casualidad de que el enemigo me ha devuelto a la vida, así que creo que te debo un par de elogios o tres.

—No vas a pensar lo mismo cuando empecemos a trabajar con tu cadera. Comparados conmigo, los sargentos de instrucción parecerán meros soldaditos de plomo.

—Fuiste marine en el ejército, ¿verdad? Pues no te hagas ilusiones, querido. No vas a poder conmigo.

A Ty le gustaba esa actitud de lucha. Siempre le había gustado, pero la mujer que encontró en ese apartamento de Nueva York carecía por completo de ella. Por fin había conseguido librarla de aquella autocompasión y apatía.

—Estás preciosa así —comentó, reparando en el color de sus mejillas, la profundidad de sus ojos color esmeralda y el provocativo desorden de su pelo—. Con cicatrices y todo. Dentro de poco, no sabrás ni dónde estaban.

—Mi cadera no volverá a ser la misma si no me hacen un injerto —murmuró ella, de vuelta a la dolorosa realidad—. Y la verdad es que no quiero pensar en más cirugías.

—Cuando un hombre te haya desnudado, las cicatrices de tu cadera serán lo último que se le ocurra mirar.

Erin había olvidado que él la había visto desnuda frente a aquella chimenea, y se le encendieron las mejillas.

—Sí, ya veo que tú también te acuerdas —continuó él y su voz sonó terriblemente sensual—. Yo estaba aquí, y estuve mirándote hasta que me embriagué con tu visión. Después me dejaste tumbarte en el suelo.

—Era nuevo para mí —respondió ella a la defensiva, apartando la mirada.

—Fue un auténtico paraíso, o lo más cerca que esperé estar de allí en toda mi vida. Si no hubiera sido por Bruce... ¡Oh, Dios, nunca se lo perdonaré!

Eran palabras amargas, pero a la vez llenas de angustia por la perdida, y sin pensarlo, Erin se puso de pie y se acercó a él. Era tan alto que ella tenía que alzar la cabeza para verle el rostro, y el calor y la fuerza de su cuerpo la atraían hacia él como un imán. Había

sido tan maravillosa aquella tarde entre sus brazos...

—Ya no importa —dijo ella—. Está muerto; déjalo descansar en paz, Tuvo tan poca paz en su vida, Ty...

—¿Y cuánta crees que he tenido yo? ¡Es algo que me corroe por dentro!

Ella lo asió por los brazos y lo zarandeó.

—El coche vino hacia mí al salirse de una curva —insistió—. ¡Nadie hubiera podido evitarlo!

El la miró en silencio durante unos instantes.

—¿Es cierto eso?

—Claro que sí, además ocurrió a unos minutos de mi casa, Ty. Pude haber estado de camino al trabajo, a una cita o a cualquier cosa. Tú no fuiste el culpable.

—¿De veras? —Ty tomó aire y pareció darse cuenta por primera vez de sus manos— ¿Habrías tenido al niño?

—Por supuesto —contestó ella sin vacilar.

—Alguien hubiera terminado por decírmelo —susurró él, acariciando la cicatriz de su mejilla— Habría ido a buscarte para casarme contigo.

—¿Y qué clase de vida hubiera sido esa? Nunca hubieras aceptado mi trabajo, y quizá tampoco mi forma de ser. Nunca has querido una mariposa—, tú mismo lo dijiste. Y trabajar como modelo era toda mi vida. Me gustaban las luces, la gente, lucir ropa bonita... —la sonrisa que había animado su rostro se desvaneció al recordar el accidente— Lo perdí todo. No puedo volver a ello. Puedo aprender otra clase de trabajo, pero nada podrá reemplazarlo.

"Excepto tú", pensó, pero no se atrevió a decirlo. No podía rebajar su orgullo hasta ese punto y decirle que ser amada por él sería una recompensa más que suficiente por la carrera que había perdido.

Se volvió hacia el sofá y se tambaleó un poco.

—¡Maldita sea esta pierna!

—Sí no te gusta, podrías arreglártela. Haz los ejercicios corno te indicó el médico. Si quieres volver a tener tu carrera, gánatela.

Erin no podía saber que sus palabras le habían hecho mucho daño a Ty, porque significaban que él no le importaba en lo más mínimo. El sabía que se lo merecía, pero aun así el dolor era muy

intenso.

—Está bien —contestó ella, desafiante— Lo haré.

—Bien —asintió él, sonriente—. Ahora ve a ponerte algo con lo que puedas hacer ejercicios y yo te ayudaré. Tomaremos el café más tarde.

La primera sesión fue más dolorosa de lo que ella imaginó. Hizo los ejercicios tal y como estaban descritos en los esquemas que le había dado el médico, y bajo las amenazas de Ty, quien le pedía más de lo que ella se creía capaz.

—¡Vamos, Erin! No me digas que no puedes empujar con más fuerza.

—¡No puedo! ¡No soy un hombre!

Ty miró fijamente los senos que se dibujaban bajo la ropa de gimnasia y sonrió.

—Brindaremos por eso.

—¿Quieres hacer el favor de dejar de mirarme así?

—Pues la próxima vez ponte sostén —replicó él mientras ella seguía haciendo los ejercicios tumbada en la alfombra— No puedo evitar que unos pezones así me distraigan.

—¡Tyson! —exclamó ella, incorporándose de golpe.

—¿Por qué te pones tan roja, cariño? —preguntó él con aire inocente—. ¿O es que no recuerdas que hiciste el amor conmigo en esta misma alfombra?

—¡Eres odioso! —le espetó ella, con los ojos echando chispas. El traje deportivo enfatizaba su delgadez, pero también se ceñía a un cuerpo tan exquisito que los fabricantes de lencería se lo habían disputado para conseguir sus servicios como modelo.

—No me odias a mí, lo que odias es el sexo, y eso es culpa mía. Pero uno de estos días, quizá te haga cambiar de opinión.

—Inténtalo si te atreves —lo desafió.

—¿Me estás provocando, Erin? —preguntó él y un brillo plateado iluminó sus ojos.

Ella comenzó a temblar de pies a cabeza. Le dolía la cadera, y se sentía a la vez medio atontada. Quería borrar aquella sonrisa tan arrogante del varonil rostro. Quería hacerlo vulnerable y ver caer sus muros ante ella.

—Puede que sí —contestó, arqueando ligeramente la espalda y elevando los senos—. ¿Y qué piensas hacer tú, cowboy?

Ty estaba fumando un cigarrillo, que en aquel momento apagó con deliberada lentitud en el cenicero.

—Espero que tu cadera soporte un poco de ejercicio adicional... —en un abrir y cerrar de ojos, estaba sentado sobre sus muslos— Muy bien, cariño, ¿qué te parece que hagamos ahora? ¿Era esto lo que habías pensado? —Preguntó, deslizando una mano hasta cubrir con ella uno de sus senos.

Erin sintió que el aire se congelaba en sus pulmones. Había un montón de cosas que estaba comenzando a comprender. La forma en que él se había comportado en el coche, hambriento pero sin experiencia, y el modo en que la acariciaba ahora, abiertamente y sin preliminares, le confirmó que sabía menos aún sobre mujeres de lo que había confesado. Muy bien, pues aquel juego lo iban a jugar los dos. Bueno, no es que ella supiera mucho, pero había oído hablar a las de su género.

—Así no —susurró, levantándole la mano— Así...

Erin le enseñó cómo debía acariciarla hasta que su cuerpo tembló de necesidad.

—¿Te gusta así? —preguntó él.

—Sí... —susurró ella agitadamente—. Me excita.

Ty apenas podía creer que ella quisiera enseñarle lo que le gustaba, que no se quejase de su falta de fineza o que no se riera de él. Al mismo tiempo se preguntaba si Bruce le habría menudo. No parecía la clase de mujer que se ríe de la inexperiencia, al menos en ese momento.

—¿Qué más quieres que haga?

Era como estar bebiendo vino. Erin se sentía ebria de él. Se había olvidado de su cadera y de todo lo demás. Era una mujer seduciendo a un hombre, una sirena cazando a un pescador con el vértigo de su propio poder.

Se llevó las manos a los tirantes y, mirándolo a los ojos, dejó su torso al desnudo.

—Oh, Dios, qué hermosa eres... —susurró él—. ¿Qué quieres que haga? —le preguntó cuando ella lo acercó suavemente hacia su cuerpo.

—Quiero que pongas tus labios... aquí —indicó rozándose los pezones.

Ty se quedó sin respiración.

—¿En tus pechos? ¿No te haré daño?

—Oh, no... —le aseguró ella—. No me harás daño.

Ty pasó las manos por su espalda desnuda y cuando la rozó con su boca, Erin comenzó a temblar como una hoja de árbol durante una tormenta. Aquella reacción infundió ánimo en Ty, quien exploró los senos con los labios, acompañado por los gemidos de ella. Saber que estaba haciéndola sentir tanto placer lo complacía enormemente, y dejó vagar sus manos por la delicada espalda, por la cintura, mientras su boca seguía prendada de la inesperada dulzura de los senos.

Cuando al fin levantó la cabeza, la expresión de Erin lo maravilló. Tenía los ojos entornados, los labios entreabiertos, las mejillas arreboladas...

—¿Quieres quitarte la camisa? —le preguntó ella con voz entrecortada.

La verdad era que él casi no podía. Las manos le temblaban incontrolablemente. Jamás había estado tan excitado como en ese momento, ni siquiera cuando hicieron el amor. Cuando al fin se despojó de la camisa, sintió una punzada de orgullo al verla recorrer su cuerpo con abierta admiración en los ojos. Ella llevó las manos hasta el pecho bronceado, y el corazón de él latió desenfrenado.

Erin se incorporo para arrodillarse frente a él, y clavando ligeramente las uñas en la amplia espalda, se apoyó contra él, dejando que sus pechos rozaran el maravilloso torso masculino.

—Erin... —gimió él.

—Oh, Ty...

El la tomó con fuerza entre sus brazos y la besó con pasión desbordada. A Erin le gustaba sentir el vello del pecho masculino contra el suyo, y el ritmo de sus corazones parecía el mismo... hasta que un ruido en la puerta principal los devolvió violentamente a la realidad.

Ty lanzó una maldición antes de ayudarla a arreglarse el traje y estaba aún abotonándose la camisa cuando unos pasos sonaron por el corredor. Erin miró hacia la puerta... y se dio cuenta de que habían olvidado cerrarla.

—Antes que tú vinieras, yo solía ser un hombre muy juicioso —murmuré Ty—. ¡Dios mío, con la puerta abierta de par en par! Erin,

fue maravillo-so...

—Bueno, como tú me estás ayudando a volver a caminar, pensé que lo menos que podía hacer era entretenerte un poco.

—No disimules, que esto ha tenido poco de entretenimiento —contestó él, mientras la ayudaba a ponerse de pie, pero en lugar de dejarla marcharse, la detuvo frente a él—. Erin, tenemos que hacer algo —dijo con aire solemne—. Cuando estoy contigo pierdo el control, y ahora más que nunca, no quiero... no quiero dejarte embarazada por accidente.

Ese pensamiento parecía torturarlo.

—Lo siento —respondió Erin— No volveré a hacerlo. No sé lo que me pasó, Ty. ..

—No —la interrumpió él, rozando sus labios con un dedo— No te disculpes. Conseguiste que volviera a sentirme como un hombre, como un hombre completo. .. —Ty pareció dudar un instante—. Te deseo —susurró, como si fuera un terrible secreto.

—Lo sé —respondió ella con un suspiro. Pudo haberle dicho lo mismo, pero tenía miedo de conferirle esa clase de poder sobre ella. Cuando José entró en la habitación, Ty la sujetaba con fuerza de los brazos.

—Señor, es el capataz. Un perro salvaje mató un ternero. Dice que es el mismo perro de otras veces; ese del señor Jessup.

—Maldita sea —murmuró Ty, y como por arte de magia se transformo de nuevo en el dueño del rancho: frío, implacable, indómito... y un extraño—. Toma mi rifle y tráeme una caja de municiones —ordenó a José—. Y dile a Grandy que me espere. Después llama a Ed Johnson y explícale lo que está pasando. Quizá tenga que enfrentarme a una denuncia.

—Sí, señor —contestó José, saliendo de la habitación.

—¿Es el perro de Ward Jessup? —preguntó Erin, mientras y saca su armario la chaqueta de cuero y se ponía el viejo Stetson que siempre llevaba para trabajar.

—Sí. Es un perro mitad pastor mitad lobo. Ya le he advertido a su dueño varias veces sobre el animal, y me ha dicho que no piensa encerrarlo, pero este es el último ternero que pierdo por su causa.

—¿Y si te denuncia?

—Que lo haga. Me gustan las buenas peleas —y mientras se abrochaba la chaqueta, añadió—: Descansa bien esta noche.

Mañana tú y yo tenemos que hablar —y acercándose a ella para acariciarle el rostro, anunció—: Tal vez vuelva tarde. No me esperes despierta.

Se inclinó hacia ella y la besó en la boca con una nueva ternura. Erin sonrió y le mordió suavemente un labio. Ty se retiró frunciendo el ceño.

—¿Cómo sabes tanto del arte de besar?

—Porque hasta que apareciste tú, eso era todo lo que hacía con los chicos. Ten cuidado, ¿eh?

—¿Acaso estás preocupada por el enemigo? —preguntó él, burlón.

—¿Con quién discutiría si te ocurriera algo?

—Erin.. . —comenzó a decir él, acariciándole los labios con gentileza—. No. No puedo hablar ahora. Buenas noches.

Dio media vuelta y sin mirar hacia atrás, tomó el rifle y las municiones. Al oír cerrarse la puerta, Erin sintió un escalofrío. ¿Qué era lo que había estado a punto de decirle?

6

Los recuerdos atormentaban aquella noche a Erin. No podía dejar de pensar en Bruce y en Ty y en todo lo que había pasado. Especialmente acudía a su mente el recuerdo de una mañana fría en la que Bruce y ella habían decidido dar un paseo a caballo.

Ty estaba trabajando con uno de sus potros y se detuvo sólo para indicarle a hermano qué caballo debía ensillar para Erin.

Bruce lo miró desafiante.

—Sé perfectamente cómo elegir un caballo —espetó— No voy a dejar que se haga daño. Al fin y al cabo, Erin es mi chica, no la tuya.

Ty se había quedado mudo, pero sus ojos al mirar a Erin brillaron hambrientos, posesivos. Aun con el velo del recuerdo, la intensidad de aquella mirada aún la hacía estremecerse. Hasta aquel momento, Ty había sido abiertamente hostil hacia ella, molestándola siempre que podía, burlándose de ella. Pero esa fría mañana, sus ojos revelaron algo excitante y atractivo. Se quedaron así, mirándose, hasta que Erin pensó que su corazón no iba a poder resistirlo. Si Bruce no hubiese elegido aquel momento para reaparecer con su montura, habría podido ocurrir cualquier cosa.

Durante el paseo, ella no pudo olvidar aquellos instantes, y cuando regresaron al rancho, uno de los muchachos reclamó la atención de Bruce.

Ella había divisado a Ty a lo lejos, de pie junto al cercado, y por una extraña razón que aún ahora no alcanzaba a comprender, corrió hacia él.

Incluso ahora podía ver nítidamente la expresión del rostro varonil, siempre duro e impenetrable: la sorpresa mezclándose con el placer de verla correr hacia él, con el cabello ondeándole en la

espalda y los ojos brillantes. Los dos se sentaron en la parte más baja de la cerca del corral y ella le habló con deleite del paseo, del rancho y de lo mucho que estaba disfrutando aquella visita.

Y para su sorpresa, él no se mostró sarcástico ni áspero, sino que se limitó a encender un cigarrillo y a contestar todas sus curiosas preguntas; incluso pareció disfrutar con aquello, a pesar de que asomaba cierta avidez en su mirada. Entre aquella mañana y la noche junto a la chimenea no transcurrió demasiado tiempo. Aún podía sentir el cosquilleo de la palma de su mano al abofetearlo, la sorpresa de él y el tirón que había dado de ella para tomarla en sus brazos. El contacto con su cuerpo, musculoso y firme, evaporó todos los argumentos y la pasión entre ellos se desató con una fuerza devastadora.

—Al fin —había susurrado él con voz ronca— Oh Dios, por fin...

Todo lo demás quedó olvidado cuando la magia de sus labios hizo efecto. Durante mucho tiempo, ella se había prohibido a sí misma recordar aquella noche, pero ahora deseaba hacerlo. Volvió a saborear el suspiro de Ty cuando ella, en lugar de rechazarlo, lo abrazó contra sí. El carecía de experiencia con las mujeres, pero aun así, cada movimiento había sido espontáneo. Sentir su piel, su calor, su fuerza... ella había deseado sentirlo todo, sin darse cuenta de lo que eso significaba para un hombre. Su experiencia era aún menor que la de él, así que lo siguiente fue inevitable, tan inevitable como... como el accidente.

Erin se llevó las manos al vientre mientras las lágrimas le humedecían las Mejillas. Lo peor de todo había sido perder al niño. El mundo se le había deshecho entre las manos cuando Ty se negó a escucharla. El accidente, el aborto, las operaciones... una pesadilla.

Y ahora, a causa precisamente de un nuevo horror, estaba otra vez allí, cerca de Ty, empezando una relación que la asustaba. ¿Sentiría él lástima?

¿Cuáles eran sus propios pensamientos? En un principio deseó vengarse de él, para después caer en una amarga apatía, Ahora estaba empezando a vivir de nuevo... y todo a causa de Ty. Se revolvió inquieta en la cama. Cada vez que él la tocaba, toda su determinación se desvanecía. El debía de haberse dado cuenta ya, pero también parecía dudar.

La influencia de su padre había sido decisiva en la formación de

su personalidad. Sus ideas sobre el matrimonio y la intimidad estaban distorsionadas, y escondía en su interior una parte que ella no había descubierto. Quizá le lo había hecho, y tal vez nadie lo haría nunca.

Erin se incorporó en la cama. Si él sólo la deseaba porque se sentía culpable o responsable de lo ocurrido, ella tendría que intentar rechazarlo, ya que una vez que se recuperara, la culpa de Ty se desvanecería y con ella el deseo. Cuando ella era modelo, él no parecía sentir atracción alguna, sino todo lo contrario, y ahora que estaba llena de cicatrices y medio tullida, parecía atraerlo mucho más. ¿Por qué?, Se preguntaba. También había algo más, y era el deseo de mantener alejado a Ward Jessup. Lo mejor sería no acercarse demasiado a él en ningún sentido. El sonido de una puerta de auto al cerrarse rompió el silencio, y la joven contuvo la respiración para escuchar. Llevaba puesto un camisón corto abierto por el lado de las cicatrices, y no podría soportar que Ty lo viera aunque no creía que se le ocurriera entrar.

Justo en ese momento, unos pasos se acercaron hacia su habitación y de pronto la puerta se abrió de par en par.

—Dios mío —murmuró Ty mientras se quitaba los guantes y se acercaba a la cama—. Y yo que creía que sólo podían verse espejismos en el desierto.

—Es más una pesadilla que un espejismo —contestó ella, cubriéndose con las sábanas— La cicatriz me molesta de vez en cuando, y por eso tengo que usar el camisón abierto. No hace mucho que me quitaron las puntadas, y además, a mi cadera no parece gustarle el ejercicio.

—¿Y te gusta estar vestida con camisones transparentes? —bromeó él—, Si yo estuviera en tu lugar, tendría una larga charla con ella, ya que vas a seguir haciendo ejercicios todos los días, y sería mejor que la convencieras para que deje de protestar.

Aquel no parecía el Ty que ella conoció meses atrás. Su humor era divertido, y no burlón o sarcástico, e incluso parecía estar haciendo un esfuerzo por acercarse a ella.

—¿Pudiste atrapar al perro? —preguntó Erin.

—No. Ese condenado animal se escondió en el bosque, pero voy a hacer que Jessup me pague ese ternero.

Ty se acercó más a la cama. Se había desabrochado la chaqueta

de cuero, y el sombrero ladeado le daba un aire arrogante.

—¿Algo te anda rondando por la cabeza? —lo desafió Erin.

—Sí, y tú sabes perfectamente qué es, ¿verdad? —contestó él, golpeándose la palma de la mano con los guantes mientras deslizaba los ojos con deliberada lentitud por encima de las sábanas —. ¿Por qué hiciste eso?

—¿Hacer qué?

—Esconderte bajo las sábanas en cuanto entré. No hay nada que yo no haya visto ya.

Erin apartó la mirada.

—Quizá, pero no lo has visto tal y como está ahora, y no voy a permitir que lo hagas.

—Eso está por verse —dijo él, y en un abrir y cerrar de ojos tiró de la sábana.

—¡No! —gritó ella, pero él la sujetó con firmeza, sentándose al borde de la cama para subirle el camisón hasta la cintura, dejando al descubierto la cicatriz.

No era una visión agradable. Las operaciones le dejaron cicatrices profundas que sólo podrían disimularse con un injerto, pero eso a él no le molestaba. Lo que le fastidiaba era la actitud de ella hacia esas cicatrices.

Erin cerró los ojos. No quería ver la expresión de Ty.

—¿Ya estás contento?

—Todavía no —contestó él, inclinándose para besar delicadamente la cicatriz.

—¡Ty, no lo hagas! —protestó ella, empujándolo.

El levantó la cabeza y sonrió; pero fue una sonrisa burlona que no suavizó en lo más mínimo sus rasgos.

—¿Estás asustada o qué? Ya te he visto y no me das asco, ni me eres repulsiva, ni nada por el estilo. ¿Alguna pregunta más?

Erin se apoyó en las almohadas y lo miró.

—Es horrible —musitó— yo no puedo mirarla.

—Entonces tienes menos valor de lo que yo pensaba, cariño. He vivido en un rancho toda mi vida y he visto cosas que te pondrían los pelos de punta. Unas cuantas cicatrices son poca cosa.

—¡Pero no para mí!

—A juzgar por el estado en el que te encontré en Nueva York, ya veo que no —convino él, pasando los dedos por la cicatriz más

reciente. Erin lo vio quedarse pálido y apretar los dientes, como si estuviera recordando cosas que no quisiera recordar— ¿Estuviste mucho tiempo en el hospital? —indagó Ty.

—Después del accidente, sí —confesó—. Ty...

—Debió de ser muy doloroso —dijo él entre dientes, mirando las cicatrices—. Y sin nadie que te cuidara o se ocupara de ti. ¡Dios mío!

Se levantó furioso de la cama, hundió las manos en los bolsillos y se volvió. Erin estaba comenzando a comprenderlo. No era que él no tuviera sentimientos, sino que los había ocultado durante mucho tiempo. Ella recordaba lo que le había dicho sobre sus dificultades con las mujeres, y supuso que alguien debía de haberse burlado de él por su rudo aspecto.

Casi sin darse cuenta, Erin se levantó de la cama y se acercó a él. Hablar no iba a servir de nada, así que se puso enfrente y, abriéndole la chaqueta, se apretó contra su cuerpo. Ty la sujetó por los hombros como si quisiera apartarla, pero tenerla allí tan cerca, embriagándose del aroma de su cuerpo fue demasiado y no pudo hacerlo, sino que la dejó acercarse y abrazarlo, apoyando la mejilla contra su cabeza con un hondo suspiro.

—Así que después de todo eres humano —susurró ella— Lo que pasa es que te lo guardas todo y no dejas que nadie lo vea, pero las cosas te duelen tanto como a mí. Ya sé que te sientes malo por lo que ocurrió, Ty, y yo ya he dejado de odiarte por ello. No sé si eso pueda aliviarte.

—Tus ojos llegan demasiado lejos —dijo él, acariciándole el cabello.

—Es como mirarme en un espejo. Durante toda mi vida yo también he escondido mis sentimientos para que nadie pudiera ver las heridas. Mi padre murió y mi madre comenzó a salir con un hombre detrás de otro, y los demás niños me atormentaban con eso. Lo que pasaba era que sus propios padres se rendían ante ella. Tuvo relaciones al menos con dos de ellos.

—Debió de ser muy duro para ti —7dedujo él, abrazándola con más fuerza.

—Un infierno. No olvides que crecí cerca de Dallas, y no era más que una chica de pueblo cuando empecé a trabajar como modelo. La gente de las ciudades pequeñas son la sal de la tierra, pero tienen

ideas anticuadas sobre la moralidad y condenan a quienes pasan por alto sus reglas. Supongo que esa es la razón de que nunca quisiera saber nada de los hombres.

—Al menos, hasta que aparecí yo —recalcó Ty—. Supongo que tuviste muchos remordimientos de conciencia después.

—Así es.

—Yo también tuve alguno que otro problema con la mía. Las mujeres que yo había... con las que yo había estado antes no eran vírgenes.

—¿No te parece muy extraño que haya quedado embarazada la primera vez?

—Se dice que eso es lo que les pasa a las chicas buenas, Lo siento muchísimo cariño —añadió—. Lamento no haberte escuchado, y no haber ido detrás de ti. Lo intenté, pero entonces Bruce apareció contándome aquel montón de mentiras...

Erin levantó la cabeza para mirarlo a los ojos.

—Nunca le hablé de nosotros —negó—. Y nunca te acusé de... de manosearme.

—Y yo debí haberlo imaginado, ¿verdad? Al menos después de hoy.

—¿Después de hoy? —replicó ella, sin comprender.

—Si fueras la clase de mujer que se ríe de un hombre, lo habrías hecho hoy, pero no fue así. En lugar de reírte de mí, me tomaste de la mano y me mostraste cómo acariciarte.

Erin enrojeció y volvió a esconder la cara en su pecho.

—Los hombres no nacemos sabiendo cómo excitar a una mujer —confesó él sonriendo— Tenemos que aprender. Me encantó que me enseñaras lo que te gusta. Eso nunca me había pasado antes.

—¿Nunca?

—Nunca. Bruce también te contó a ti una buena sarta de mentiras. ¿O es que no te has dado cuenta todavía?

—¿Te refieres a tu sórdida reputación y el harén que tienes escondido en los establos?

—Más o menos. No soy virgen, pero tampoco he sido un vividor. A los hombres como yo no les resulta tan fácil conseguir chica.

—¿A qué te refieres con eso de los hombres como tú? ¿Qué tienes de malo?

Ty ladeó ligeramente, la cabeza para contestar.

—Que soy un bruto.

—También eres sexy.

—¿Yo? —preguntó él arqueando las cejas.

—Y arrogante, impaciente, gruñón...

—¡Podías haberlo dejado en sexy!

—Imposible. Te volverías un presumido.

—¿Te duele la cadera? —indagó al ver que ella se movía inquieta.

—Me molesta un poco —y sonriendo con malicia, añadió—: Seré tú mejor amiga si no me obligas a hacer esos ejercicios.

—No hay trato. Vas a volver a caminar sin muleta, aunque tenga que convertirme en tu peor enemigo. Vamos—dijo, y sin previo aviso la levantó en los brazos para llevarla hasta la cama.

Erin se dejó llevar, rodeándolo por el cuello con los brazos.

—Eres muy fuerte —murmuró.

—No soy de los que se sientan detrás de una mesa a contar su dinero. Sudé mucho para conseguir lo que tengo —contestó él, y al dejarla sobre la ama, sus ojos resbalaron codiciosos por todo el cuerpo de ella, acariciándolo con la mirada.

Erin no intentó cubrirse, sino que lo dejó mirar, disfrutando del placer que vio brillar en sus ojos.

—¿Alguna vez permitiste que un hombre te mirara así? —le preguntó él con voz ronca.

—No.

—Bruce quiso hacerlo, ¿verdad? Mirarte y muchas cosas más.

—Nunca lo consiguió —contestó Erin, sin apartar los ojos de los suyos—. Fue mi amigo hasta que comenzó a querer más de lo que yo podía darle. No tenía idea de que estaba obsesionado con casarse conmigo hasta el día que me marché de aquí. Bruce no hacía más que despotricar como un loco sobre la forma en que tú me mirabas. Yo intenté decirle que ni siquiera te gustaba, pero él no me escuchó. Lo siento, Ty. No hubiera creado todos esos problemas entre ustedes dos por nada del mundo.

—Bruce y yo nunca fuimos unidos. Nos educaron por separado y él era seis años más joven que yo. Siempre intentaba competir conmigo; ansiaba tener el coche más rápido, la ropa más cara y la mejor casa —se encogió de hombros— Yo nunca me he preocupado por esas cosas. Es cierto que tengo dinero, pero me las arreglaría

perfectamente si no lo tuviera. Prefiero tener un buen caballo y un día de trabajo por delante en lugar de aparecerme en alguno de los restaurantes de moda a representar el papel de rico hacendado.

—Creo que eso es lo que más me gustó de ti, incluso al principio. Tú no eres un snob, como Bruce lo era.

—Lo se —dijo él en voz baja.

—¿Por qué se empeñó Bruce en armar todo ese lío? Si sabía que yo no te gustaba, ¿por qué inventar esa sarta de mentiras?

—Porque él presentía que había algo bajo toda esa apariencia de indiferencia. Sabía que te deseaba.

El corazón de Erin se le subió a la garganta.

—Yo no lo supe hasta esa noche —confesó, desviando la mirada —. Siento haberte desilusionado. No sabía cómo hacerlo.

—No me desilusionaste —negó él, cortante— Fue todo por culpa de las mentiras de Bruce.

—¿De verdad? —preguntó ella, sorprendida por esa reacción tan vehemente.

—Fuiste tú la que en realidad se desilusionó. Lo único que sacaste fue dolor y un niño que perdiste por mi mal carácter.

—Lo del niño fue un accidente —arguyó la joven, mas lo sentía de verdad. El sentimiento de culpa de Ty había borrado toda su amargura—. No puedes seguir culpándote toda la vida.

—¿Tú crees? —Algún día te casarás y tendrás otros hijos.

Ty sacó un cigarrillo del paquete y lo encendió.

—Sí, claro; siempre podría poner un anuncio: Hombre rico y feo busca mujer casadera.

—Ty, ¿por qué dices...

—Ya te he dicho que soy realista. Jamás una mujer va a enamorarse de mí, a no ser por mi dinero, así que, ¿por qué no poner las cartas sobre la mesa desde el principio?

—Muy bien. Ya que estás decidido a revolcarte en autocompasión, voy a unirme a ti —dijo ella, airada— Ya no soy virgen, estoy llena de cicatrices y lisiada, así que ahora que mi economía ha mejorado podría poner un anuncio igual que el tuyo.

El cigarrillo de Ty se quedó a medio camino hacia sus labios.

—Esas cicatrices no le importarán a ningún hombre que de veras te quiera.

—¿Y mi pasado? ¿Y mi cojera? —preguntó ella. El camisón

había resbalado de uno de sus hombros, pero estaba demasiado enfadada corno para darse cuenta.

Pero Ty si lo notó.

—¿Y esos preciosos senos son tuyos? —murmuró.

—¡Ty! —exclamó ella, desconcertada ante la expresión de su rostro.

—Son exquisitos, Erin, y no puedes imaginar el esfuerzo que tengo que hacer para seguir aquí de pie fumando este cigarrillo, así que hazme favor de subirte ese camisón antes que me abalance y...

Erin obedeció mientras sus mejillas parecían despedir fuego por décima vez.

—¿De veras quieres abalanzarte sobre mí, a pesar del aspecto que tengo?

—Especialmente por eso —contestó él, esbozando una sonrisa—. Aún me fastidia haber tenido que dejarte cuando Grandy vino a buscarme por lo del perro. Eligió el momento más propicio para venir. —¿Ah, sí?

—Por supuesto. Teniendo en cuenta que tú no tornas la píldora y yo no tenía nada que ponerme, fue providencial.

—Creí que los hombres siempre estaban preparados.

Ty soltó una carcajada.

—¿Acaso estuve preparado la otra vez? Pero, Erin, ¿es que no te has dado cuenta de lo pequeño que es Ravine? En el único sitio donde venden preservativos es en la tienda de ultramarinos de la señora Blake, que me conoce desde que tenía diez años. ¿Te imaginas su expresión si fuese a su tienda a comprarlos sabiendo como sabe que soy soltero y que tú estás viviendo aquí conmigo?

—¡Oh...!

—¡Oh...! —la imitó él— Ahora comprenderás por qué hay tantos embarazos inesperados por aquí, pero como tú y yo no somos dos adolescentes y conocemos muy bien las consecuencias...

—Yo no había planeado... hacerlo contigo —tartamudeó.

—Yo tampoco. Pero los dos nos deseábamos y estábamos solos. Debí haberte protegido, y lo intenté, pero era demasiado difícil. Había esperado demasiado tiempo y te habías convertido en una obsesión para mí.

Aquella confesión era sorprendente. Y muy interesante.

—¿Mucho tiempo?

El sonrió a regañadientes.

—Unos dos años, si te interesa saberlo. Ya te dije que tenía complejos.

Erin se sintió complacida y no pudo evitar sonreír.

—Pues yo nunca...

—Ya me di cuenta.

—Has... desde entonces

—Ya te dije que en el coche no. Y tampoco lo he deseado —Ty terminó el cigarrillo y lo apagó—. No he deseado a nadie más. Prefería mantener el recuerdo de aquella noche que tener a cualquier otra mujer.

Erin no pudo evitarlo y las lágrimas rodaron por sus mejillas mientras lo miraba, incapaz de hablar.

—Anda, anda, deja de llorar —pidió él, enjugándole los ojos torpemente—. Además, la única forma que se me ocurre de consolarte no sería muy juiciosa, teniéndote con ese camisón transparente.

—Puedes apostar lo que quieras; al menos en ese sentido —Ty, le entregó el pañuelo y tomó sus guantes—. Erin, lo que dijiste en el consultorio del médico... ¿en serio te molestan las murmuraciones que pueda haber sobre nosotros?

Erin lo miró sorprendida.

—¿Es que de verdad estás hablando de nosotros?

—Eso temo. Uno de los trabajadores mencionó algo que había oído.

Lo que no le dijo fue que el hombre, que había bebido alguna copa de más, se lo había dicho a él mismo, y que Ty, después de propinarle un puñetazo, lo despidió inmediatamente.

—Bueno, no podernos hacer nada —contestó ella, tras una pequeña pausa—. Tal y como están las cosas, soy propietaria de la mitad del rancho. No puedo marcharme sin que mi decisión afecte a mucha gente.

—Hay una cosa que sí podemos hacer —dijo él mirándose las botas llenas de polvo.

—¿Qué?

—Ya nos hemos puesto de acuerdo en que puedo hacerme viejo buscando una mujer que me acepte con lo feo que soy, y tú no pareces tener confianza en encontrar un hombre. Además, ninguno

de los dos ha dormido con nadie más desde aquella noche —Ty se decidió al fin a mirarla a los ojos—. Quizá pudiéramos aprender a llevarnos bien si nos esforzamos. El testamento no nos deja mucha elección. Tendrás que quedarte aquí para siempre.

Erin sabía lo que él iba a decir. Podía rechazar su proposición, sería la decisión más juiciosa, pero una parte de ella se sentía profundamente atraída por él. Nunca había deseado a otro hombre, y aunque él no la amaba, al menos se ocuparía de ella. Quizá con el tiempo las cosas comenzaran a funcionar entre ellos. Podrían tener niños...

—¿Querrías tener hijos? —le preguntó con seriedad.

—Si te refieres a que te dé un hijo para reemplazar al que perdiste, sí, puedo hacerlo, aunque todavía no. No estás en condiciones de quedar embarazada. Pero podemos tener hijos si es que lo deseas.

No parecía muy entusiasmado con la idea. ¿Desearía de verdad tener una familia? ¿O quizá deseara tenerla, pero tenía miedo una vez más de mostrar sus sentimientos por temor a ser herido?

—Estás atrapada aquí, gracias a tu inocencia —le recordó él—. Así que puedes llevar mi nombre igual que la mitad de mi rancho.

—¡Muchas gracias! —contestó ella en tono cortante— ¡Qué maravillosa propuesta de matrimonio!

—¡Pues tómala o déjala! —replicó él—. Yo tampoco estoy encantado, pero es la única solución que veo.

—¡No pienso dormir contigo!

—¡Por mí, duermes en el maldito granero! —espetó él con ojos centelleantes.

Los labios de Erin temblaron y tiró aún más de las sábanas.. ¿Cómo habían llegado tan de repente a aquella situación?

—Si te casas conmigo, tendrá que ser por la iglesia —advirtió ella—. No estoy dispuesta a hacerlo por lo civil.

—¿Acaso te lo he pedido? —preguntó, arqueando las cejas.

—Y tampoco quiero una gran fiesta. Quiero una boda pequeña. Y no quiero que venga mi madre. Lo convertiría todo en un circo.

Ty pareció relajarse un poco.

—De acuerdo.

—Y no quiero llegar al altar teniendo que arrastrar esta pierna.

—Después de unas cuantas semanas de ejercicios, ya no tendrás

que arrastrarla. Mejorarás, pero vas a necesitar tiempo y esfuerzo.

—Tirano... —murmuró ella—. Está bien, lo haré, aunque me muera de dolor.

¿Cuándo? —preguntó él con una voz que sonó profunda.

—¿Cuándo quieres tú?

—La semana que viene.

Erin se quedó boquiabierta y entonces él añadió:

—Bueno, no hay más remedio que sea así, a no ser que quieras que salga en los periódicos. A pesar de ser feo, soy bastante conocido.

—¿Quieres hacer el favor de dejar de desacreditarte? —le pidió ella exasperada.

—Lo haré si tú dejas de hablar de tu pierna.

—Trato hecho.

—¿Quieres un brillante?

—No. Sólo una alianza de oro.

—De acuerdo —asintió él y dio media vuelta hacia la puerta.

—¿Y ya está? —exclamó ella, atónita— ¿Eso es todo?

—¿Qué más quieres? Si me pongo de rodillas con el suelo tan frío tal vez me quede envarado hasta la primavera. Y besarte para sellar el compromiso tampoco sería muy juicioso, estando tú desnuda.

—¡No estoy desnuda!

Si lo estuvieras, así que estoy haciendo lo mejor, como tu prometido que soy. No te quedes despierta—hasta muy tarde. Tenemos que empezar con los ejercicios mañana por la mañana. Que duermas bien —salió de la habitación.

Erin se quedó pasmada mirando la puerta. ¡Vaya proposición de matrimonio! ¡Vaya novio ardiente! Hubiera deseado tener algún jarrón a la mano para arrojarlo contra la puerta, pero como no era así, se metió en la cama, cubriéndose la cabeza con las sábanas.

Ty caminaba por el largo corredor hacia su habitación silbando alegremente, con una extraña luz iluminándole los ojos, y de repente rompió a reír. Tenían por delante un largo camino, pero acababan de dar el primer paso. Iba a compensar a Erin de todo su sufrimiento. Iba a curarla de todos sus males. Abrió la puerta de su habitación y entró. Sabía que tardaría mucho en dormirse, pero no le importó en lo más mínimo.

7

ERIN había esperado que el hecho de estar comprometido cambiara a Ty, pero no fue así. Seguía siendo exactamente igual que antes, incluyendo la forma tan dominante en que le ordenaba hacer los ejercicios, sin quitarle la vista de encima ni un segundo.

—¿Por qué no los haces tú también? —sugirió ella una mañana.

—M cadera está perfectamente bien —replicó él— Un poco más alto, cariño. No estás estirándola lo suficiente.

Nunca antes usó palabras cariñosas, pero ahora la llamaba "cariño", cada vez que podía. Bueno, quizás hubiese cambiado un poco. Parecía más relajado, más accesible. Ella lo estudiaba mientras hacía sus ejercicios sobre la bicicleta. Desde luego, no lo encontraba feo ni mucho menos. Era un hombre con un cuerpo impresionante, y tenía unas manos Preciosas, de dedos largos, delgadas y elegantes, ligeramente bronceadas como todo él.

—Puedes tomarme una fotografía —dijo él cuando se dio cuenta de que lo observaba—. Espantarías a los cuervos con ella.

—No estaba criticándote; admiraba tu físico.

—Tú tampoco estás mal —murmuró él, sonriendo al inspeccionar su cuerpo con los ojos—. Eso que vistes te queda muy bien.

—Gracias —contestó ella, sorprendida por el cumplido.

—¿Qué te vas a poner para la boda? —preguntó él entre sorbos de café.

Erin se secó un poco el sudor del rostro antes de contestar.

—Bueno... Tengo un vestido largo color beige...

—Al demonio —la interrumpió él.

—¿Qué pasa? —preguntó ella sin comprender.

—Blanco. Eso es lo que pasa —contestó Ty, dejando la taza y

acercándose a ella—. Blanco. Ni beige ni verde ni gris. Te casarás con un vestido blanco.

—No tengo derecho a llevarlo —objetó la joven.

—Fue conmigo —señaló él, intentando mantener la calma en la voz, a pesar de que sus ojos echaban chispas—. Recuerdo exactamente cómo fue para ti. Cuando ocurrió, estaba mirándote a los ojos. Incluso recuerdo como me sentí: blanco.

—Blanco —repitió ella, agitada por la pasión de su voz.

—Ningún otro hombre ha tenido una virgen más u ce que tú. Ningún hombre ha disfrutado de una iniciación tanto como yo disfruté aquella. Nunca ha habido otro hombre que yo para ti, y a los ojos de Dios eso nos casó mejor que cualquier sacerdote pueda hacerlo, y nadie va a avergonzarte porque lleves un vestido blanco. Ni siquiera tu conciencia puritana.

Erin hizo un esfuerzo por sonreír.

—A veces eres encantador.

—No tengo mucha práctica en eso —confesó él acariciándole el hombro—. Crecí solo, y así es como he estado la mayor parte de mi vida. Aún tengo algunas dificultades para relacionarme con la gente.

Era tan distinto en aquellos raros momentos... Erin le tomó la mano con ternura y acarició la superficie de la palma.

—Manchas de nicotina —observó reparando en la mancha amarillenta que tenía el dedo índice y el medio—. ¿Por qué fumas tanto?

—Sólo lo hago cuando estoy alterado o nervioso. Así es como tú me, haces sentirme.

—No puedo imaginar a nadie poniéndote nervioso, y mucho menos a mí.

—¿Eso crees? Mira —dijo él y extendió la mano en el aire para que ella pudiera ver que temblaba casi imperceptiblemente.

Erin lo miró a los ojos sorprendida y vio en ellos unas llamas consumiéndose con lentitud. De pronto lo comprendió todo.

—Oh, Ty...

—Esa es la razón por la que no debes deambular por la casa con esos camisones transparentes —murmuró él—. Cuando te tengo tan cerca, pierdo el control.

Tampoco era fácil para él. Su conciencia no le perdonaba lo que

había pasado: la pérdida del niño, la muerte de Bruce... Y a pesar de todo, se había obligado a ir a buscarla para llevarla a Staghorn, se estaba esforzando por lograr que volviera a sentir, que volviera a preocuparse por su salud, y ella no había hecho más que poner dificultades. El origen de aquella situación se hallaba en el amor equivocado y los celos sin motivo de Bruce, pero había llegado el momento de olvidarse del pasado y en cómo habrían resultado las cosas si Bruce no hubiera interferido.

—Cuando nos hayamos casado... —dijo, eligiendo cuidadosamente las palabras y sin apartar la mirada de él—... seré tu mujer en todos los sentidos.

Ty sintió un estremecimiento en todo el cuerpo.

—No sabes lo que estás diciendo.

—Hasta ahora, tú has sido el que ha puesto más en todo esto. Has perdido a Bruce y parte de tu herencia, además de tener que soportarme a mí. Has conseguido que recupere las ganas de vivir y creo que ha llegado el momento de que sea yo la que empiece a dar.

Ty apretó los dientes y se puso de pie.

—Eso es algo que tendremos que tratar en otra ocasión.

—Ya te molestaste de nuevo —suspiró Erin—. Oh, Ty, ¿es que nunca vas a aprender a no explotar cada vez que menciono algo personal?

—Claro. Cuando dejes de ofrecerme limosnas. No quiero tu cuerpo como pago a tener un techo sobre tu cabeza.

—¡No es eso lo que yo quería decir!

—No estoy dispuesto a aceptarlo. No como si fuera un sacrificio.

—Me vas a volver loca, Ty. Cuando creo que empiezo a comprender. Está bien. Has lo que quieras. Dormiré en el granero con las ratas.

—No hay ratas en el granero —informó él con voz ausente.

—¿En serio?

—Porque mi boa vive allí y se las come.

Erin tragó saliva.

—Entonces retiro mi oferta de dormir en el granero.

—Es una serpiente muy vieja. No te hará daño.

—En mi familia todos les tenemos miedo a las serpientes. A mi bisabuelo se lo comió una. Era corresponsal de guerra y desapareció en Sudamérica. Años después dijeron que habían encontrado su

esqueleto dentro de una monstruosa pitón.

—Un final espeluznante, pero las boas no comen gente.

—Eso es lo que tú dices —replicó ella, haciendo una mueca al moverse. La cadera seguía doliéndole— ¡Condenados ejercicios! Cada día me cuestan más trabajo.

—En una semana más o menos, ya verás lo que mejoras. Créeme.

—¿Y por qué tengo que seguir? —protestó ella— Nunca podré volver a trabajar como modelo, sobre todo si me caso.

Ty la miró sin comprender.

—¿Ah, no? ¿Por qué?

—¿Me dejarías trabajar? —preguntó ella, sorprendida.

—Eres un ser humano, no una esclava —señaló él— Yo no creo en eso de encadenar a la mujer a la pata de la cama y tenerla siempre embarazada. Eres libre de hacer lo que quieras, excepto acostarte con otros hombres.

—No quiero acostarme con otros hombres.

Ty soltó una carcajada.

—No, supongo que no. Conmigo ya tuviste más que suficiente desilusión —dijo, y dando media vuelta, encendió un cigarrillo y salió de la habitación .

Erin tardó unos segundos en reaccionar, pero cuando lo hizo, levantó una de las botas de él y la lanzó contra Ty. No le atinó, pero consiguió llamar su atención.

Ty se quedó mirando la bota como si acabase de encontrar un pez sobre la alfombra, y luego de tomarla con dos dedos, se volvió hacia Erin.

—¿Me has arrojado una bota?

—Claro que te he arrojado una bota.

—¿Y querías darle a la pared?

—No, quería darte en la cabeza.

—Pues deberías practicar tu puntería.

—No lo creo. Con el tamaño de pie que tienes, podría apuntar a la pared y aun así darte a ti si lo intento.

—Yo no tengo los pies grandes.

—Los patos tampoco.

Con la bota en la mano, Ty se acercó a ella con una expresión muy poco amigable.

Erin se puso de pie con rapidez, intentando interponer una barrera entre ellos

—¡Vete! —gritó— ¡Estoy inválida!

—Todavía no —murmuró él—. Pero es una posibilidad.

—¡Ty! ¡No te atrevas a golpearme!

—¿Ah, no? —la amenazó él, sujetándola por la cintura y levantándola—. ¿Piensas darme batalla?

—Bájame y lo verás.

—Deja de retorcerte o te soltaré de golpe. ¿Siempre has tenido los ojos tan verdes? —inquirió, mirándola de cerca.

—Eso creo.

—Tienen el color de las hojas en primavera... —murmuró él—... justo después que el rocío las humedece...

—Los tuyos son plateados cuando te enfureces.

Ty bajo despacio la mirada hasta su boca.

—Incluso tan delgada como un espárrago, eres preciosa.

—No lo soy, pero gracias de todas formas —Erin sentía su respiración en las mejillas y la reacción de su cuerpo fue inmediata, Me gusta tu boca cuando me besas —murmuró— La siento firme y un poco...

Gimió al sentir la boca masculina sobre la suya. Arqueó el cuerpo contra él y lo sujetó con fuerza por el cuello.

La volvía loca tener ese cuerpo musculoso junto al suyo y dejarse embriagar por su aroma tan varonil. Ty comenzó a temblar y Erin sintió una punzada de culpabilidad por incitarlo, pero la verdad era que resultaba excitante saber qué tenía ese poder sobre él.

—Lo siento —susurró, mientras le acariciaba las mejillas y el cabello—. No puedo evitarlo. Cuando me tocas, pierdo la cabeza.

—Me parece que nos ocurre lo mismo a los dos. Cuando hacemos el amor, te conviertes en una salvaje. Nunca soñé que fueras tan desinhibida conmigo.

—Yo tampoco —confesó ella, rozando la mejilla de él con los labios—. Quiero... hacer las cosas—más escandalosas contigo.

—Estoy deseándolo —dijo él, mordisqueándole un labio.

—Yo también —respondió ella, apretándose contra su pecho.

—Erin, si no nos separamos en este instante, ya no podremos hacerlo. Ni siquiera a noche que hicimos el amor estaba tan

excitado como ahora.

—Ni yo —confesó ella con voz temblorosa—. Y eso que sólo nos hemos besado.

—Eso crees. Vuelve a mover tus senos como lo hiciste hace un rato.

Erin obedeció, y a cambio sintió la masculinidad rígida de Ty contra su vientre.

—Te deseo —susurró, cerrando los ojos cuando él la apretó contra sus caderas.

—Yo también, pero no podemos satisfacemos. Así no. Es demasiado arriesgado.

Erin suspiró.

—Supongo que tienes razón.

—No es mi cuerpo quien dice eso. Sólo mi cabeza.

Erin empezó a reír y la tensión se suavizó un poco.

—Nos casaremos el martes, así que supongo que podremos sobrevivir hasta entonces —añadió él.

—Supongo que sí —Erin se quedó mirando uno de los botones de su camisa que parecía flojo. Cuando se casaran, podría ocuparse mejor de él. Coserle los botones, planchar sus camisas y lavar su ropa... esas cosas tan íntimas le parecieron en ese instante muy importantes. Podría dormir en sus brazos...

—Podrás dormir conmigo sí quieres, después que nos casemos —susurró él, como si le hubiera leído el pensamiento.

Una oleada de calor la recorrió.

—¿De veras? —preguntó, con una voz casi inaudible.

—Siempre. Podré ver cómo te desnudas y tú podrás verme a mí. Podremos acariciarnos y hacer el amor.

—¿Con la luz encendida? —preguntó ella, temblorosa.

—Con la luz encendida —susurró él—. ¿Has hablado con el médico sobre anticonceptivos?

—Sí. Yo... —Erin carraspeó. Le causaba timidez hablar de cosas tan íntimas—. Hay que comenzar a tomarlos en un momento determinado, y yo... empecé hace dos días.

Ty sonrió.

—Soy ganadero —le susurró al oído— Lo sé todo sobre ciclos, ovulaciones y "esos días del mes".

—Oh... —masculló ella, enrojeciendo hasta la raíz del cabello.

—Erin, eso es algo natural —señaló él, obligándola a mirarlo—. No debe haber tabúes en un matrimonio. Nada de lo que no se pueda hablar. Lo que más espero de ti es sinceridad. Yo nunca te mentiré, y espero que tú tampoco lo hagas. No quiero que tengas miedo de contarme cualquier cosa que te preocupe.

—Nunca tuve a nadie con quien pudiese hablar de sexo —susurró ella como si se tratara de un oscuro secreto—. Mi madre lo hacía todo el tiempo, pero se sentía abochornada al hablar de ello conmigo. Todo lo que aprendí fue a través de otras chicas y de revistas.

—Y conmigo —añadió él, acariciándole el cabello.

—Y contigo. Fue tan íntimo...

—Háblame de ello —le instó él—. No te lo guardes.

Lo hacía parecer todo tan fácil. Ella jugaba con el botón flojo de su camisa. Era una prenda bonita, color marrón.

—Siento que aquella noche haya intentado apartarte en el último momento.

—No esperabas que te doliera tanto.

—No. Nadie me lo dijo. Creí que sólo sería molesto.

—Y seguramente así habría sido si yo no hubiera estado tan hambriento de ti. Las mujeres necesitan excitarse mucho antes, pero mi educación en esa asignatura deja bastante que desear. Saber cuál es el mecanismo es una cosa, pero llevarlo a la práctica es otra muy distinta. Digamos que sé tener relaciones sexuales, pero no sé cómo hacer el amor —confesó, mirándola a los ojos—. Son dos cosas completamente distintas.

—¿Nunca sentiste... nunca deseaste hacerlo con otras mujeres?

Ty sonrió y le contestó negando con la cabeza.

—Me alegro —dijo ella, sonriendo tímidamente.

—¿Y tú nunca deseaste que un hombre te hiciera el amor?

—Sí —afirmó ella—. Te deseé a ti desde el momento en que te vi, pero nunca me atreví a decírtelo porque ni siquiera te gustaba.

—¡Al diablo! —exclamó él bruscamente— Te deseaba desesperadamente.

—¡Pero si eras insoportable conmigo!

—Es cierto, pero no creí que te detuvieras a mirar una cara como la mía.

Así que había sido eso... Se había puesto a la defensiva, tal y

como su padre le había enseñado, y un buen ataque era la mejor defensa.

—Bruce me dijo que me odiabas —expresó ella, mirándolo a los ojos.

—Lo sé. Leí las cartas, pero no era verdad —y tomándole la mano, añadió—: El me dijo que te habías reído de mí, de la forma en que me había comportado contigo.

—Esa fue la mentira más grande de todas —señaló ella.

—Lamento mucho haberte hecho daño. A pesar de las apariencias, era lo último que quería hacer.

—No estuvo mal —respondió Erin. Se sentía como una adolescente, toda timidez y excitación—. Me gustó mucho acariciarte.

Ty recordó cómo sus manos habían explorado todo su cuerpo lentamente, sin inhibiciones, y sintió un escalofrío.

—Ty ...

—Ven aquí —ordenó él, abrazándola con todas sus fuerzas—. Acércate. Dicen que ayuda si te abrazas hasta que el deseo se esfuma.

Erin cerró los ojos y poco a poco la ansiedad fue disminuyendo. En ese momento, recordó un libro en el que había leído que si una mujer no, había quedado satisfecha, la ansiedad pasaría si la abrazaban con fuerza. Ty debía de haberlo adivinado.

—¿Has leído libros sobre sexo? —preguntó.

—Claro. ¿Tú no?

—No muchos. Aprendí más escuchando a algunas de mis amigas.

—Menudas vidas sexuales deben de llevar.

—¡Ni te lo imaginas!

—¿Te sientes mejor?

—Mmm... —murmuró—. ¿Y tú?

—Sobreviviré —aseguró él, soltándola casi a regañadientes—. Vaya cambio —añadió, mirando sus ojos brillantes y llenos de vida — del fantasma que me encontré en aquel apartamento de Nueva York.

—La vida tenía pocos alicientes para mí en aquel momento.

—Yo voy a compensarte por todo eso —susurró él, tomándole el rostro entre las manos.

—Ty ...

—Ahora lo que tienes que hacer es darte un baño de agua bien caliente. Yo debo hacer algunas cosas en el rancho, y después iremos a Ravine a comprar el anillo de bodas.

—De acuerdo.

¡Qué rápido estaba cambiando todo!, se decía Erin mientras lo veía alejarse. Lo que había comenzado siendo una dura prueba, se estaba transformando en la mayor alegría de su vida.

Si al menos pudiese creer que Ty sentía realmente algo por ella, algo más que lástima, deseo y necesidad de compensarla por lo que le había hecho. Era tan difícil leerle el pensamiento... El la deseaba, eso era indudable, pero ella quería algo más. Quería que la necesitara porque... porque ella lo necesitaba a él. Había otro sentimiento más profundo, pero. aún no se atrevía siquiera a pensar en eso. Si las cosas seguían por el buen camino, quizá lo haría después.

Por primera vez, se puso a hacer sus ejercicios sin que nadie tuviera que decírselo. Tenía que volver a caminar, a sentirse entera. Tenía que demostrarle a él que podía valerse por sí misma, y si entonces Ty seguía volviéndose hacia ella, cuando la lástima y la culpabilidad hubiesen desaparecido, cabría la esperanza de que algo más profundo creciese entre los dos.

8

Ty y Erin contrajeron matrimonio en una pequeña iglesia presbiteriana donde dos generaciones de la familia Wade habían acudido regularmente al servicio religioso.

Erin llevaba un vestido blanco y largo. Había confiado en no tener que usar la muleta, pero le resultaba muy difícil caminar sin ella.

Ty se había vestido con un impecable traje de tres piezas que le confería un aire mundano y elegante. La diferencia de altura entre él y Erin era notable, a pesar de que ella se había puesto sus zapatos de tacones más altos, pero aún así s e sentía pequeña y vulnerable a su lado.

La ceremonia fue presenciada por un puñado de personas, incluyendo al capataz de Ty, Stuart Grandy, Conchita, José y unos cuantos vecinos, y duró sólo unos minutos. Cuando Ty deslizó el delgado aro de oro en su dedo y la besó con rapidez en los labios, Erin tuvo que morderse el labio para no llorar, pero él debió de darse cuenta de su agitación de emociones, porque le tendió un pañuelo mientras las felicitaciones proliferaban a su alrededor.

—Bueno, alguien tenía que llorar en mi boda —se disculpó ella, enjugándose los ojos—, ¿y quién mejor que yo?

—Yo también lloraría si me hubiera casado con él —comentó Red Davis, uno de los ayudantes de Ty.

—Te acabas de quedar sin regalo de Navidad —lo amenazó Ty.

Red sonrió. Era un joven de unos veintitantos años con un gran sentido del humor.

—¿Ah, si? Entonces espera a ver lo que pasa esta noche, jefe.

—Si veo uno solo de tus pies asomar en el porche, cargo el Winchester.

—¡Reverendo Bill! ¿Ha oído lo que acaba de decirme? —exclamó Red, llamando la atención del orondo ministro—. ¡Dice que va a darme un tiro!

—¡Yo no he dicho eso! —protestó Ty.

El reverendo se unió a ellos entre risas.

—He escuchado la conversación desde el principio, Red, y si pones un pie en su porche,,seré yo mismo quien con mucho gusto le enviaré balas para su rifle.

Red movió la cabeza apesadumbrado.

—¿No le da vergüenza?

—¿Y a ti? ¿No te da vergüenza?

Ty tomó la mano de su esposa mientras recibían las congratulaciones de todos los asistentes. Ella no se sentía muy cómoda con él en público, con todas las cicatrices y la confianza en sí misma por los suelos, pero se apoyó en Ty en lugar de en su muleta y se obligó a sonreír.

Poco después, volvieron a Staghorn para la recepción. Conchita se había ocupado de todos los detalles, e incluso había contratado los servicios de un restaurante especializado para el banquete. A Erin le estaba pareciendo una ceremonia interminable, y para colmo, Ty se había enfrascado en una conversación con varios vecinos sobre el número creciente de perforaciones petroleras en la zona.

No es que estuviera bien enfadarse, pero mucho antes que se acabara el último pedazo de tarta ella estaba ya rabiosa, así que decidió desaparecer en la cocina y ayudar a Conchita a fregar los platos.

—Esto no está bien —protestó la empleada—. Lavar platos no es lo que debería hacer en el día de su boda.

—Tiene razón —acordó Erin—, así que entre en esa habitación y dígase lo a mi marido.

—Yo no —contestó Conchita—. A mí me gusta mi trabajo.

—Usted y yo vamos hacer una estupenda comedia sobre la rutina de lavar platos. Nos haríamos ricas.

—Creo que tiene fiebre —dijo la mujer mayor, mirándola fijamente.

—¡Qué voy a tener fiebre!

—¿No? —repitió Conchita sonriendo.

Erin se ruborizó y tomó un trapo.

—Yo seco los platos.

—Como quiera, señora.

Ty las encontró allí casi una hora más tarde.

—¡Vaya forma tan divertida de pasar el día de tu boda! —exclamó desde la puerta.

—Pues sí —replicó Erin, con una sonrisa sibilina—, es estupenda. Conchita y yo vamos a representar esta comedia en el teatro. Seguro que ganaremos algún premio.

—Pues no sería yo quien comprara una entrada.

—Lo que pasa es que tienes envidia porque lo que no vendería ni una entrada es la conversación del señor Hawes, el señor Danson y tú sobre petróleo y ganado.

—Así que es eso —murmuró él.

—Es la primera muestra de cómo funciona la naturaleza femenina —le informó Conchita, dejando a un lado su trapo—. Ahora podrán pelear tranquilamente. José va a llevarme a la ciudad para hacer las compras de Navidad, así que tendrán toda la casa para ustedes solos.

Erin y Ty aguardaron en silencio que Conchita saliera de la cocina.

—No estoy dispuesta a hacer las paces contigo —espetó Erin, furiosa.

—Pues quédate aquí a lloriquear si quieres —respondió él—. Yo siempre puedo descargar mi malhumor con mis empleados.

—¡Me alegro! ¿Por qué no empiezas ya la pelea? ¡Para eso sí se podrían vender entradas!

Furioso, Ty dio media vuelta, se puso el sombrero y con un portazo, salió de la casa.

Erin tomó lo primero que vio a la mano, un plato, y lo lanzó contra la puerta. Por desgracia era irrompible y no hizo el ruido deseado, así que ella se agachó para recogerlo y fregarlo de nuevo, con las lágrimas rodándole por las mejillas.

Ty estuvo fuera el resto del día. Cuando José y Conchita volvieron, lo encontraron afuera con los hombres y a ella encerrada en su habitación.

Para cuando oscureció, Erin se había dado un buen baño y se había metido en la cama con dos novelas. A las ocho y media,

Conchita entró en la habitación con una bandeja con sopa y un buen tazón de café caliente; Erin hizo caso omiso de las recomendaciones bien intencionadas que la empleada le hizo, pero olvidó cerrar la puerta con llave cuando se quedó sola. Se tomó la sopa, se bebió el café, y cuando terminó de leer la primera novela, tenía dolor de cabeza y la cadera le daba unos pinchazos terribles. Se sentía fatal. No debió haber conocido a Ty jamás, Estaba segura de que ese hombre tan odioso no podía soportarla. Entre sollozos, se quedó dormida.

El entró en la casa a medianoche, sucio, despeinado y de mal humor, y la encontró dormida. La contempló unos minutos, antes de cerrar de nuevo la puerta y dirigirse a su propia habitación para pasar una noche casi en blanco.

A la mañana siguiente, Erin se levantó antes de la hora del desayuno para hacer sus ejercicios en el salón. ¡Iba a enseñarle a ese cretino quién era ella! ¡Volvería a su trabajo como modelo, ganaría una fortuna y tendría montones de hombres revoloteando a su alrededor! Este pensamiento le infundió energía, y cuando Ty entró en la habitación fumando un cigarrillo, ella estaba sudando por el esfuerzo.

—Buenos días —dijo él.

—Buenos días —contestó ella dulcemente—. Espero que hayas pasado una noche infernal.

—Así fue, gracias. ¿Y tú?

—Casi no dormí.

—Pues estabas como un tronco cuando volví.

—¡Oh! ¿Así que al final te dignaste volver? ¡Qué considerado!

—Fuiste tú quien empezó.

—No fuiste tú quien me ignoró durante horas delante de todo el mundo, dejando que me pusiera a lavar los platos el día de mi boda.

Ty aspiró profundamente.

—Mira, Erin, pasé treinta y cuatro años soltero, y además te recuerdo que esta no es la clásica discusión de enamorados. Nos hemos casado para acallar las murmuraciones, ¿no? ¿O es que hay alguna otra causa que yo desconozco?

Era cierto. Su relación no tenía nada que ver con la idílica fantasía que ella había creado en su mente.

—Lo siento —dijo al fin, apartando la mirada—. No tenía

derecho a enfadarme así. Al fin y al cabo, nos hemos casado sólo por las murmuraciones.

Ty se arrepintió de sus palabras al ver cómo los ojos de su esposa se quedaban sin vida. Todo el brillo y la excitación que les habían dado el día anterior tanta belleza, se esfumaron. El no había considerado las cosas desde el punto de vista de ella, y se le ocurrió que quizás Erin esperaba que él se comportara como... bueno, como su marido. Había estado tan empeñado en no asustarla, que se pasó de la raya, y ahora ella creía que no le importaba en lo más mínimo.

—¿Me deseabas anoche? —preguntó él en voz baja.

—No.

Ty se arrodilló junto a ella y le levantó la barbilla con delicadeza.

—Sí... —musitó ella.

—¿Y por qué no lo dijiste?

—¿Y qué querías que hiciera? ¿Que me plantara en medio de una discusión sobre inseminación artificial para decirte que quería hacer el amor? Estoy segura de que a tus vecinos les hubiera parecido una situación de lo más interesante.

Ty casi sonrió.

—Supongo que sí. Lo que ocurre es que no sé cómo ser un buen marido. Tendrás que soportarme hasta que aprenda.

—Quizá yo espere más de lo que estás dispuesto a darme —comentó ella, mirándolo a los ojos— Las cosas nunca han sido lo que se dice normales entre nosotros dos. Yo me he sentido siempre tan confundida...

—Y tan herida. Da la impresión de que soy incapaz de evitarlo, y hacerte daño es lo último que deseo, Erin.

—Y lástima es lo último que deseo yo. Lo que pasa también es que esta cadera me molesta mucho y estoy un poco irritable —era cierto. Le dolía casi constantemente—. Siento ponerte las cosas tan difíciles. Te prometo que no te causaré más problemas —se alejó de su lado, sin darse cuenta de la expresión sorprendida de Ty—. Lo que Conchita dijo ayer me recordó que yo tampoco he hecho las compras de Navidad. No es que me atraiga mucho caminar, pero necesito comprar unas cuantas cosas. ¿Puedes decirle a alguno de los chicos que me lleve a San Antonio?

La expresión de Ty se endureció.

—Puedo llevarte yo mismo —contestó con sequedad—. ¿Cuándo quieres ir?

—El sábado estaría bien.

—De acuerdo —asintió él y salió de la habitación sin decir nada más. Erin intentó no buscar el motivo. No estaba dispuesta a rogarle su atención. Si ella no le importaba lo suficiente, aprendería a vivir así. No sabía cómo, pero aprendería.

Fue una semana muy larga, durante la que se encontraron sólo en la mesa. Ella buscó cosas en las que mantenerse ocupada al igual que él, y se hablaron sólo lo necesario. Conchita se limitaba a mover la cabeza y a murmurar entre dientes, pero no se atrevía a decir nada. Ty estaba de un humor de los mil demonios. Se le oía dar gritos en el corral, recriminando a todo el mundo por cualquier cosa. Erin se sentía responsable, e intentaba mantenerse apartada de él cuanto podía.

Por fin llegó el sábado y Ty estaba listo, tal y como había prometido, para llevar a su esposa a San Antonio. Parecía un hombre rico e importante con su chaqueta clara y su sombrero, y Erin se sentía un poco fuera de lugar con su vestido de lana gris. Tenía poca ropa, y no estaba dispuesta a gastar dinero en comprarse prendas nuevas. Aún no se sentía con derecho a su mitad del rancho, a pesar del testamento y de todo lo que le había ocurrido por culpa de los Wade. Nunca podría olvidar lo que Ty le había dicho en el coche acerca de que ella quería vivir a su costa, aunque en realidad no fuera eso lo que él quiso decir.

—¿Te gustaría ir— a algún sitio en particular? —preguntó Ty muy educadamente cuando estaban ya cerca de la ciudad.

—Me da igual —murmuró ella, con la vista puesta en el paisaje.

A pesar de que San Antonio contaba con poco menos del millón de habitantes, las casas estaban muy diseminadas por los alrededores.

—Es una ciudad grande —comentó Ty— Sería más fácil si supiera qué clase de cosas quieres comprar. ¿Vas a comprarte ropa nueva?

—¿Por qué? ¿Es que te parece que la necesito?

—Siempre llevas el mismo vestido cuando salimos —comentó él —. Estoy empezando a cansarme de él.

—Entonces tendré que comprarme otro —respondió ella con frialdad.

—¡Muy bien! Ahora tómatelo como algo personal —dijo él, sin apartar la mirada de la carretera—. No, mejor aún, ¿por qué no te arrojas al suelo y empiezas a llorar? Con. eso conseguirías que me sintiera peor de lo que ya me siento.

Erin se mordió el labio mientras por las aceras desfilaban los peatones ante sus ojos.

—No he tenido dinero para gastar en ropa.

—¿Tienes idea del valor que tiene Staghorn en el mercado? —preguntó él, malhumorado.

—No pienso gastar tu dinero en ropa. Utilizaré lo que me queda de cuando trabajaba.

—¡Por amor de Dios, Erin!, ¿pero qué demonios ... ?

Se interrumpió al divisar un estacionamiento, movió bruscamente el volante y detuvo el coche en el primer sitio libre.

—Mírame, Erin —ordenó, colérico. Pero cuando la obligó a volverse hacia él, vio el brillo de las lágrimas en los ojos verdes y su furia se esfumó como por arte de magia. Decidió entonces tomar la mano con la que Erin tenía aprisionado con fuerza el bolso. Estaba muy fría, y su pulso latía aceleradamente en la muñeca.

—¿Podríamos irnos de compras de una vez, por favor? —pidió ella, apartando la mano de un tirón.

—Sí, creo que ya es hora de que lo hagamos —murmuró él— Además, conozco el sitio perfecto.

La tomó por el brazo para conducirla a un elegante hotel de fachada antigua calle abajo. Erin lo miró boquiabierta mientras él firmaba en el libro de registro y hablaba en un apartado con el gerente. Un minuto después, tomó una llave y condujo a su esposa al ascensor.

La habitación era antigua pero elegante, pintada en un suave tono verde.

—¿Qué estamos haciendo aquí? —preguntó ella.

Ty se tomó su tiempo para cerrar la puerta con llave, dejar ésta después sobre la mesita y volverse hacia ella con unos ojos tan profundos y misteriosos como un día de invierno.

—Voy a darte una pista —dijo, acercándose a ella.

Erin se quedó sin respiración. No podía moverse, y él le quitó el

bolso de entre las manos y comenzó a desvestirla.

—Tú y yo necesitarnos intimidad —indicó, dejando la ropa a un lado—. En el rancho no la hemos tenido, pero aquí la tendremos.

Ella tragó saliva.

—¿Vamos a... a...?

—Sí —contestó él, besándola en los labios—. No debes tener miedo, Erin. Esta vez no voy a hacerte daño.

—Pero... pero es que es de día.

—Tenemos que empezar a acostumbramos el uno al otro —razonó él—. Además, las cortinas están corridas, así que no hay demasiada luz —arguyó, mientras intentaba desabrocharle el sujetador. Cuando lo consiguió, lo dejó a un lado y sus ojos resbalaron lentamente por todo el cuerpo femenino antes de decidirse a quitarle la última prenda.

Erin se sentía un poco insegura por las cicatrices, pero a él no parecían importarle, así que ella trató de relajarse y permitió que él la llevara a la cama.

—Métete bajo las sábanas —indicó él con ternura, como si supiera lo difícil que era para ella—. No tienes que mirarme si no quieres. Tenemos todo el tiempo de¡ mundo para acostumbramos el uno al otro. Ahora —susurró cuando estuvo bajo las sábanas junto a ella—, ahora y aquí es donde comienza nuestro matrimonio.

Apartó las sábanas para mirarle los senos y acariciarlos. Erin vio los dedos largos recorriendo su piel, descubriendo su textura con exquisito cuidado. Ahora Ty era su marido, y todos los viejos tabúes habían desaparecido.

—Estamos casados —dijo él como leyéndole el pensamiento, Intenta no olvidar que esto que estamos haciendo está bien.

—Lo intentaré... —Erin se sintió de pronto atraída por su pecho amplio y bronceado—. ¿Trabajas sin camisa en el rancho?

—Sí.

—Es que estoy tan blanca comparada contigo.

Ty se colocó encima de ella sin dejar de mirarla ni un segundo.

—Ahora aparta las sábanas —indicó—, y mírame.

Con un temblor que recorría todo su cuerpo, Erin obedeció sin pensar, atrapada en un torbellino de erotismo creciente.

—Oh, Ty ...

—Rodéame con tus brazos por las caderas —susurró él—, y

apriétame contra ti.

Ella gimió cuando él volvió a besarla, mientras sentía todo el peso y el calor de su cuerpo. Su lengua se abría paso con decisión y los dos se estremecieron.

—Eres mi mujer, Erin —murmuró Ty, al tiempo que la incitaba a mover las caderas contra él—. Eres mi mujer.

Ella gimió por las exquisitas sensaciones que la sacudían.

—Dulce —musitó Ty, separando los muslos de Erin—. Oh, Dios, eres tan dulce, tan dulce...

La oyó gemir, la sintió retorcerse, y la cabeza pareció estallarle con la incontenible urgencia de su propio cuerpo. Comenzó a moverse febrilmente contra ella, sintiendo cómo lo recibía con un mínimo espasmo de protesta.

Erin se colgó de su cuello, pero antes que pudiera comenzar a sentir algo, todo había terminado, y Ty se maldijo por su maldita impaciencia; Erin no había sentido nada.

—No hagas eso —pidió él cuando, al mirarla a la cara, ella intentó sonreír—. No finjas. ¿Es que crees que no me he dado cuenta de que no pudiste sentir nada? No te di tiempo suficiente.

—No pasa nada, Ty...

—¿Cómo que no pasa nada? Cariño, lo siento muchísimo —susurró, besándola en los labios con ternura—. Lo siento, Erin, no sé cómo... ¡No se cómo hacerlo! —exclamó y escondió el rostro en su cabello.

Un momento después, se levantó y tomó un cigarrillo, lo encendió y, acercándose a la ventana, se quedó de pie en silencio mirando por entre las cortinas.

—Ty...

—He estado con muy pocas mujeres, Erin —confesó él—. Era sólo sexo, nada más. Sólo una necesidad que quería satisfacer, así que nunca aprendí a suscitar ese mismo placer en mi pareja. Creí que aprendería con el tiempo, pero no es así.

Erin se entristeció por él. Con lo orgulloso que era, esa confesión debía de haberle costado mucho; así que ella se puso de pie y se le acercó.

—No sé cómo explicarlo —comenzó, sin atreverse a mirarlo a los ojos—, pero creo que la experiencia no es tan importante, si dos personas sienten... sienten la necesidad de complacerse

mutuamente. Me alegro de que no te preocuparas por las demás mujeres, porque es como si yo fuera la primera mujer para ti.

—Eres la primera... en todos los sentidos importantes.

—Entonces, tal vez...

—¿Puedes enseñarme? Haré todo lo que quieras, todo lo que sea necesario para que puedas sentir placer —prometió él, acariciándola—. Yo no disfruto si sé que tú no estás disfrutando conmigo.

—No puedo estar mirándote y enseñarte —dijo ella con timidez.

—No tendrás que hacerlo —respondió él, apagando el cigarrillo y levantándola sin dificultad en sus brazos—. Esta vez me controlaré. ¿Qué quieres que haga?

Erin arqueó la espalda, sintiendo la magia que despertaba su ardiente mirada.

—Tú ya lo sabes.

—Sí, creo que sí —asintió él, inclinándose sobre su pezón erecto.

Ella gimió, tensando los músculos, mientras Ty la saboreaba. Le indicó dónde acariciarla, cómo darle placer con manos y boca. Cuando sus dedos alcanzaron la región más sensible, Erin tembló como una hoja al viento.

Sus gemidos enloquecían a Ty, pero se concentró en controlar la fiebre de su propio cuerpo mientras seguía besándola, acariciándola. Cuando al fin volvió a llegar a su boca, Erin lloraba.

El se colocó de nuevo sobre ella, lentamente en esta ocasión, y la sintió arquearse bajo su peso mientras lo abrazaba por las caderas.

—Dulce... —musitó Ty, perdido en aquella imagen.

Erin tenía los ojos entornados y los labios entreabiertos, hasta que de pronto abrió los ojos de par en par.

—Ssh... cariño, no tengas miedo —dijo él, acariciándola también con la voz— Vamos, cariño, déjame hacerlo. Así, así... No te muevas ahora. Déjame entrar. Déjame tenerte.

Ella gritó y abrió desmesuradamente los ojos, aferrándose a los barrotes de la cama, retorciéndose bajo su cuerpo, gimiendo, hasta que el placer comenzó a crecer dentro de ella.

De pronto, sintió la necesidad de juntar sus caderas a las de él con todas sus fuerzas, mientras todos sus músculos temblaban incontrolablemente y las mejillas se le empapaban de lágrimas.

—¡Abre los ojos, Erin! —gimió él, y Erin obedeció, pero sólo

pudo ver sus facciones un instante, porque se sintió lanzada a un universo distinto, brillante, colorido...

Después, llegó la calma.

Pasaron siglos antes que Ty recuperara la consciencia de su propio cuerpo, del sudor, del temblor de sus brazos y piernas y de los sollozos de Erin.

—¡Oh, Dios mío! ¿Te he hecho daño? Erin, ¿te he hecho daño?

—No —negó ella con voz casi inaudible y se abrazó a él—. ¡Oh, Ty, nunca había soñado... yo... ha sido estremecedor!

—¿Qué?

—Fue como si me volviera loca. No sabía ni lo que hacía ni lo que decía. Empecé a temblar y no podía controlarme, y entonces... entonces fue como una explosión y sentí como si fuera a morirme de placer.

—La pequeña muerte. Así es como lo llaman los franceses. Yo también lo he sentido, y ha sido la primera vez en mi vida.

—Es un buen nombre. Podría uno morirse de verdad. Ven, vuelve a tumbarte sobre mí. Quiero sentir tu peso.

—¿Así? —preguntó él, tembloroso—. ¿Y si te aplasto?

—No me importaría —respondió ella acariciándole la espalda. Cuando llegó a sus caderas, tuvo que estrecharlo contra ella y empezar a moverse debajo de él—. Ty, lo siento. No puedo evitarlo.

—Yo estoy tan ardiente como tú —confesó él— Ven —dijo y le separó los muslos para volver a poseerla—. No cierres los ojos. Esta vez, quiero verte.

—¿Ya? ¿Tan pronto?

—A este paso saldremos en el libro de los récords... ¡Oh, Dios! —volvió a gemir.

—Yo también quiero verte —gimió ella.

—Sí...

Su respiración se hacía más entrecortada mientras sus cuerpos se movían al unísono, en un ritmo rápido, fuerte y devastador.

—¡Ty... Ty!

—¡Siéntelo! —gritó él—. ¡Siéntelo! ¡Quiero verte! Quiero ver cómo te deshaces debajo de mí...

Erin comenzó a temblar violentamente y sus pupilas dilatadas por el deseo cubrían casi por completo el verde de su iris, hasta que lanzó un grito que él imitó apretando después los dientes y

tensando hasta el último músculo de su cuerpo. Erin se colgó de él con todas sus fuerzas, mientras el mundo se tambaleaba como un ebrio a su alrededor.

—Un día de estos vamos a matamos con este ritmo —susurró él cuando por fin fue capaz de articular palabra.

—No me importa —dijo ella, jugueteando con el vello del pecho masculino, Estás empapado.

—Tú también. Dios mío, no puedo creer lo que he llegado a sentir.

—Yo tampoco —respondió Erin, incorporándose en la cama para mirarlo por fin con tranquilidad.

Ty abrió los ojos y sonrió al ver su expresión.

—¿Algún comentario?

Erin negó con la cabeza sin dejar de sonreír.

—Creo que me he roto la espalda —comentó él—. ¡Erin! —exclamó, incorporándose—. ¡Tu cadera!

—Está bien. Sólo me arde un poco. Además, el médico me recomendó hacer ejercicio.

—No sé yo si esta es la clase de ejercicio a la que se refería. ¿Crees que —deberíamos preguntarle?

Con las mejillas arreboladas, Erin le dio un golpe en el centro del pecho, lo que desencadenó una tremenda batalla, que por supuesto ella perdió, deleitada por aquella nueva intimidad.

—Lo recordaré todo la próxima vez —prometió él, recorriendo sus cejas con la yema de los dedos—. No tendrás que volver a enseñarme.

—Eres increíble —comentó ella, aún más ruborizada.

—Tú también. ¿Qué te parece si ahora nos vamos de compras?

—Siempre que pueda apoyarme en mi muleta... Estoy demasiado débil para caminar —añadió ella, sonriendo.

—Entonces, vamos —dijo él, levantándola de la cama en brazos.

—Dime Ty, lo de venir al hotel, ¿fue un impulso o lo tenías planeado?

—Un impulso. No podía soportar más noches como las pasadas. Ducharse con agua fría en pleno invierno no es muy saludable. Además, tenía la impresión de que tú estabas tan inquieta como yo. Hemos tenido demasiados problemas y muy poca intimidad, así que pensé que sería una buena idea intentarlo.

Erin se acercó y lo besó suavemente en los labios.

—¿Puedo dormir contigo a partir de ahora?

—Creo que será lo mejor —contestó él, riendo—. Hace mucho frío por la noche como para andar de una habitación a otra. Y ahora vamos a vestirnos. Tengo trabajo—quehacer con los libros en el rancho cuando terminemos las compras.

—¡Eres un aguafiestas!

—Cuanto antes termine con esos libros, antes podremos irnos a la cama —señaló él mientras se ponía los vaqueros.

—¿Y puede saberse entonces por qué andas perdiendo el tiempo? ¡Date prisa!

Ty se echó a reír, mirándola. Por primera vez el futuro parecía prometedor.

9

Erin iba caminando como en una nube de algodón tomada del brazo de Ty mientras recorrían las tiendas. El la sujetaba posesivamente, como si tuviera miedo de perderla, y ella se apretaba contra él, inmersa en la novedad de saberse poseída.

Ty necesitaba un reloj nuevo, así que se detuvieron frente al escaparate de una joyería. Una vez que lo eligió, el dependiente lo convenció de que se probara una preciosa sortija con un diamante, y aunque Ty no pareció entusiasmarse demasiado, a Erin se le ocurrió una gran idea. No sabía qué comprarle como regalo de Navidad, y no estaba segura de que le gustara o aceptara usar un anillo de boda. Tenía ahorrados unos cientos de dólares, y ya que conocía su medida, le obsequiaría una alianza con brillantes que lo había visto mirar con el rabillo del ojo. Cuando el joyero llamó a Ty para ajustarle la pulsera del reloj, Erin se acercó al dependiente y le indicó lo que quería. El joven, tras mirar a Ty, respondió con un leve movimiento afirmativo de cabeza y una sonrisa de aprobación. Erin rellenó con rapidez un cheque y le pidió al empleado que pusiera la sortija en un bote de líquido limpiador de joyas.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Ty—. Yo ya estoy listo.

—Necesitaba un limpiametales —dijo ella— Ya está. Gracias —dijo, dirigiéndose al dependiente.

—Ha sido un placer, señora.

—¿Qué joyas necesitas limpiar? Lo único que llevas es el anillo de boda.

—¡Y eso cuando no lo extravío! Esta mañana creí que lo había perdido. Lo dejé sobre el lavabo y cuando fui a recogerlo, había desaparecido. Sin embargo, cuando volví a mirar, allí estaba. Debo de estar volviéndome loca.

—No creo que sea para tanto. Tal vez no buscaste bien.

Erin se encogió de hombros.

—Debe ser.

Después de la joyería, continuaron con las compras. Mientras iban de una boutique a otra, Ty sonreía porque Erin miraba antes los precios, que la prenda en sí.

—Por amor de Dios, Erin, ya sabes que no es necesario que hagas eso —le indicó—. No tienes por qué mirar los precios. La mitad de Staghorn es tuyo, y además, en esta tienda en concreto, tengo una línea de crédito. Puedes llevarte lo que quieras.

Ella sonrió. Sabía que él no iba a molestarse porque ella se comprara un vestido o dos, incluso tres si llegaba el caso, pero para ella era importante mantener su independencia. Además, aún no se sentía con derecho a utilizar su herencia. Estaba segura de que Bruce le había dejado su mitad de Staghorn simplemente por herir a Ty, y le resultaba imposible utilizar aquel dinero sin que su conciencia se inquietara. Por otro lado, Ty no sabía que al comprar la sortija para él, ella se había quedado sin un céntimo.

—La verdad es que no he visto nada que me guste. De todas formas, me encanta mirar escaparates.

—Erin, no tienes demasiada ropa —señaló él con suavidad.

—Pero si no salgo del rancho, Ty. No la necesito; además, la ropa es algo que ya no me importa.

El pareció tener intención de decir algo, pero al final se encogió de hombros y guardó silencio.

La última parada que Erin quiso hacer fue en una tienda de artículos navideños.

—Tenemos que comprar un árbol, Ty. Sin árbol no hay Navidad.

El la estudió un momento antes de contestar.

—Conchita suele poner un nacimiento...

—Yo quiero un árbol... —insistió ella.

—Vas a terminar destrozada —murmuró él, viéndola apoyarse en la muleta—. No tiene que ser hoy, ¿o sí?

—Quiero un árbol, Ty.

El estacionó el coche frente a una tiendecita al aire libre.

—Mujeres... —masculló cuando bajaba del coche.

—Hombres... —replicó ella, sonriente.

El árbol que escogió fue un precioso pino con raíces bien

encaladas para poder plantarlo después.

—¡No fastidies, Erin! ¿Voy a tener que ponerlo en un tiesto y plantar lo después de Navidad?

—No puedo matar un árbol a sangre fría.

—¿Que no puedes qué?

—No puedo matar un árbol a sangre fría sólo para que decore la casa unos cuantos días. No es justo.

—Esto tampoco lo es —replicó él, mirando al hombre que le tomaba sonriente el dinero.

—Si no me permites poner el árbol, meteré uno de tus pura sangre en el salón y lo adornaré con bolas de colores —lo amenazó ella.

Ty miró primero al árbol, luego a ella y después al vendedor.

—Anda, vámonos —dijo, levantando el árbol.

—Además, no tendrás que ayudarme a decorarlo —informó Erin, un vez que estuvieron acomodados en el coche y con el árbol en el portaequipajes.

—Qué bueno.

—Te acostumbrarás.

Ty la miró y sonrió, y Erin apoyó la cabeza en su hombro.

—Así está mejor —dijo él, arrullándola.

Erin disfrutó durante el viaje como no lo había hecho en toda su vida.

Se detuvieron frente a la casa, pero antes de que bajara del coche, Ty la besó en los labios de una forma completamente distinta a como lo había hecho antes. Fue más tierno; quizá más que un beso, fue una caricia.

—Creo que te pondremos a ti en la parte más alta del árbol —susurró él—. Eres más bonita que cualquier ángel.

Erin sonrió y le devolvió el beso.

—Voy a buscar un tiesto para el árbol —dijo al salir.

—Que lo haga Red. Tú tienes que dejar descansar esa pierna antes que te la rompas. Ya has caminado mucho por hoy.

—Sí, señor —murmuró ella.

—¿Y con qué lo vas a decorar?

—¡Es cierto! Se me ha olvidado. Puede que a Conchita se le ocurra algo.

Mientras Erin entraba en la casa, Ty fue en busca de Red, le

indicó lo que quería que hiciera con el árbol y le metió un billete de veinte dólares en el bolsillo para que fuera a comprar adornos.

Red lo miró atónito.

—¿Que compre qué?

—Adornos. Para el árbol de Navidad.

—¿Árbol de Navidad?

—¿Acaso te tragaste un loro? Ella quiere un árbol y desea decorarlo, He comprado el árbol, pero no tengo adornos, así que ve y trae algo que ponerle.

Red lanzó un silbido y se bajó el sombrero a la altura de los ojos.

—Y luego hablan de terremotos... —murmuró.

—Tú sí que vas a saber lo que es un terremoto si no te largas ahora mismo.

—Sí, señor.

—¿Que el señor va a poner un árbol? ¿Dentro de la casa?

—Un árbol de Navidad — le explicaba Erin a Conchita—. Para adornarlo.

—Esto es increíble —murmuró Conchita—. Jamás había querido un árbol, ni adornos ni nada. Decía que la Navidad era para el resto de la gente, y ahora va y compra un árbol. Le digo que este no es el mismo hombre para el que llevo muchos años trabajando. Ahora se ríe, elogia mis desayunos... ¡Un milagro! —exclamó, alzando las manos. Luego desapareció para contarle la noticia a su esposo y Erin se quedó de pie, inmóvil y sorprendida, en medio del vestíbulo.

—Creí que te había dicho que te sentaras —comentó Ty desde la puerta.

—Es que...

Ty la alzó en brazos como quien levanta una pluma y la llevó hasta el salón, donde el fuego crepitaba en la chimenea.

—No puedo permitir que te hagas daño en la cadera. Tengo otros planes para ella.

—¿Ah, sí?

El se acomodó en un sillón junto a la chimenea, envolviendo a Erin con sus brazos.

—Conchita me contó que no solías poner árbol de Navidad — comentó ella.

—Desde que mi padre murió no hemos vuelto a ponerlo. Me deprimía.

—¿Le gustaba la Navidad a tu padre?

Ty se apoyó en el respaldo del sofá y Erin apoyó la cabeza en su hombro.

—Mucho —contestó, sonriendo al recordar— Era como un niño grande. Un año antes que muriera, le regalé un tren eléctrico, y se pasaba horas jugando con él. Una vez me contó que cuando él era pequeño, su familia era tan pobre que el regalo de Navidad consistía en frutas y nueces; nunca tuvo un juguete comprado.

—Pobre hombre —susurró ella—. Supongo que al menos fue un niño querido por sus padres.

—No lo creo. Tuvieron que casarse porque mi abuela había quedado embarazada. Nunca le perdonaron que hubieran tenido que casarse a causa de él.

Erin recordó de pronto el niño que había perdido, y parte de su alegría se esfumó.

—No mires atrás —dijo Ty, acariciándole el cuello, como si le adivinara el pensamiento— No podemos cambiar el pasado.

—Supongo que no —convino ella suspirando.

—Mandé a Red a la ciudad para que compre adornos para el árbol.

—¡Oh, Ty! ¡Qué bien!

—Me pareció que sería una vergüenza poner un árbol desnudo en medio de la casa. La gente lo miraría sin comprender.

—Es cierto —y acurrucándose más contra él, preguntó—: ¿Crees que podríamos olvidarnos de mis ejercicios por hoy?

—No —negó él y la besó.

—Pero, Tyson, si he estado caminando todo el día.

—Eso está muy bien, pero no es lo que te indicó el médico, y tú quieres volver a caminar como se debe, ¿verdad?

—Sí —admitió ella con una mueca—. Está bien. Ya voy.

—¡Esa sí que es mi chica!

Y lo curioso del caso es que ella de verdad se sentía su chica. Las cosas más simples estaban ahora impregnadas de una nueva ternura. Aquella misma noche, durante la cena, él le retiró la silla para que se sentara, le añadió azúcar a su café, y luego la observó con atención y una expresión realmente curiosa. Ella se sintió protegida como nunca se había sentido en su vida.

—¿Viene tu madre alguna vez a verte? —preguntó él mientras

tomaban la segunda taza de café.

—Nunca hemos estado unidas, ya sabes —contestó ella.

—¿Por qué no me habló Bruce del accidente?

Erin dudó un instante. La respuesta iba a hacerle daño, lo sabía.

—¿Por qué? —insistió él.

—Ty, no es que Bruce —fuera deliberadamente cruel —explicó ella eligiendo cuidadosamente las palabras y acariciándole la mano — Era muy posesivo... estaba obsesionado conmigo. Ojalá me hubiera yo dado cuenta antes, pero no fue así. Quizá tuvo miedo de decírtelo, o simplemente pensó que no te importaría.

—Sabía que me importaba. Cuando me dijo lo que opinabas de mí como amante, me embriagué durante dos días, y José se lo contó.

—Oh, Ty...

—No me ocurrió nada —dijo él, con expresión más dura que nunca—. Pero estuve odiándote varios días. Si me hubiera hablado del accidente,~ entonces yo... —se le quedó mirando, su rostro, sus ojos color esmeralda y su cabello negro como el azabache, y la ira desapareció—. ¡Demonios! ¿A quién creo que voy a engañar? Habría llegado al hospital tan rápido,, como una bala. Habría atravesado el mismo infierno si hubiera sabido que estabas enferma y necesitabas a alguien.

Y así habría sido, pensó Erin, pero lo que no había añadido Ty era que habría hecho lo mismo por cualquier otra persona. Ella sabía lo generoso que era. Conchita le había contado de las buenas obras que él hacía desinteresadamente.

—Me dijeron que cuando entré en el hospital, te llamaba en sueños. Era demasiado tarde para salvar al niño, pero me sentía tan vacía, tan sola y tan asustada...

Ty apretó los puños y se levantó de la mesa.

—Será mejor que me ponga a trabajar con los papeles —dijo en un tono de voz áspero y dolorido.

¡Pudo haberse mordido la lengua!, pensó Erin. Lo único que había conseguido era erigir más barreras entre ellos.

—Ty...

—Y será mejor que tú empieces a adornar el maldito árbol — indicó él, sin mirarla—. Puedes hacer los ejercicios más tarde.

Erin lanzó la servilleta sobre la mesa y se puso de pie.

—No estaba intentando herirte—dijo—Tomas todo lo que digo al pie de la letra.

—¿Ah, sí? ¿Y crees que lo hago sin razón? No me has perdonado por lo que ocurrió. En tu interior me culpas por tu estado y por haber perdido al niño, y quizá yo mismo también me culpe. Bruce hizo mal, pero yo le creí, y tú también. Tal vez ninguno de los dos quiera dar el paso de confiar en el otro. Yo no tengo más práctica que tú en confiar en la gente, as que quizá sea mejor retroceder y analizar tranquilamente todo esto ante de comprometernos más.

La cabeza le daba vueltas a Erin. Nunca lo había oído lanzar un discurso tan largo y no conseguía comprender su significado. ¿Estaba diciéndole que no quería ningún compromiso con ella? ¿Pretendía sólo esperar a que se pusiera bien y facilitarle las cosas para que pudiera marcharse y dejarlo sin sentir remordimientos?

Ella quiso interrogarlo, pero Ty se alejaba encendiendo otro de sus malditos cigarrillos, y ella se quedó mirándolo sin hablar. Después volvió a levantarse y se fue al salón. Todo el optimismo y la magia del día acababan de desvanecerse.

Erin estaba cansada, y le costó mucho esfuerzo mantenerse de pie para decorar el árbol. Conchita le estaba ayudando, hablando animadamente sobre otras Navidades cuando el padre de Ty vivía, y relatándole con todo detalle las fiestas que habían dado en la casa.

—Ya no hemos vuelto a tener fiestas desde entonces —suspiró —. Al señor Ty no le gusta la gente.

—Especialmente la del sexo femenino —murmuró Erin, mirando distraída lo que tenía en las manos.

—Sí, eso es cierto. Creo que es por su físico. Me parece que piensa que ninguna mujer podría sentirse atraída por él porque no es lo que se dice un modelo publicitario—. Conchita movió la cabeza y sonrió—. Es una lástima, porque no es el aspecto de un hombre lo que atrae a una mujer, sino lo que es. El señor Ty es muy hombre... ya sabe, como mi José. Será siempre el hombre de la casa, y así es como debe ser.

Erin pudo haber dicho algo al respecto, pero prefirió guardar silencio. Ya tenía bastantes problemas.

Ty no dijo ni una palabra sobre el árbol cuando entró en el salón un rato después. Erin estaba haciendo sus ejercicios, y él se sentó junto a ella unos minutos para ayudarla, pero no estaba

concentrado en ello.

—¿Voy a poder dormir contigo esta noche, o sigo confinada en la caseta del perro? —preguntó ella al fin.

Ty se limitó a mirarla como si no pudiera dar crédito a sus oídos. Y la verdad es que así era. Hubiera jurado que ella no iba a querer saber nada de él, y ahora Erin le hacía proposiciones. El estuvo reflexionando hasta que llegó a la conclusión de que las mujeres sentían las mismas necesidades que los hombres, sobre todo después de conocer la satisfacción, así que ella podía desearlo físicamente sin sentir nada por él, lo que suponía un duro golpe, porque él se había dado cuenta de que la parte física no era precisamente lo que necesitaba. En algún momento habían despertado en él otros anhelos, necesidades emocionales.

—¿Quieres dormir conmigo? Ahora que lo has probado, no puedes vivir sin ello, ¿no? ¿Es eso?

Fue como una bofetada en plena cara. Erin no podía adivinar la inseguridad o desilusión de él.

—Creo que mejor enchufaré la manta eléctrica —dijo después de un minuto—. Puedo vivir sin sexo, gracias.

Ty iba a decir algo, pero cambió de opinión y, de dos zancadas, salió de la habitación, dejándola con los ojos llenos de lágrimas. Ella no podía soportar aquel cambio sólo porque había intentado decirle que lo quería. Y lo quería de verdad, quizá desde siempre. Al principio, se había tratado sólo de atraer su atención, pero después, en algún momento, había surgido algo más fuerte. Durante todos aquellos meses de tormento físico y angustia mental, su recuerdo la había mantenido viva. Muchas veces quiso llamarle, contárselo todo. Pero Bruce se las arregló para convencerla de que su hermano la despreciaba, de que no quería saber nada de ella, especialmente estando inválida, y ella se encerró en su caparazón y se empeñó en odiar a Ty por lo que le había ocurrido. Pero era un odio ficticio, porque bastó con verlo una vez para sentir deseos de abrirle su corazón y estar con él, cerca de él. Pero ahora, al intentar decirle que lo quería, sólo había conseguido alejarlo, y la posibilidad de que las viejas heridas cicatrizaran parecía más lejana que nunca.

Según pasaban los días, las cosas iban de mal en peor. Ty la ignoraba por completo, pero sus hombres no tenían esa misma suerte; estaba de un humor endemoniado y hasta José y Conchita

estaban empezando a sufrir sus consecuencias: que si la comida no sabía bien, que si el café no era lo bastante fuerte, que si el coche no estaba bien limpio o las escaleras se hallaban llenas de polvo. Y cuando no se quejaba, se encerraba en su estudio con los libros. No había vuelto a tocar a su esposa desde que fueron a San Antonio, y ella se sentía abandonada.

Unos días antes de Navidad, Erin comenzó a reparar en el gran cambio que había experimentado desde su llegada a Staghorn. Había seguido haciendo los ejercicios religiosamente, a pesar de que Ty ya no se ocupaba de ella, y había comenzado a caminar sin apoyarse en la muleta. Su rostro había recuperado su brillo y había subido un poco de peso. Cada vez se parecía más a la modelo que Bruce había llevado una vez al rancho, y cuanto mejor estaba, más huraño se volvía su esposo.

El estaba volviendo a verla tal y como era: una princesa que podía tener al hombre que quisiera en cualquier momento. En cuanto estuviera recuperada del todo, se marcharía de Staghorn, volvería a su antigua vida y él se quedaría solo. ¡Maldita sea! Era algo que sabía desde el principio, ¿no? Era él quien se había propuesto conseguir que volviera a caminar para compensarla por el dolor que le había causado. Pero ya no podía soportar estar cerca de ella. Su corazón era demasiado vulnerable. Si no se andaba con cuidado, lo perdería cuando Erin se marchara a Nueva York. Hacía enormes esfuerzos por no preocuparse por ella, pero estaba llegando al límite de su resistencia. Aquel día en San Antonio, cuando dio rienda suelta a sus emociones, no fue más que un perrito faldero en lugar de un hombre, danzando a su alrededor. Ésa debilidad le resultaba insoportable, y la voz de su padre resonaba en su subconsciente sermoneándolo, diciéndole que ninguna mujer debía ser capaz de ponerlo en aquella situación.

Por fin, una mañana decidió que había llegado el momento de atacar, de enfrentarse a Erin y a sí mismo. Cuando llegó al salón, donde sabía que ella estaría haciendo sus ejercicios, se detuvo en la puerta para mirarla.

Erin se levantó casi sin dificultad y se echó el cabello hacia atrás.

—¿Querías algo? —preguntó como dirigiéndose a un extraño.

Ty se llevó el cigarrillo a los labios y la miró como en los

primeros días: con una sonrisa despectiva que le puso los vellos de punta.

—No está mal —dijo—. Estás recuperando tu figura.

—No te burles de mí —respondió ella, intentando mantener la voz serena—. No puedo mejorar mi aspecto.

—En eso estamos iguales.

Erin se apoyó en el sillón y lo miró con fijeza. Estaba un poco más delgado y tenía varias arrugas más en la cara.

—¿Ocurre algo? —preguntó, sorprendiéndolo—. Y no me refiero a entre nosotros dos.

—¿Por qué? ¿Es que lo parece? —inquirió él, envuelto en una nube de, humo.

—Pareces preocupado.

—Tengo algunos problemas financieros —reveló él tras una breve pausa—. ¿O debería decir tenemos, señora Wade?

—¿Es grave?

—Lo suficiente. Invertí una fuerte cantidad de dinero en compra grano para alimentar a los animales durante el invierno. El silo era de un corporación que ha quebrado. El grano fue confiscado y eso me obligó vender parte del ganado cuando el precio del mercado estaba bastante bajo. En los negocios, como en el dominó, una pérdida causa otra. Tal vez salgamos, tal vez no. Va a ser necesario darle muchas vueltas al asunto. Podemos llegar a perder la mitad de lo que tenemos.

—Bueno, la mitad no es tan terrible, teniendo en cuenta el tamaño d Staghorn, ¿no?

—¿Podrías tú vivir con medio cuerpo?

—¿No es eso lo que he estado haciendo?

Y como si aquellas palabras hubieran sido una especie de conjuro, Ty dio media vuelta y desapareció. ¡Si al menos fuese capaz una sola vez de quedarse y discutir las cosas!

Erin no creía haber tenido jamás una Navidad tan triste. Había disimulado el tamaño de su regalo envolviéndolo en un montón de cajas para ponerlo bajo el árbol, pero no podía dejar de preocuparse por cuál sería la reacción de Ty al abrirlo. Su matrimonio estaba casi destrozado, y ella le había comprado un anillo de boda muy caro. Había pensado en devolver lo, pero su corazón se lo impidió. Mientras hubiese la más mínima oportunidad de que un día él

llegara a preocuparse por ella, no podía rendirse.

El día de Navidad se levantó temprano. Cuando llegó al comedor, Ty ya se hallaba sentado a la mesa, muy elegante con sus pantalones nuevo y una camisa a rayas. Estaba perfectamente peinado y recién afeitado y Erin sabía que lo había hecho por ella, pero no podía darle las gracias. La tensión entre ellos seguía siendo muy fuerte, y sólo con estar en su presencia se sentía muy incómoda.

—Feliz Navidad —dijo muy educadamente.

—Feliz Navidad —contestó él, levantándose de su silla e indicándole que se sentara frente a él. Se dio cuenta de que caminaba ya sin la muleta y casi sin cojear. El vestido que se había puesto era del mismo color que sus ojos. Llevaba el cabello suelto, que enmarcaba su rostro suavemente maquillado.

—Preciosa —murmuró, y cuando ella lo miro. sorprendida, añadió—. Me refiero a la decoración del árbol.

Erin se volvió a mirar el árbol y vio al pie de éste un paquete nuevo junto a los que ya sabía que eran de José y Conchita.

—¿Compraste algo para mí? —preguntó, mirándolo.

—Bueno, sí...

—Yo también compré algo para ti.

Las dos cajas eran muy grandes y Erin se preguntó si él habría hecho lo mismo que ella. Demasiada coincidencia, pensó.

Se sirvió una taza de café del precioso servicio de plata que Conchita había dispuesto en la mesa, tomó un panecillo y se acomodó en un sillón.

—Ya caminas mucho mejor —comentó su esposo, apoyándose en el respaldo de su silla con una taza de café en la mano.

—He estado trabajando duro.

—Un gran cambio, comparado con tus primeros días en el rancho.

—Sí. Un buen cambio.

—¿Quieres abrir los regalos? —preguntó él, luego de tomar un sorbo de su taza.

—Muy bien —Erin se acercó al árbol, tambaleándose un poco al arrodillarse, mientras Ty llamaba a José y Conchita.

El matrimonio entró muy sonriente en la habitación, tomaron sus regalos y entregaron los suyos. Erin encontró en su caja un chal

precioso que Conchita había tejido a mano, y Ty una corbata. El ama de llaves descubrió unos pañuelos bordados de Ty y una pequeña cajita de plata de Erin, y José una corbata y una cartera.

—Muchas gracias —dijo Conchita, sonriente—. ¿Les importa que vayamos ahora a casa de mi hermana hasta la hora del almuerzo?

—Claro que no —contestó Ty.

—Volveremos pronto. Gracias por todo esto —dijeron, y cerraron la puerta al salir.

Erin y Ty volvieron a quedarse solos, completamente solos por primera vez desde el día que compraron el árbol.

10

Erin se terminó su taza de café con cierto nerviosismo. Ojalá pudiera volver a los primeros días de su estancia en Staghorn y recuperar aquella magia, deseó. Ahora parecía haber una barrera infranqueable entre ellos que mantenía a Ty siempre a la defensiva, quizá por su propio sentimiento de culpabilidad. Una barrera que ella era incapaz de sortear.

Ty fumaba constantemente, así que también debía de estar nervioso.

—Será mejor que terminemos con esto —dijo, acercándose al árbol para recoger los regalos.

Erin, sentada en el sofá con el suyo al lado, se sentía realmente incómoda. ¿Qué pensaría él cuando viera la sortija? ¿Se enfadaría? ¿Se sorprendería?

Ty fue abriendo las sucesivas cajas hasta que sacó la última y la abrió. Erin deseó que se la tragara la tierra cuando vio su expresión.

—Lo siento —se apresuró a disculparse, acercándose a él— Ha sido una estupidez. No quería que...

—Toma —la interrumpió él, tomándola por la muñeca— Pónmelo —pidió con un extraño tono de voz.

Erin sacó la joya de la cajita con manos temblorosas y se la puso a su esposo en el dedo. El tamaño era perfecto. Entonces Ty la miró a los ojos sin parpadear.

—¿No te importa? —balbuceó ella.

El le tomó el rostro entre las manos y la besó en los labios con una ternura maravillosa.

Las lágrimas le brillaron en los ojos a Erin al sentir aquel roce. Hacía tanto tiempo que él no la tocaba ni la besaba, que sintió deseos de rodearlo con sus brazos y no dejarlo apartarse, pero era

demasiado pronto. Había numerosos equívocos entre ellos y un gran dolor. No estaba segura de él, de que no estuviese intentando encontrar una forma nueva de atormentarla, así que se apartó con suavidad.

Ty presintió sus dudas. Ahora era ella quien se parapetaba tras un muro, y por culpa de su propio mal genio, le iba a resultar muy difícil evitarlo.

—Gracias—dijo. Hubiera querido añadir que esa sortija iría con él hasta el día de su muerte, pero no se atrevió.

—De nada. La compré el día que fuimos a San Antonio.

Ty recordaba ese día demasiado bien; no había podido quitárselo de la cabeza.

—¿Y con qué lo compraste? —preguntó de pronto—. No me has permitido darte ningún dinero.

Erin se movió inquieta.

—Yo... tenía un poco de dinero ahorrado.

Ty volvió a mirar el anillo. Diamantes, diamantes genuinos engastados en oro.

—Debió de costar mucho —murmuró.

Erin parecía cada vez más incómoda.

El suspiró mientras ella abría su regalo. Era bastante menos caro que el de ella. No se había atrevido a regalarle un anillo, así que lo devolvió y en su lugar escogió una esmeralda; era una piedra muy pequeña rodeada de varios brillantes que colgaba de una cadena de oro. La joya le había recordado a su esposa: brillante, delicada y preciosa.

—Hubiera querido comprarte otra cosa —se disculpó.

—Me gustará.

El había utilizado el mismo camuflaje que ella, así que cuando por fin llegó a la última caja, Erin se quedó casi sin aliento.

—¡Oh, Ty! ¡Es preciosa! —exclamó—. ¡Es una maravilla!

La sacó del estuche con cuidado y la acarició suavemente, con los ojos brillándole de alegría, y Ty se sintió aliviado por no haberle comprado algo más caro. Parecía complacida de verdad.

—Gracias —dijo ella, poniéndose al cuello la delicada cadena. Su rostro era tan hermoso cuando sonreía, que él estuvo a punto de tomarla en sus brazos para rodar con ella por la alfombra.

Erin captó el deseo en sus ojos y, tímidamente, se acercó a él

para besarlo en los labios.

—Muchas gracias —susurró.

Ty intentó disimular lo vulnerable que era ante ella. Antes ella lo había rechazado y eso le dolió, así que no quería arriesgarse una segunda vez. Erin estaba preciosa, pero bajo sus ojos había unas sombras oscuras, una tristeza de la que él se sentía responsable, aparte de muchas cosas más. Ella quizá lo perdonara algún día, pero él no podría absolverse jamás. El daño que le había causado fue producto de su dolor, pero no podía decírselo. Era demasiado orgulloso.

—Me alegro de que te guste —dijo al fin, levantándose para caminar por la habitación.

—¿Ha mejorado la situación financiera? —preguntó Erin tras una breve pausa.

Ty se encogió de hombros mientras encendía un cigarrillo.

—Casi nada.

Erin se mordió el labio pensativa. Estaba haciendo muchos progresos con la pierna, y dentro de poco caminaría sin dificultad. Las cicatrices de la cara también se iban esfumando, y disponía del talento y los contactos para volver a trabajar como modelo. Quizá pudiera hacer el suficiente dinero para ayudarle.

—He estado pensando... que cada día mejora mi cadera. En poco tiempo puedo estar lo bastante bien para volver a Nueva York y ponerme a trabajar con mi agencia.

Ty se quedó paralizado. El momento temido por fin había llegado. Erin comenzaba a echar de menos su vida pasada y quería marcharse. Necesitaba... ¿cómo lo había dicho ella?... la luz y el movimiento, y quizás un hombre no tan arisco como él. Ty rió amargamente para sí. Al menos no se había hecho ilusiones de los sentimientos de ella hacia él. El que lo deseara físicamente no quería decir nada.

—Si eso es lo que quieres, adelante —dijo con voz neutra—. Al fin y al cabo, puede que sea una buena idea.

Erin había esperado aquella respuesta, pero aun así, no pudo evitar la sensación de que todo se iba a pique.

—Aún no puedo marcharme. Necesitaré más tiempo.

—Espera hasta la primavera si quieres —sugirió él intentando parecer indiferente, pero sus ojos lo traicionaban.

—No necesitaré tanto. Sólo unas semanas más.

—Como quieras.

Ty se llevó de nuevo el cigarrillo a los labios y contempló la sortija de su dedo. Le encantaba la sensación que le producía, su simbolismo. Al menos en el momento de comprarlo ella debió de haber sentido cierta ternura hacia él, y ese recuerdo tendría que durarle toda la vida, todos los años que le quedasen sin ella y sin su amor. Erin le había dicho que se había sentido sola y vacía cuando perdió al niño. A él le dolía imaginarla en el hospital sin nadie que se ocupara de ella y se preguntó...

—Quisiste morir, ¿verdad? —habló con voz queda, mirándola con una intensidad casi inquisitiva.

—¿Qué? —preguntó ella parpadeando varias veces.

—Después del accidente. Quisiste morir.

¿Cómo lo había sabido? Ella no quería hablar de eso. Cada vez que tocaban ese tema las cosas empeoraban y Ty se volvía más distante, más inaccesible.

—Creí que mi vida había terminado, y supongo que hubo un momento en que no me importó vivir ni morir.

Ty la examinaba con cuidado. Había ganado peso, su cabello había recuperado su magnífico brillo y sus ojos habían vuelto a la vida.

—Supongo que cada vez que te acordabas de mí, se te revolvía el estómago.

—La verdad es que quise llamarte —confesó ella con las mejillas sonrosadas.

El se quedó boquiabierto, incapaz de moverse.

—¿Que quisiste qué?

—Quise llamarte. Estuve a punto de hacerlo —reveló ella, mirándolo con serenidad—. Pero Bruce me convenció de que no me serviría de nada y que tú ni siquiera querrías hablar conmigo.

—Sin embargo, tú sabes que habría ido.

Erin intentó sonreír.

—Me di cuenta de eso más tarde, pero de todas formas me alegro de saberlo. Fue terrible haberte odiado por las falsedades que Bruce me contó, pero ya ves, le creí.

—Supongo que tenías suficientes razones para no cuestionar lo que Bruce te contaba —observó él—. Actué con una crueldad

despiadada contigo.

Erin buscó su mirada. El tenía una opinión tan pobre de sí mismo... ¿cómo podría ella explicarle que le parecía el hombre más sexy sobre la faz de la tierra, y que se sentía tan tímida corno una chiquilla de colegio cada vez que estaba cerca de él?

—¿Por qué? —le preguntó—. ¿Sólo porque me deseabas?

—¿Qué otra razón podría haber habido? —replicó él, apartándose de ella.

Una vez, una sola vez había sido ella capaz de sacarlo de su armadura, de aturdirlo, y se preguntó qué ocurriría si se desabrochara el vestido ante él.

Ty se acercó a la puerta, pero antes de salir se detuvo.

—Hay un potrillo nacido en el establo —anunció sin volverse—. ¿Quieres venir a verlo?

Esa invitación inesperada le encantó.

—Sí, claro que me gustaría.

—Ponte el abrigo. Hace mucho frío hoy.

Erin lo siguió por el pasillo intentando no cojear. Se sentía orgullosa de sus progresos y quería mostrarle lo que había avanzado. Cuando Ty le tendió un abrigo, ella se echó a reír. Era enorme; debía de ser suyo.

—Me voy a perder ahí adentro —protestó.

—Me parece que no tienes abrigo de invierno —comentó él—. No encontré ninguno en tu armario hace unos días.

Erin sonrió.

—Antes tenía un abrigo de visón casi hasta los pies, pero lo vendí después de¡... después de que yo... ¡No Ty, por favor! No te vayas. El otro día me dijiste que el pasado era el pasado y que no podíamos cambiarlo, y así debe ser.

—Ojalá pudiéramos. Daría cualquier cosa por poder cambiarlo.

—Toma —dijo ella, devolviéndole el abrigo—. Ayúdame a ponérmelo. Intentaré no tropezar con él.

La risa de Ty resultó casi forzada.

—De acuerdo. Mete los brazos.

Hacía frío afuera, había un poco de niebla y el cielo estaba tan gris como los ojos de Ty.

Todo el personal tenía el día libre, y la mayoría de ellos habían salido del rancho a visitar a la familia para celebrar la Navidad.

Erin siguió a su esposo dentro del enorme y moderno establo, y esperó a que él cerrara la puerta. Después, avanzaron por un amplio corredor franqueado a ambos lados por casillas con el suelo cubierto de paja, de las cuales sólo unas cuantas estaban ocupadas.

—¿No tienes muchos caballos? —preguntó ella, curiosa.

—Tenemos —corrigió él— pocos. Pero aquí sólo traemos a las yeguas preñadas.

—¿Por el frío?

—Sí. Aquí es —dijo él, deteniéndose frente a una de las casillas —. Nació anoche.

Era un caballo árabe, completamente negro, con la cabeza pequeña de los pura sangre. Aún le temblaban las patitas, que parecían demasiado delgadas para sostenerlo mientras su madre, orgullosa, lo lamía y olisqueaba.

—La mayoría de las yeguas son muy buenas madres —comentó Ty, sonriendo al pequeño—. Dentro de un mes no lo conocerás, cuando pueda salir al cercado a galopar.

—Te encantan los animales, ¿verdad? —le preguntó su esposa, apoyada en la pared de la casilla.

—Es fácil quererlos —contestó él—. No pueden hacerte daño, salvo físicamente, y eso sólo ocurre si abusas de ellos.

—Al contrario de la gente.

—Eso lo aprendí cuando era pequeño. Los niños atacan al que sea diferente a ellos.

—¿Tan distinto eras?

—Pies grandes, orejas grandes, una cara que sólo una madre podría querer y mal genio. Ya te has dado cuenta.

—De lo que sí me he percatado es del mal genio.

—¿Cuándo? —preguntó él, esbozando una sonrisa—. Últimamente ni te acercas a mí.

—¿Y cómo quieres que lo haga si tú me evitas? Sólo te ha faltado pedirme que me marche.

—No puedo hacerlo. Eres propietaria de la mitad de Staghorn, y mi mujer.

—Sólo de nombre.

—Desde el día de San Antonio, no —replicó él, y el recuerdo le ardió en los ojos.

—Es cierto —contestó ella, interpretándolo mal deliberadamente

—. Desde entonces no. Ni una sola vez —añadió, mientras dejaba resbalar por sus brazos el abrigo ante la mirada atónita de él.

—¿Qué demonios haces? —preguntó Ty cuando Erin comenzó a desabrocharse el vestido.

—He ganado algo de peso, y creí que te gustaría comprobarlo por ti mismo.

Sin darse tiempo a pensar, ella zafó el último botón y el vestido resbaló suavemente hacia abajo. Como el tejido era grueso, ella no se había molestado en ponerse sostén, así que sus senos quedaron desnudos y firmes para mostrárselos a Ty sin reparos, mientras su corazón parecía un potro desbocado dentro del pecho.

—Erin ...

A ella le gustó la expresión arrebatada de él, sus pupilas dilatadas y su acelerada respiración, así que se le acercó para quitarle el abrigo ante su mirada sorprendida. Despacio, fue desabotonando la camisa hasta que el varonil pecho quedó al descubierto para que pudiera acariciarlo.

—Oh, Ty... —gimió, abrazándolo por la cintura.

—Dios... —musitó él, rodeándola por los hombros para sentir los pezones excitados contra su pecho—. Te arde la piel, Erin.

—A ti también —respondió ella, arqueando la espalda para poder mirarlo. Su rostro estaba encendido de sensualidad—. Te deseo.

—Sí, lo sé —contestó él con una voz que resultó casi irreconocible por lo áspera—. Yo te deseo tanto como tú a mí.

—¿Podemos... aquí?

—Creo que tendremos que poder —respondió él, tomándola en brazos y besándola.

—Por favor, ahora —susurró ella—. Por favor, Ty...

—Ssh... Sólo un minuto. Sólo un minuto más.

Se separó un poco de ella para quitarse el resto de la ropa. Al menos tenía un buen cuerpo, y le gustaba cómo lo miraba la chica con ojos hambrientos y perezosos.

Cuando volvió junto a ella, Erin lo abrazó para apretarse contra él.

—Todavía no —dijo él, acariciándola mientras ella gemía—. Todavía no. Quiero que esta vez me lo pidas. Quiero verte llorar.

—Por favor...

Sus bocas volvieron a unirse y Ty buscó nuevas formas de acariciarla, alargando los minutos de deliciosa ternura. Erin se sintió perdida en aquel insufrible placer.

Por fin Ty la tendió sobre la ropa y se colocó encima de ella, acariciando los senos firmes y los pezones erectos. Erin temblaba sin control, clavándole las uñas en las caderas.

—Despacio —susurró él con voz temblorosa, y cuando comenzó a entrar en ella, Erin se sacudió—. Despacio... —repitió, observando cómo las pupilas de ella se dilataban y cómo su cuerpo adquiría un ritmo suave y demoledor—. No cierres los ojos —le ordenó, tomándola por la nuca—. No cierres los ojos, cariño, que quiero verte. Así, fuerte, empuja, empuja... siéntelo. Siéntelo conmigo... vamos... Oh, Dios, Erin, me... me haces sentir... eres tan... dulce ¡Erin! ¡Erin!

Erin arqueó la espalda bajo su peso, sacudiéndose de placer, sintiéndolo, dejándose arrastrar por una especie de anhelo terrible e intenso que parecía consumirlo todo en su tempestad de sensaciones.

Ty le susurraba algo al oído mientras ella se estremecía bajo su cuerpo con las lágrimas humedeciéndole las mejillas.

—Eres tan dulce, Erin —murmuró él, lamiéndole las lágrimas con ternura—. Fue como si me lanzara al infinito.

—No sabía que pudiera ser así —gimoteó ella, abrazándolo con fuerza y mordiéndolo en el hombro y en el cuello, en una forma delicada y posesiva.

—Puede volver a ser así —dio él—. Puede ser... dentro de un momento.

Volvió a poseerla y Erin se dejó llevar de nuevo hacia ese universo maravilloso de fuegos artificiales, más despacio esta vez, hasta que se sintió vibrar como la cuerda de un arco después de disparar la flecha.

—Si no hubieras tomado precauciones —susurró él pasados unos minutos—, esta vez habríamos engendrado un hijo.

—Lo sé —asintió ella, abrazándolo con fuerza—. ¡Oh, Ty, nunca habíamos hecho el amor de esta manera!

—Ha sido hacer el amor, ¿verdad? No ha sido sexo. Erin, me vuelves loco.

—Y tú a mí, Ty. ¿Por qué seguimos castigándonos por lo que

ocurrió? ¿Por qué no puedo dormir contigo? ¿Por qué no podemos tener un matrimonio auténtico?

Ty apoyó la mejilla sobre su hombro.

—¿Es eso lo que quieres realmente? Creí que pretendías volver a tu carrera.

Erin se mordió el labio. Ese parecía un buen momento para decirle lo que sentía: que no quería dejarlo, y que más que nada en el mundo deseaba ser madre de sus hijos y envejecer a su lado.

—Ty... podría dejar de tomar la píldora —dijo con voz temblorosa—. Podríamos engendrar otro hijo.

Él casi dejó de respirar. ¿Sería eso lo que de verdad quería ella? ¿Sería culpabilidad o lástima por él, o simplemente se estaba aficionando a hacer el amor? ¿Podría conformarse con él cuando tenía su carrera de nuevo al alcance de la mano? El deseaba aceptar su oferta. Deseaba aceptarla casi con desesperación, pero tenía que darle la oportunidad de volver a su vida anterior. Ella había tenido un terrible accidente y sus recuerdos eran amargos. ¿Estaría él aprovechándose de una debilidad momentánea si aceptaba, una debilidad que Erin lamentaría cuando estuviese completamente recuperada?

—Todavía no —dijo al fin, mirándola a los ojos—. Aún no es el momento. Dormiremos juntos si es lo que quieres. Dios sabe bien que eso es lo que yo también deseo, pero nada de niños ni de compromisos. Primero debes volver a Nueva York unas cuantas semanas a tu antiguo mundo, y después, cuando lo hayas saboreado bien y yo haya solucionado mis problemas financieros, tomaremos nuestras decisiones.

¿Sería eso una oferta o una retirada?, se preguntó Erin. ¿Acaso buscaba él recuperar su libertad, o sería solo lástima? ¡Si pudiera ella leer sus pensamientos!

—De acuerdo—respondió al fin. Quizá lo que tenían fuese suficiente por el momento. Ty la deseaba, y ese deseo con el tiempo podría convertirse en duradero.

Iría a Nueva York y después regresaría al rancho para demostrarle que su aspecto no le importaba en lo más mínimo, que por muchos hombres sofisticados y atractivos que viera seguiría prefiriéndolo a él.

—Mírate —dijo Ty, examinando su cuerpo—. En pleno invierno,

con el frío que hace...

—¿Y tú qué, granuja?

—Es culpa tuya. Me sedujiste —la acusó él, sonriendo—. Si te quitas el vestido y te quedas con esos maravillosos senos al aire, no puedo hacer otra cosa, aunque mi vida dependa de ello.

—Pues sí que has podido esperar lo suficiente para hacerme sufrir —le reprochó ella, ruborizándose ligeramente al recordar cómo había tenido que rogarle.

—No puedes imaginar cómo me sentí al oírte suplicar —respondió él, mordiéndole suavemente los labios.

—¡Mi pobre orgullo! ¿Qué habrá sido de él?

—No seas mentirosa. A ti también te encantó —murmuró él, besándola de una forma íntima, dulce y hambrienta—. ¡Oh, Dios! —exclamó, dejando caer la cabeza sobre su hombro—. Me gustaría continuar, pero no puedo. Estoy tan cansado...

Erin sonrió.

—Yo también —dijo, y con un suspiro de satisfacción, cerró los ojos—. ¿Puedo dormir contigo esta noche?

—¡Claro que puedes!

—No me levantaría de aquí por nada del mundo.

—Yo tampoco, pero tal vez aparezca alguien, y entonces sí que sería la vergüenza la que no nos dejaría movernos —advirtió él y se levantó para admirar su cuerpo desnudo—. Podría estar mirándote así durante toda la eternidad y no cansarme.

Erin sonrió.

—Tú tampoco estás nada mal.

—Así es como me siento ahora mismo —confesó él, sonriendo—. Será mejor que te vistas antes que...

—¡Adulador! —dijo ella mientras se vestía.

Ty terminó de ponerse la ropa antes que ella, y entre beso y beso, la ayudó a vestirse.

—¿Por qué tendiste nuestra ropa? —preguntó con curiosidad.

Ty se agachó para tomar un puñado de heno y mostrarle las zarzas mezcladas entre la paja.

—El heno nunca es sólo heno. Suele haber zarzas y rosas silvestres mezcladas. Imagínate cómo te hubiera quedado la espalda con esto y mi peso sobre ti.

Erin enrojeció, y Ty sonrió antes de acercarse y besarla en la

frente.

—Me encanta verte sonrojada, y me encanta saber que no ha habido otro hombre más que yo.

—Y a mí me gusta saber que no te has ido a la cama con la mitad de las mujeres de la zona. Estuve a punto de desmayarme cuando en San Antonio me contaste que no habías hecho antes el amor de verdad.

—Pues a otras mujeres no les habría parecido tan maravilloso.

—Es que yo soy tu mujer —le recordó ella mirándolo a los ojos.

—Sí —dijo él, hinchándose de orgullo, Eres mi esposa, mi mujer.

Erin se abrazó a él, saboreando su fuerza y el nuevo afecto que surgía entre los dos. ¡Si al menos fuera duradero!

"¡Oh, Señor!", rezó en silencio. "Por favor, permíteme retenerlo a mi lado esta vez. Si me dejas amarle, y que él me ame, no necesitaré ninguna otra cosa de este mundo."

11

A un quedaba un rincón interior en Ty al que Erin era incapaz de llegar. Hacían el amor maravillosamente y todas las noches ella dormía entre sus brazos, pero esa proximidad duraba sólo en la cama; el resto del tiempo él seguía siendo el hombre frío y taciturno que ella había conocido en un principio; además, solía mirarla con el ceño fruncido, como si estuviera preocupado. Ella siguió haciendo sus ejercicios y recobró —, sus fuerzas, hasta que llegó el día de volver a Nueva York; no era que ella ,quisiera ir, pero Ty insistió en que debía probarse a sí misma que podía volver a trabajar, aunque Erin no se atrevía a preguntarse si era que simplemente ya estaba cansado de ella o si el sentimiento de culpabilidad había terminado por ser superior a todo lo demás.

El mismo la llevó al aeropuerto, y ella tuvo que hacer un enorme esfuerzo por retener las lágrimas durante todo el camino. Ty le llevó la maleta hasta la terminal y esperó a que la registrara. Cuando ella terminó, se volvió hacia él; sus ojos verdes se habían oscurecido, pero Ty no se atrevió a leer nada en aquella mirada. Ella debía de sentir pena por él, pensó. Iba a volver a la vida que ella quería y se sentía agradecida porque él se había moles en sacarla de la apatía en la que había caído tras el accidente. Pero no que su piedad o su gratitud, ni siquiera la magia de su cuerpo ardiendo unto suyo en la oscuridad. Quería amor. Sólo eso.

Erin se acercó a él, y vagamente se dio cuenta de que desde aquella mañana en el granero, ella había tenido que iniciar todos los movimientos Todas esas noches, él se había tumbado en la cama junto a ella, pero no había tocado a no ser que ella le demostrara que lo deseaba. Era una relación muy extraña. Ty le daba todo lo que ella quería, desde vestidos hasta sexo pero sólo si ella lo pedía.

—¿Vas a echarme de menos? —preguntó Erin con un esbozo de son en los labios.

—La cama va a estar muy fría.

—Te enviaré una bolsa de agua caliente —bromeó ella.

Ty le acarició suavemente la mejilla.

—Si alguna vez me necesitas, llámame. Estaré ahí en el primer avión.

Erin sonrió. Le gustaba la nota posesiva de su voz.

—Lo recordaré —prometió. Entonces llamaron por última vez a los pasajeros de su vuelo y ella lo miró asustada.

—Todo saldrá bien —aseguró él—. Ahora eres fuerte. Lo harás bien.

—¿Tú crees? —preguntó ella, intentando no llorar—. Dame un beso, Ty —susurró.

El la sujetó por los hombros y la besó con rapidez en los labios.

—Sé una buena chica.

—¿Qué otra cosa puedo ser si no te tengo cerca? ¡Oh, Ty...

Se colgó de su cuello y lo besó con todas sus fuerzas, ajena a los otro pasajeros, y lo retuvo hasta que él. se retiró de pronto, con el deseo brillándole en los ojos. Erin tuvo que respirar profundamente para no perder e equilibrio.

—Llámame cuando llegues al hotel —indicó él.

—Lo haré —contestó ella. sintiéndose ya sola—. Cuídate, Ty.

—Tú también.

No podía decirle adiós, así que se esforzó por sonreír y se alejó sin mirar atrás.

La mayor parte del tiempo que duró el vuelo se lo pasó llorando. La pierna ya casi no le molestaba al caminar, pero él corazón era otra cosa. Quería estar con Ty, y sin embargo, él parecía no querer tenerla ya a su lado.

Cuando llegó a la suite del hotel que él había insistido en reservarle, lo llamó por teléfono, pero la conversación fue muy breve, pues él parecía tener mucha prisa. Duró justo lo suficiente para recordarle que si necesitaba algo lo llamara y encontrar una excusa para colgar.

Erin se quedó mirando el auricular cuando él se despidió. Se sentía rechazada, abandonada, y estuvo llorando hasta que el sueño la venció. A la mañana siguiente, se sentía furiosa con él porque no

hubiese ido rápidamente a buscarla para llevarla a casa, pero al momento se dio cuenta de su propia estupidez. Ty nunca haría una cosa así. El no necesitaba a nadie, se dijo.

Esa misma mañana visitó su antigua agencia y habló con su representante, quien se mostró maravillado de lo bien que se había recuperado, y a la semana siguiente ya le había conseguido trabajo.

Los días pasaban con aburrida regularidad. La vida que una vez le había parecido excitante, ahora no era para ella más que un penoso trabajo. No podía dejar de pensar en el rancho y en Ty. Echaba de menos el sonido del ganado en los pastos, la paz y la tranquilidad del campo, el alegre parloteo de Conchita y las flores frescas con que adornaba las mesas todos los días. Pero sobre todo echaba de menos el cuerpo de Ty en la oscuridad, su calor y sus brazos rodeándola, su pecho firme y suave bajo su mejilla. Añoraba caminar por el rancho, oír su voz profunda y de acento suave, el sonido de sus botas al entrar a casa a cenar. Extrañaba sus escasas sonrisas y el tono hambriento de su voz cuando hacían el amor. Incluso echaba de menos sus facciones desiguales y marcadas. ¿Y si le escribiera diciéndole que era el hombre más atractivo del mundo? Seguramente creería que era puro sarcasmo.

Ella se obligaba a trabajar sin descanso para llegar exhausta a la noche y poder dormir. Cada dos o tres días llamaba al rancho, pero Ty siempre parecía tener prisa. Nunca le contaba nada, excepto nimiedades sobre el tiempo o el trabajo. Tampoco le preguntaba cuándo iba a volver, ni siquiera si iba a volver algún día. Parecía no importarle.

Entonces fue cuando Erin comenzó a preocuparse. Quizá había decidido que la vida le resultaba más fácil estando solo que con una mujer a la que en realidad no quería. Tal vez había llegado a la conclusión de que la piedad y la culpabilidad no son suficientes para mantener en pie un matrimonio. Llegó a darle tantas vueltas a ese pensamiento, que en medio de una sesión fotográfica no pudo evitar que se le escaparan las lágrimas. El fotógrafo detuvo el trabajo y envió a alguien a buscarle un café y algo dulce de comer creyendo que tenía hambre. Y en efecto la tenía... pero no de comida.

Erin estuvo soportando aquella situación unas cuantas semana hasta que la primavera comenzó a derretir la nieve y a hacer brillar

el azul del cielo; hasta que la indiferencia de Ty la puso realmente furiosa.

Un día, abordó el primer avión que encontró en cuanto terminó una sesión fotográfica. Ya estaba bien. Ya había soportado suficiente indiferencia Si Ty quería el divorcio, se lo concedería, pero iba a tener que pedírselo a la cara y con palabras. No estaba dispuesta a permitir que la siguiese ignoran do.

Entre ellos todo había comenzado de la forma equivocada y por unas razones equivocadas, pero en cierta medida ya no lo culpaba por todos lo problemas que habían tenido. Era ella quien no debió haber escuchado a Bruce. Debió acudir directamente a Ty y aclararlo todo desde el principio. Y el día en que volvió al rancho debió haberlo obligado a que la escuchara, en lugar de aceptar su mal carácter sin más. Si hubiera conseguido su atención, tal vez él la hubiera tomado entre sus brazos para pedirle que se casara con él, habrían tenido al niño...

Agitó la cabeza. Todo eso formaba parte del pasado y no podía cambiarlo. Ahora tenía que seguir adelante, con o sin él, aunque sabía que sin él, la vida dejaría de tener sentido. Nunca podría haber otro hombre... lo amaba demasiado.

Nadie sabía que iba a llegar, así que no encontró a nadie esperándola en el aeropuerto. Alquiló un coche y tomó la autopista de Ravine sin detenerse hasta llegar a Staghorn, donde se estacionó delante de la casa. El Lincoln de Ty se hallaba allí. El podía estar en alguno de los rodeos de primavera, pero ella tenía la impresión de que andaba por allí.

Bajó del coche y miró hacia el cercado. Había varios hombres subidos en los maderos lanzando gritos de ánimo a alguien que domaba un caballo.

Sin pensarlo dos veces se acercó, sabiendo a quién iba a ver encima del caballo. Cuando llegó al cercado, vio a su marido montando al animal. Llevaba puestos unos vaqueros, cubiertos por unos zahones de cuero y el viejo Stetson de siempre. Su rostro estaba exultante de orgullo masculino mientras el animal seguía dando brincos y coces, coreado por las voces de los hombres del rancho que animaban al jinete. Por fin, el reacio animal se rindió y comenzó a trotar dócilmente, jadeando y cubierto de sudor.

Ty se bajó con agilidad de la silla y acarició al animal antes de

dárselo a uno de los hombres para que le diera de comer y lo aseara. Erin observaba con las manos metidas en los bolsillos de la falda. Hacía tanto tiempo que no lo veía, que sus ojos lo devoraban con ansia.

De pronto Ty se dio la vuelta y al verla, se quedó paralizado.

—¿Y bien? —preguntó ella, antes que él pudiera abrir la boca—. Por lo menos podrías decirme "hola", aunque no sea bienvenida. Ah, y antes de nada, quiero darte las gracias por todas tus postales y tus llamadas telefónicas. Me encantó recibirlas.

Ty saltó la cerca y se acercó a ella, mientras detrás de él los hombres se miraban unos a otros y se daban codazos... una buena pelea era siempre una buena pelea.

—Bienvenida a casa, señora Wade —dijo Ty en tono burlón, aunque sus ojos la recorrían con suma ternura. Hacía tanto tiempo... Estaba preciosa, pero también un tanto distinta, muy atractiva con aquel conjunto rojo y blanco. El jersey blanco le cubría parcialmente la falda de tejido vaporoso que se arremolinaba alrededor de sus piernas al caminar, y se lo había ceñido con un cinturón de macramé. El cabello le había crecido y llevaba un maquillaje muy suave que embellecía más su rostro.

¿Cuántos hombres la habrían mirado como él y la habrían deseado?, se preguntó Ty. ¿Y ella? ¿Habría deseado a alguno de esos hombres? Iba a perderla, así que... qué demonios, podía al menos ayudarla a marcharse, convenciéndola de que ya no tenía por qué sentir pena por él. La culpabilidad había desaparecido casi por completo.

—Hola —contestó Erin, cortante. Desde luego, Ty no parecía alguien que no hubiese podido dormir por las noches de tanto echarla de menos.

—¿Has vuelto para recoger tus cosas? —preguntó él, tras encender un cigarrillo.

—Puede ser. Ya veo lo bienvenida que soy.

—¿Qué esperabas? ¿Una banda de música? He vivido toda mi vida solo en la casa, lo que resulta bastante gratificante, la verdad sea dicha.

—Pues en Nueva York tampoco me ha ido mal. ¡La he pasado de maravilla! He trabajado todos los días, y me han invitado a numerosas fiestas.

—Has encontrado a alguien, ¿verdad? —preguntó él con aparente indiferencia—. Espero que sea rico. Debes de ser muy cara de mantener.

—¡Como si a ti te hubiera costado un solo penique, Tyson Radley Wade! —espetó ella. ,

—¿Radley? —repitió Red Davis desde el cercado.

Ty se dio media vuelta con los ojos echando chispas.

—¡Davis, a tu trabajo! —ordenó.

Red hizo un ademán, pero no se movió de su sitio.

—¡Eso es! —profirió Erin—. ¡Ahora grítale a él! Aquí nadie puede dar su opinión, excepto tú.

—¿Y puede saberse por qué tienes tú que gritar nuestros secretos?

—¡Oh! ¿Acaso tu segundo nombre era un secreto? —preguntó ella con aire inocente, mirando a los hombres de la valla, Bueno, pues ya no lo es.

—¿Por qué no haces de una vez tu maldito equipaje?

—No puedes esperar a deshacerte de mí, ¿verdad? Entonces, ¿por qué te molestaste en casarte conmigo?

—Porque no quería que Ward Jessup llenara mi rancho de agujeros —contestó él con frialdad—. Esa fue la única razón. Eso, y cierta lástima. ¡Estabas hecha un asco cuando te encontré!

—Y ahora, gracias a ti, tengo ante mí un maravilloso futuro —replicó ella, irónica—. ¡Me vuelve loca vivir sola! ¡Me encanta emplear mi vida en ir de pasarela en pasarela mientras mujeres del tamaño de un hipopótamo intentan imaginarse a sí mismas con unos vestidos que no les quedarían ni en una sola pierna! ¡Me encanta que los diseñadores me coman con los ojos, que siempre haya alguien presionándome y que los fotógrafos me molesten constantemente mientras los directores de los anuncios me atormentan con su perfeccionismo! ¡Es fantástico llegar a un apartamento vacío y pasarme los fines de semana viendo campeonatos de patinaje y lucha libre!

Los espectadores estaban intentando no reírse y Ty no salía de su asombro. Nunca la había visto así.

Erin apretó los puños y sus ojos lanzaron auténticas llamaradas.

—¡Eres odioso! —le gritó—. ¡Estoy harta de esperar que suene el teléfono y de mirar veinte veces el buzón para ver si hay cartas que

nunca llegan! ¡Me han ofrecido una semana en Saint—Tropez para hacer un anuncio de trajes de baño y voy a aceptarlo! ¡El director es francés, alto, guapo y sexy, y le gusto, y me voy!

—¿Qué te has creído tú? —explotó él, tirando el cigarrillo al suelo con 'rabia—. ¡Tú no vas a largarte al sur de Francia con ningún maldito francés!

—¿Por qué no? ¡Tú no me quieres! ¡No soy más que una carga para ti, una inválida que llevas colgada de la conciencia!

—Vaya inválida —murmuró él, estudiándola.

—¡Ojalá tuviera una pierna de madera para darte un buen puntapié!

Ty fue esbozando lentamente una sonrisa.

—Estás un poco excitada, ¿no?

—¿Excitada? ¡Excitada! Voy a enseñarte.

Erin tomo el objeto más próximo, un cubo vacío, y se lo arrojó. Ty se agachó, así que ella tomó una brida que colgaba de la valla y se la lanzó, seguida después de un trozo de madera.

Los hombres ahogaban la risa en el fondo, y Ty les echó una furibunda, mirada tras esquivar el leño.

—¡Mandarme como un fardo ala ciudad! —farfullaba Erin mientras buscaba otro proyectil que lanzarle—. Dejarme así, a merced de cualquiera. Vaya forma de tratara tu mujer!

—Tú nunca quisiste ser mi mujer —la acusó— Te casaste conmigo para hacerme daño.

—¡Claro que sí! —gritó ella, tomando una brida—. Para hacerte pagar por ignorarme, por atormentarme constantemente, por tu indiferencia. ¿Pero es que no entiendes nada, pedazo de animal? ¡Te quiero! —gritó, lanzándole la brida—. ¡Te he querido desde el día que te conocí y tú no has hecho más que hacerme la vida imposible!

Aquella vez, Ty no se movió para esquivar el golpe. El objeto lo golpeó mitad del pecho, pero él ni siquiera se movió. Tenía los ojos muy abiertos y la mirada sin pestañear. ¿Habría oído bien?

—¡No era a Bruce a quien yo quería! —le gritó ella—. ¡Era a ti! ¡A ti! Me preocupaba tanto por ti, y yo a ti ni siquiera te gustaba. ¡Me odiabas!

Había oído bien, y algo dentro de él pareció estallar. Erin seguía despotricando, gritándole algo como que lo odiaba porque era más tonto que un cacto, pero él ya no la escuchaba, sino que comenzó a

caminar hacia ella casi como en trance.

¡Erin lo quería! Sí, estaba en sus ojos, en su cara, en todo su cuerpo. Y ahora ella iba a dejarlo, herida y cansada, para ser una famosa modelo...

Ty la abrazó con fuerza para besarla en los labios. No fue un beso áspero, aunque habían sido tantos días de ausencia que requería un gran esfuerzo controlarse.

Erin murmuró aún algo antes de rendirse ante su boca y colgarse de su cuello, ante las bromas y las risas de los hombres, que ellos no llegaron a oír. Ty la levantó en brazos y caminó con ella hacia la casa sin dejar de besarla.

—¡Señora! —exclamó Conchita al abrir la puerta del estudio—. Bienvenida a casa.

—Mmm... —murmuró Erin, saludándola lánguidamente con una mano mientras Ty entraba y cerraba la puerta con el pie. El pareció que iba a seguir caminando, pero se dio la vuelta y cerró con llave.

Erin sintió el sofá bajo su espalda y después el peso del cuerpo de él sobre ella.

—Ty ...

—¿Estás ciega, loca y sorda? —preguntó él con voz agitada—. Mira —dijo, levantando la mano en la que llevaba la sortija que ella le había regalado—. ¿Es que esto no te dice algo, o prefieres las palabras? Puedo decírtelas todas, pero cuando empiece no voy a ser capaz de detenerme.

Erin le tocó los labios con la yema de los dedos.

—No me importaría —susurró, mirándolo a los ojos.

—Te quiero, Erin —declaró di, tomándole la cara entre las manos—. Te he querido desde el día que te marchaste por primera vez de aquí, y me dolió tanto que creí morir. No me di cuenta... y escuché a mi ego en lugar de a mi corazón. Oh, Dios, Erin, te he querido tanto que no creí que tú pudieses quererme a mí. He sido cruel contigo porque tenía tanto miedo de perderte...

—¿Perderme? ¡Cómo si pudieras hacerlo! Te adoro, Ty. Adoro todos los rincones y cada una de las grietas de esta cara —susurró, acariciándole las mejillas mientras Ty cerraba los ojos, agradeciéndole a Dios que el amor fuese ciego—. Te quiero con toda mi alma, y no hay hombre sobre la faz de la tierra más atractivo, más sexy o más tierno que tú. Te querré toda mi vida, y

aún más.

El la apretó contra su cuerpo con los ojos cerrados, estremeciéndose.

—Ty —susurró ella, buscando sus ojos—. He dejado de tomar la píldora.

—¿De veras? —preguntó él, mientras le desabrochaba el cinturón de macramé, para después desabotonarle el jersey.

—Podrías dejarme embarazada si...

—Dilo —le pidió él, mirándola a los ojos.

Erin separó los labios temblando, porque sabía lo que él quería que dijera. Era el momento adecuado al fin para curar todas sus heridas, para la última expresión del amor que sentían el uno por el otro.

—Tengamos un niño, Ty —susurró con toda su ternura—. Esta vez, dejemos que ocurra.

El se inclinó de nuevo sobre ella y la besó con una dulzura capaz de curar todas las heridas y de abrir nuevas puertas al futuro, y lo que compartieron después fue tan profundo, tan exquisitamente dulce y completo, que Erin no pudo evitar llorar de puro éxtasis en los brazos del hombre que amaba.

Ty le apartó los mechones de cabello húmedo del rostro con manos temblorosas.

—Te quiero —susurró.

—Si no me lo hubieras dicho antes, lo sabría ahora. Nunca habíamos hecho el amor como esta vez. Ni siquiera aquel día en el establo.

—Entonces no estaba seguro de ti, e intenté que me dijeras lo que sentías por mí, pero no lo conseguí.

—No podías leerme el pensamiento, pero en mi interior te lo estaba gritando.

—A mí me ocurría lo mismo. Vuelve a casa, Erin. Me siento solo.

—Yo también —confesó ella, sonriendo—. Pero nunca volveré a estarlo, tú tampoco.

Epílogo

ED Johnson echó un vistazo por última vez al contenido de su cartera antes de llamar a la puerta de Staghorn. Conchita abrió y lo hizo pasar con una sonrisa de oreja a oreja.

Pareces un gato que hubieran dejado solo con el canario él—. ¿Qué pasa?

—Señor Johnson, tendrá que verlo para creerlo. ¡Han ocurrido tantísimos cambios en esta casa! ¡Venga, se lo mostraré!

La señora lo condujo a la puerta del estudio y Ed se detuvo allí. Wade estaba tumbado boca arriba sobre la alfombra con un bebé risueño y regordete en el abdomen, y sonreía igual que Conchita.

—Buenos días —saludó sin levantarse de la alfombra.

Un segundo bebé apareció detrás de él tomándose de su cabello para incorporarse.

—¿Estás trabajando de canguro? —preguntó Ed.

—Erin está arriba —contestó Ty—, pero soy insuperable cambiando pañales. ¿Traes los papeles?

—Aquí los tengo _dijo el ahogado, dando unos golpecitos a su portafolios—. Te has recuperado de maravilla. El año pasado por estas fechas estabas al borde de la bancarrota.

—He tenido un fuerte incentivo. Una mujer embarazada y unos gemelos. ¿Te parece poco?

—¿Que edad tienen ahora? —preguntó Ed, arrodillándose junto a Ty para apretar la manecita rolliza de uno de los pequeños.

—Cinco meses. A veces nos sentamos frente a ellos a mirarlos para convencernos de que son de verdad.

Ed recordó el bebé que Erin había perdido y sonrió.

—Dos niños, doble bendición —murmuró.

—Gracias a Dios. Si tú sostienes el documento, intentaré

firmártelo.

—No es necesario —dijo Erin, quien acababa de entrar en la habitación, sonriente—. Yo me ocuparé de los chicos mientras tú haces los honores.

—Sólo una cosa más —añadió Ty mientras Erin se ocupaba de Jason y Matthew—. Si a Ward Jessup se le ocurre perforar bajo una sola de mis vacas...

—No lo hará, y además, ha prometido perforar sólo lo necesario. Es curioso cómo han llegado a limar sus diferencias. La pelea empezó cuando tú apenas eras un adolescente.

—No tan curioso —replicó Ty, mirando a Erin, quien sostenía a los bebés en sus brazos y estaba tan preciosa que lo dejaba sin respiración—. No es tan curioso, Ed.

El ahogado siguió la dirección de su mirada y sonrió, preguntándose si Erin sería consciente del gran cambio que sólo con su presencia había obrado en el otrora taciturno ranchero.

En ese momento ella levantó la vista y le sonrió. Sí, sí que lo sabía.

Ed recogió los contratos, y se despidió de ellos, cuando se volvió a mirar desde la puerta, vio a Erin entregándole uno de los niños a su esposo con tanto amor que él se sintió casi un intruso. Afuera el aire estaba impregnado de la fragancia del verano, y Ed aspiró profundamente. Quizá lo del matrimonio no estuviese tan mal. Tal vez había llegado el momento de que él también empezara a buscar. Tener niños era maravilloso, y él ya no era ningún jovencito. Mientras abordaba su auto, oyó el sonido de las risas que provenían de la casa. Cuando llegó a la salida, vio los cactos florecientes. A veces, pensó, las plantas más feas dan las flores más hermosas.